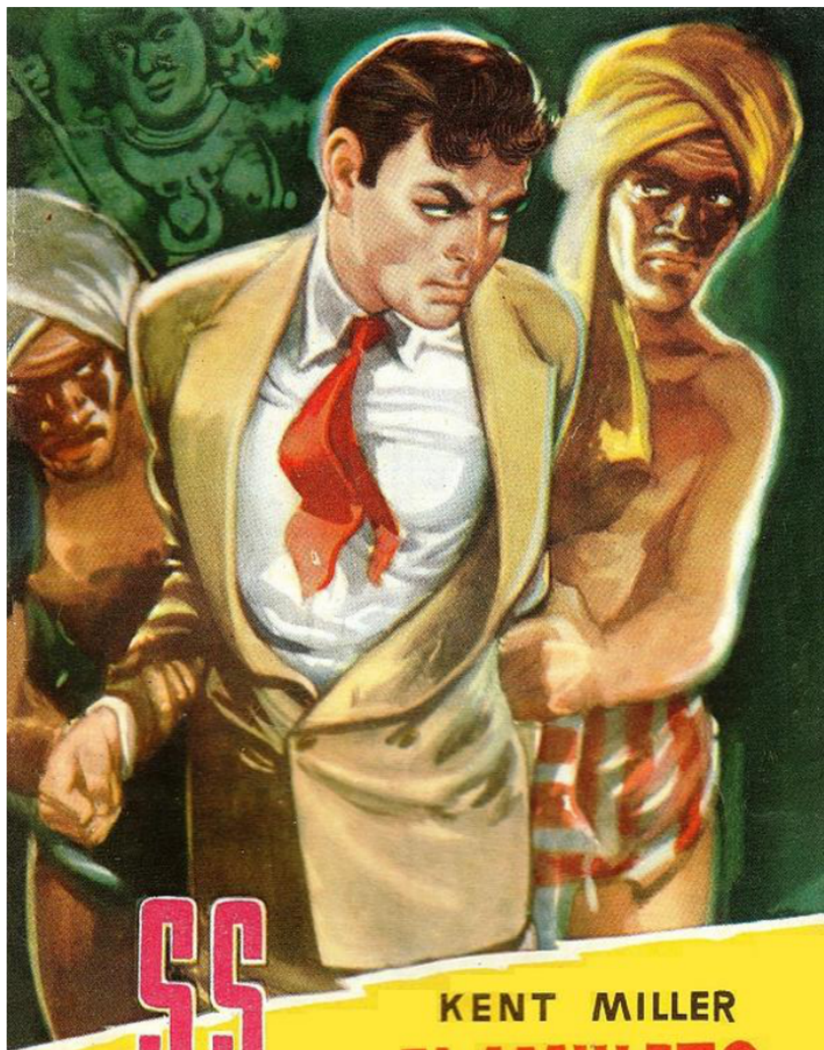

SS
SERVICIO SECRETO
KENT MILLER
EL AMULETO DE KALI

EL AMULETO DE KALI



KENT MILLER

El amuleto de Kali

1ª. EDICIÓN
MARZO - 1951

EDITORIAL  BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453 BARCELONA (6)


El amuleto
de KALI
por KENT MILLER

CAPÍTULO PRIMERO

A pesar de la noche desapacible y lluviosa, una gran muchedumbre transitaba por la Avenida Westchester en aquel 19 de noviembre. Las luces multicolores de los anuncios luminosos reflejábanse en el reluciente asfalto, prestando a la importante arteria del Bronx el aspecto de una estampa de fantasía.

En la esquina con Rosedale Street, unas quince o veinte personas se hallaban detenidas frente a las taquillas de un cine, aguardando turno para obtener sus localidades. A poca distancia, un agente uniformado iba paseando con aire de aburrimiento, en tanto consultaba harto frecuentemente su reloj, sin duda en espera del relevo que no tardaría en llegarle.

Acababan de dar las diez en un reloj cercano, cuando un automóvil se desvió del tráfico y detúvose junto a la acera. Tres eran sus ocupantes, pero ninguno de ellos hizo el menor ademán de apearse. El que conducía llevaba el ala de su sombrero exageradamente inclinada hacia delante. Echó una rápida ojeada al lugar frente al cual acababan de detenerse, y volvióse hacia sus acompañantes.

—¿Crees que hemos llegado a tiempo?… —preguntó.

Una voz brotó de la obscuridad, a sus espaldas.

—En cuatro minutos no es posible que un hombre atraviese las cinco manzanas que hay hasta aquí. No tardarás en convencerte de ello.

—Abre bien los ojos, Bill —dijo ahora el tercer personaje del vehículo, señalando hacia el policía, que volvía sobre sus pasos por centésima vez en aquella ingrata ronda.

Hubo un largo silencio, que ninguno de los tres volvió a quebrar.

De pronto, el que estaba al volante emitió un ligero silbido, que tuvo la virtud de hacer incorporar a sus compañeros y mirar por la ventanilla que se abría a la calle Rosedale.

—Ahí está nuestro hombre —dijo, en voz baja—. Ese que viste de marinero.

—Pon el motor en marcha —le contestaron, desde el asiento posterior.

Al tiempo de atender dicha indicación abrióse la portezuela, y uno de los pasajeros descendió del coche. Desvióse hacia la derecha y marchó al encuentro del personaje señalado. Tratábase de un joven de unos veinticinco años, vestido de marinero, y que parecía caminar apresuradamente.

El que lo aguardaba dejóle adelantarse, acercándosele luego por la espalda.

—No corras tanto, Buncey… —le dijo, mientras apoyaba en su costado izquierdo un objeto duro, cuya naturaleza no resultaba difícil precisar—. Llegarás antes si nos acompañas. Ahí está el coche.

E indicóle el vehículo del que poco antes se apeara.

El hombre vestido de marinero quedó inmóvil, mirando fijamente al que le hablaba.

—¿Quién diablos cree que soy?

—Sé buen muchacho, Buncey, y acompáñanos. No quisiera darte que sentir…

De un brusco movimiento el llamado Buncey intentó apoderarse del brazo de su interlocutor; pero su gesto fue tardío. Un estampido —que el ruido del tráfico no logró apagar— atrajo la atención de cuantos se hallaban allí cerca. El cuerpo del marinero ladeóse, mientras su brazo extendíase en dirección del agente que en aquella esquina prestaba servicio.

Apartáronse los más próximos en los primeros instantes que siguieron al hecho. El segundo ocupante del automóvil habíase apeado y acercábase ligero en ayuda de su compañero. Al tiempo de llegar a su lado, lo hacía el agente de servicio.

—¿Qué sucede? —inquirió éste, echando mano al arma que llevaba en uno de los bolsillos posteriores del pantalón.

—Inspector Winson, de la Brigada Criminal —contestó el que sostenía el cuerpo del marinero, al tiempo que con su mano libre mostrábale la insignia prendida en el revés de la solapa—. Mi compañero, el agente Magacines —dijo, señalando con un movimiento de su cabeza al que llegaba.

El agente preguntó, algo indeciso:

—¿Algún sujeto de cuidado?

—Un peligroso criminal. Le venimos siguiendo desde Wakefield. —Volvióse hacia el que venía en su ayuda—. Ayúdeme, Magacines. Lo llevaremos al hospital.

Un nutrido grupo de curiosos rodeábales. El agente consiguió despejar el trecho que había hasta el coche, y abrió la portezuela del mismo.

—¿Necesita que vaya con ustedes, inspector?

—No es necesario. Puede avisar al inspector Dowry de que hemos capturado a Black Buncey y lo llevamos al hospital.

—Perfectamente, inspector. Buenas noches.

—Buenas noches —contestaron, ya desde el interior del vehículo.

Arrancó éste a toda velocidad, mientras el grupo de curiosos comenzaba a disolverse. Dirigióse el agente al teléfono cercano, y llamó a la comisaría del distrito.

—¡Oiga!… Agente 1563 al habla. ¿Inspector Dowry?

—Inspector Dowry al habla —contestaron—. ¿Qué ocurre?

—Soy el agente Crabb, en servicio en el sector 251. El inspector Winson, de la Brigada Criminal, me encarga le comunique que acaba de detener a Black Buncey.

—¿Cómo?

—Black Buncey ha sido detenido ahora mismo por el inspector Winson. Parece ser que intentó resistirse, y fue preciso disparar contra él. Ahora lo llevan al hospital.

—¿Dice que Black Buncey…?

—Así ha dicho el inspector.

—Aguarde un momento, Crabb. No se retire.

Transcurrieron unos segundos. Al cabo, Dowry dejó oír de nuevo su voz.

—Atienda bien, Crabb —dijo—. No existe el tal inspector Winson. Y en cuanto a Black Buncey, es el nombre supuesto del inspector Speenner, del Servicio de Contraespionaje. ¿Se fijó en la matrícula del coche?

El agente Crabb había palidecido intensamente.

—Tenía el aspecto de ser un coche de la policía… —contestó—. Llevaba el número 166.

Una larga pausa, durante la cual el agente Crabb dedicóse a enjugar con un pañuelo el sudor que corría por su frente.

—El coche 166 —habló nuevamente Dowry— se encuentra en estos instantes en el garaje de Washington Avenida, en Brooklyn, fuera de servicio. Dígame la dirección tomada por ese coche.

—Ha partido calle arriba, en dirección de Baychester. No hará de ello ni tres minutos.

—Agente Crabb —ordenó el inspector Dowry—, preséntese sin perder un segundo en estas oficinas.

Y colgó el auricular.

Inmediatamente abandonó Dowry su despacho y entró en la habitación contigua, en donde un agente se hallaba sentado frente a un emisor de radio.

—Avise inmediatamente a los coches de patrulla en los sectores 240 al 245 para que den caza al 166 de la policía. Ya ocupado por elementos peligrosos que llevan consigo a uno de nuestros hombres.

El encargado de la estación hizo girar uno de los mandos, al tiempo que alzaba un conmutador. Inmediatamente cantó ante el micrófono:

—¡Atención, coches patrulla 39, 40 y 41! ¡Atención, coches patrulla, 39, 40 y 41! ¡Detengan coche policía número 166, que remonta Westchester Avenue! ¡Vigilar zona norte de Westchester Avenue, a partir de Rosedale Street, y detener coche policía número 166! ¡Atención, coches patrulla 39, 40 y 41! ¡Atención, coches patrulla 39, 40 y 41!…

—… y era la mujer más imponente que viera en mi vida. ¡Palabra, Bud, que no exagero al decirlo! Su cabello era rubio como el oro…

—¿Natural?

Robert Jenneth dirigió una furibunda mirada a su compañero al verse interrumpido en su explicación.

—Sé distinguir una rubia auténtica a quinientas yardas. ¿No te hablé de cuando me hice corredor en artículos de perfumería?

—¿Y te enamoraste de Jennie?

—Exacto.

—Jennie te obsequió con unas lindas calabazas…

—Eso no es cierto. Son habladurías de ese mochuelo de Poppy.

—No me interesa —objetó Buddy Smart, reprimiendo un

aparatoso bostezo—. Llevo veinticuatro horas sin pegar un ojo. ¿Me permites unos minutos?

Jenneth murmuró algo entre dientes, y escupió a través de la ventanilla.

Ocupaban uno de los coches de la patrulla 41, en el cruce de las Avenidas Astor y Wilson, en el barrio de Bronx. Un coche obscuro y alargado dio la vuelta ante ellos, enfilando luego la primera de las avenidas en dirección de Baychester.

—Ten cuidado —reprendióle, burlonamente, Bud Smart—. Por poco haces blanco en uno de los nuestros. Podría costarte una buena reprimenda.

—Ése no es de la policía —replicó, secamente—. Los huelo desde muchas millas. Es un «Cadillac» del 46.

—He visto perfectamente el distintivo y el número de control. Un 166, de Brooklyn. Indudablemente un galgo que ha saltado el río para ir de caza.

—Mi olfato lo hubiera percibido mucho antes de llegar aquí.

—¿Como a la rubia de tu historieta?

En aquel preciso momento la lucecita verdosa del cuadrante brilló en la penumbra del coche. Y la voz monótona del agente de servicio en la central del distrito llenó el reducido espacio del vehículo:

—¡Atención, coches patrulla 39, 40 y 41! ¡Atención, coches patrulla 39, 40 y 41! ¡Detengan coche policía 166, que remonta Westchester Avenue! ¡Vigilar zona norte de Westchester Avenue, a partir de Rosedale Street, y detener coche policía número 166! ¡Atención…!

—¡Aprisa, Joe! —ordenó Buddy Smart al conductor, que hasta entonces, había estado dormitando sobre el volante—. ¡Hemos de cazar al 166 de la policía, que acaba de pasar por nuestras propias narices!

Arrancó el vehículo, al tiempo que los dos ocupantes de los asientos posteriores apoderábanse de las ametralladoras «Thompson», que se encontraban al alcance de su mano.

—¡Conque un «Cadillac» del 46! ¿No es eso, Robert?

—Todavía no estoy muy seguro de ello —replicó Jenneth—. Pudiera tratarse de un disfraz.

—Es un auténtico 166, de Brooklyn. Han debido apoderarse de

él para cometer alguna fechoría. Creo que no resultará difícil darle alcance.

De pronto, Robert Jenneth, que había sacado la cabeza por la ventanilla, descubrió al coche que seguían.

—¡Ahí lo tenemos, Joe! —exclamó, señalándolo al conductor—. Procura pasarle delante como si no hubieras reparado en él.

—Eso es una estupidez —observó Smart—. Es probable que hayan captado la orden del centro, y andarán observando nuestra marcha.

Y como si quisiera completar su respuesta, el coche obscuro que marchaba delante aceleró la velocidad hasta el punto de que la distancia aumentó sensiblemente.

—¡Habrá que apretar fuerte, Joe! ¡En cuanto salgamos de aquí, intentaremos descalzarlo!

El tráfico había ido disminuyendo a medida que iban dejando atrás el Westchester. Ahora rodaban ambos coches por la pista asfaltada que corría paralela al Hudson. A la derecha, numerosas casitas aparecían diseminadas entre frondosos jardines. La lluvia arreciaba ahora con violencia, interponiendo un denso velo entre los dos vehículos.

Súbitamente, desapareció de su vista.

—¡Ha debido desviarse hacia la derecha! —gritó Smart, cuyas pupilas no se apartaban de la línea formada por los haces luminosos de los faros tratando de taladrar aquellas tinieblas.

Efectivamente, hacia la derecha arrancaba un ramal secundario que se dirigía a Bridgeport. Casi al mismo tiempo divisaron su objetivo. Libres ya de obstáculos ambos coches corrían vertiginosamente por la pista serpenteante. La distancia habíase reducido, por lo que los dos agentes tenían la seguridad de alcanzar a su perseguido si alguna contingencia imprevista no venía a interponerse entre ambos.

Al ir a doblar una curva, un rosario de llamaradas surgió de la ventanilla posterior del vehículo.

—¡Cuidado, Joe! ¡Disparan contra nosotros!

Efectivamente, algunos impactos resonaron en el costado del coche. Robert Jenneth retiró bruscamente la cabeza de la ventanilla, para reaparecer al poco rato acompañada de su «Thompson».

—¡Debiéramos aguardar, Robert! —opinó Smart—. Todavía hay probabilidades de atraparlos.

—¿Aguardar, a qué? ¿A que nos dejen tumbados en mitad del camino?

Y sin esperar el parecer de Smart, apretó el gatillo de su ametralladora.

Nuevas lenguas de fuego surgieron del coche delantero, y por unos instantes el fragor de las detonaciones llenó el ambiente de la noche. Contagiado por la actitud de su compañero, Smart comenzó a disparar desde la otra ventanilla.

De pronto vieron al coche 166 desviarse hacia la derecha, perdida la dirección, y abalanzarse contra el pretil del puente. Pero era tal su velocidad, que, saltando por encima, fue a caer al precipicio desde una altura de cincuenta pies. Sin embargo, ninguno de los tres hombres del coche seguidor pudo contemplar el trágico desenlace. Alcanzado en la cabeza por los disparos de sus enemigos, Joe habíase desplomado sobre el volante. Tanto Jenneth como Smart diéronse cuenta de ello al ver que el coche en que iban no tomaba la curva y se lanzaba como una flecha hacia el abismo. Intentaron en un desesperado esfuerzo cambiar la dirección, pero era ya demasiado tarde.

Por unos instantes, al fragor de la lluvia batiendo aquellos parajes, unióse el estruendo de los dos vehículos al rodar por la empinada pendiente hasta el fondo del barranco. El eco encargóse de difundir por las montañas cercanas el postrer estertor de la tragedia. Poco después reinaba en aquel lugar un silencio de muerte.

No habían transcurrido tres minutos, cuando una lucecita parpadeó en lo alto. Avanzaba oscilando por entre las desigualdades del terreno, y a su tenue resplandor podían apreciarse las facciones del hombre portador del farol. Tratábase de un individuo de unos cincuenta años, alto y robusto. Inmediatamente detrás seguíale un joven de unos veinte años.

—Ha debido ser por aquí, Jim —habló el de más edad—. Lo he oído perfectamente, y esa clase de ruidos no me engañan.

—¡Fíjate en eso, padre! —habló ahora el muchacho—. Ha destrozado el pretil del puente. No cabe duda que el coche ha caído al barranco.

En efecto, los destrozos causados en la barandilla por el coche 166 eran sobradamente visibles desde donde se hallaban.

John Smith, cuya granja encontrábase a muy poca distancia de allí, acercóse al lugar del accidente y balanceó el farol sobre el abismo. Pero su luz resultaba insuficiente para alcanzar aquellas honduras.

—Es preciso descender, Jim. Tal vez abajo necesiten de nosotros.

El joven asintió con un gesto. Los dos hombres retrocedieron hasta ganar un acceso que con relativa facilidad podía conducirles al lugar deseado.

Resbalando y asiéndose a los matorrales del declive, para no rodar hasta el fondo, fueron padre e hijo acercándose al cauce pedregoso. El menor de los Smith fue quien primero apercibióse de la presencia del coche seguidor.

—¡Ahí está el coche, padre! —exclamó, señalando a su izquierda.

John Smith avanzó con el farol extendido en aquella dirección, hasta iluminar los restos del automóvil de la policía.

—No es posible que desde el puente haya rodado hasta aquí.

—Sin embargo…

—Debe haber otro coche. Me temo que esto tenga mayor alcance del que hemos supuesto.

El vehículo se hallaba tumbado sobre su costado izquierdo. El granjero examinó su interior, y a la luz de su farol descubrió los cuerpos de tres hombres. Hallábanse aprisionados entre un montón de hierros retorcidos, y no le costó gran trabajo comprender que ni uno solo de ellos vivía.

—No podemos hacer nada —murmuró, moviendo la cabeza compasivamente.

Alejáronse de allí, en dirección del puente. El agua de la lluvia había formado un pequeño arroyo que corría entre las peñas, dificultando su avance.

Al pie del puente encontraron el segundo vehículo. Estaba completamente destrozado, y, al igual que el anterior, el menor vestigio de vida apercibíase en los tres individuos que había dentro.

—Es inútil… —comentó John Smith, apartándose del coche destrozado.

En aquel momento una exclamación de su hijo le hizo volverse.

Hallábase inclinado sobre algo que había junto a unos matorrales. Acercóse a él y se dio cuenta de que se trataba de una nueva victima. Por sus ropas deducíase que su profesión era la de marinero. Sin duda había salido disparado del coche al saltar por encima del pretil del puente.

—Creo… que vive —habló Jim Smith, volviéndose hacia su padre.

El granjero comprobó que aquel hombre todavía respiraba. Tras sacar de su bolsillo un pequeño frasco, vertió entre los labios del herido una pequeña porción de su contenido. Casi al mismo tiempo entreabrió los ojos, paseando su mirada, turbia e inexpresiva, de un rostro a otro. Sus labios separáronse para pronunciar un nombre.

Los dos Smith se contemplaron, extrañados. El ruido de la lluvia había apagado el sonido de aquella palabra.

—¿Cómo dice? —preguntó John Smith, inclinándose sobre él hasta aplicar su oído en los labios exangües.

—Kali —murmuró, débilmente—. Ridge… wood… Street…

Inclinó la cabeza, mientras sus ojos, muy abiertos, quedábanse mirando un punto perdido en la infinita obscuridad que les rodeaba.

Los Smith, padre e hijo, pusiéronse a un tiempo en pie. Cambiaron una silenciosa mirada, echando luego a andar hacia la vereda por la que habían bajado al barranco.

—¿Entendiste lo que dijo, padre? —preguntó el joven, que marchaba detrás.

—Sólo dijo «Kali». Luego habló de Ridgewood Street. No pudo continuar.

Cuando hubieron alcanzado la carretera, John Smith volvióse hacia su hijo.

—Prepararemos el carro para llegarnos a la granja de Steve. Desde allí podremos avisar a la policía.

La luz del farol que les guiaba fue ascendiendo, hasta desaparecer en una desigualdad del terreno. Y por espacio de una hora sólo el rumor de la lluvia llenó aquel paraje, donde la muerte acababa de ganar una de sus bazas más importantes.

CAPÍTULO II

—Ridgewood Street no puede ofrecer duda alguna. En lo que respecta a Kali…

Ben Scott trazó un gesto vago en el aire y quedóse pensativo contemplando la tenue espiral azulada que su cigarrillo difundía en el aire. Frente a él, el inspector McQuander paseaba por todo lo largo de su despacho, con las manos hundidas en los bolsillos y la mirada perdida en un punto cualquiera de la pared que tenía delante.

—Eso fue todo lo que Nick pudo hacer llegar hasta nosotros a través del granjero que lo descubrió instantes antes de expirar. Yo tenía noticia de que sus pesquisas iban por buen camino, pero temía que llegaran a malograrse. Por ello le indiqué que viniera a darme cuenta. Y fue sorprendido cuando lo iba a hacer…

—¿Hallaron algún papel encima de su cadáver? ¿Algo que pudiera ofrecer una leve indicación?

—Nada. Ignoro si lograrían quitárselo y hacerlo desaparecer, o realmente no existió. El caso es que sólo esas tres palabras constituyen el lazo de unión entre sus trabajos y nosotros: Kali y Ridgewood Street. John Smith asegura que, al repetirlas, las pudo percibir con absoluta claridad. Inmediatamente después Nick exhalaba su postrer suspiro.

—Ridgewood Street es una callejuela del barrio oriental de Harlem. Si Nick anduvo por allí, no será difícil comprobarlo. En cuanto a Kali, aparte de la denominación dada a una divinidad hindostánica, no se me ocurre qué relación pueda tener con lo que andaba buscando.

McQuander se detuvo junto al muchacho y quedósele mirando atentamente.

—Como puedes ver, eso es todo, Ben. La desaparición de los documentos sigue siendo un misterio. Y aun cuando todos ellos

están redactados en clave, cabe admitir la posibilidad de que nuestros enemigos lleguen a obtener el medio de averiguar su contenido. Es por ello que hay que obrar con rapidez. Y por si esto fuera poco…

—¿Te refieres al pliego sellado que ha desaparecido de la caja fuerte del Consejo de Coordinación en el Estado Mayor?

McQuander hizo un gesto afirmativo.

—Nada menos que se trata del sistema de fortificaciones escalonado en la costa del Pacífico. Hay que evitar que pueda salir una sola copia del territorio de los Estados Unidos. Por ello, como puedes comprender, no es suficiente recuperar el sobre con los documentos.

—Me hago cargo, Mac —repuso Ben Scott, poniéndose en pie—. Iré a ver al coronel. ¿Le has avisado?

—Lo haré ahora mismo. Voy a pedirle que te dé toda clase de facilidades.

—Perfectamente, Mac. Hasta luego.

Salió Ben Scott del despacho de su superior, y, subiendo al coche que aguardaba a la puerta del edificio, marchó a la sede del Consejo Coordinador para los planes del Estado Mayor del Ejército.

El coronel Wilcott, previamente avisado, le recibió en su despacho particular. Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto simpático y agradable, pero que, no obstante, advertíasele dominado por cierto nerviosismo que no lograba reprimir.

—Celebro que el F. B. I. envíe, para aclarar este misterio, a uno de sus más valiosos elementos —fueron sus palabras de salutación, al tiempo que estrechaba la mano de Ben Scott e invitábale a sentarse en un amplio butacón.

—Voy a ser breve en mi visita, coronel Wilcott —habló Ben Scott, aceptando, sin embargo, el amable ofrecimiento del militar—. Conozco la inmensa labor que pesa sobre usted en estos momentos, y bajo ningún pretexto quisiera distraerle de ella. Por ello voy a formularle algunas preguntas a las que le agradeceré una respuesta en cuanto sus deberes profesionales no se lo impidan.

Wilcott ofreció a Ben un cigarrillo y sentóse frente al muchacho.

—Tengo entendido —comenzó el inspector— que no hace

todavía veinticuatro horas han desaparecido de la caja fuerte importantes documentos que afectan a la defensa de los Estados Unidos.

—Exacto.

—¿Tiene alguna idea referente a la nación directamente interesada en poseerlos?

—Es una pregunta un poco difícil de contestar. No obstante, le diré que cualquiera de las potencias con las que tenemos empeñada la guerra puede hallarse interesada en conocer el contenido de los mismos…

—¿Quién guarda la llave de la caja?

—Yo mismo. Aunque es costumbre no abrirla si no es en presencia de tres de los miembros del Consejo de Coordinación.

—¿Cuándo vio por última vez los documentos?

—El martes por la noche, a eso de las nueve y media.

—¿Y advirtió la desaparición…?

—El mismo miércoles, a las diez y cuarto de la mañana. Íbamos a guardar la copia de una serie de ordenanzas dictadas por el alto mando.

—En tal caso, la caja fue abierta entre las nueve y media de la noche del martes y las diez y cuarto de la mañana del miércoles. Durante este tiempo, ¿recuerda haber dejado la llave en algún lugar poco seguro?

—No tengo la menor duda. Siempre la llevo encima, sólo me separo de ella durante la noche, guardándola en mi caja fuerte particular. La incluyo dentro de un sobre lacrado y sellado, comprobando cada mañana la integridad de los precintos.

Ben Scott quedó unos instantes pensativo.

—En tal caso, cabe admitir que la caja fue abierta con una llave distinta a la destinada para ello. ¿Tiene alguna idea de su existencia?

—Hasta ahora, jamás creí que hubiera otra distinta de la que uso.

—Además de sus compañeros del Consejo, ¿qué otras personas tienen libre acceso a las oficinas en donde se custodian los documentos?

—Únicamente el teniente Penhill y la señorita Hapmann. El primero tiene a su cargo la Sección de Información en el Consejo.

La señorita Hapmann es la mecanógrafa oficial que se encarga de los trabajos de la Comisión.

—¿Los dos gozan de su confianza?

—Hasta el presente no tengo motivos para pensar de otro modo.

Ben Scott se puso en pie, disponiéndose a abandonar el salón.

—Bien, coronel Wilcott. Gracias.

Antes de llegar a la puerta, volvióse todavía el muchacho.

—Un pequeño detalle, coronel. ¿Sería indiscreto preguntarle dónde intentó matar el tedio en la noche del martes al miércoles?

Wilcott esbozó una significativa sonrisa.

—Me parece muy razonable —contestó, sin vacilar—. Asistí a una reunión dada por unos amigos en el «Tropical Club».

—¿«Tropical Club»?

—Sí. Se trata de un lugar familiar en donde solemos reunirnos varios amigos. Está en Harlem.

—¡Ah! En Harlem… Perfectamente, coronel… Buenos días.

—No es esta puerta, inspector —advirtióle Wilcott, al ver que Ben se encaminaba hacia una de las salidas laterales—. Por la otra…

Pero ya el muchacho abría con rapidez, como si no hubiera oído su indicación. Y una muchacha, de unos veinte años, de agraciadas facciones, apareció en el marco, apoyándose en el quicio para conservar el equilibrio que había perdido.

—¡Oh, perdone! —Excusóse Ben, a pesar de que tenía la seguridad de que ella encontrábase allí detrás escuchando.

—Iba a entrar… —balbució la joven—. No sabía que…

—La señorita Hapmann —presentóla el coronel, acercándose a ellos—. El inspector Scott, de la Oficina Federal de Investigación.

Ben se inclinó ligeramente.

—Encantado, señorita Hapmann. Lamento muy sinceramente haberla asustado.

Sorprendió un leve temblor en sus labios rojos, destacando en un rostro de acentuada palidez. Ben Scott, cruzando ante ella, encaminóse hacia la puerta que Wilcott quería indicarle.

Ya en la calle, comenzó a pensar en el incidente ocurrido con *Miss* Hapmann. Evidentemente que Wilcott habíase percatado de ello, aunque sus esfuerzos se encaminaron a restarle toda importancia. Incluso llegó Ben Scott a sospechar que no ignoraba el

hecho de haber sido espiados por la joven mientras celebraban aquella corta entrevista.

Miró a su alrededor, dudando hacia dónde dirigirse. Entonces sorprendió a poca distancia a un individuo observándole atentamente. Sus facciones tenían un intenso color aceitunado obscuro, en tanto que sus rasgos delataban su origen en alguno de los países del sudeste asiático.

Ben Scott experimentó la impresión de que se le estaba vigilando. Pero aparentando no reparar en aquel sujeto, continuó su camino hacia la próxima parada del autobús. Una vez allí, adquirió un periódico, fingiendo abstraerse en su lectura mientras estaba aguardando la llegada del vehículo.

No volvió un instante la cabeza, ni siquiera al subir al autobús que debía conducirle a Brooklyn; pero tomó asiento muy cerca de la puerta a fin de observar al desconocido. Sin embargo, arrancó el coche sin que aquél hiciera acto de presencia. Miró entonces hacia atrás, y lo vio en el momento de subir a un taxi.

Una leve sonrisa distendió los labios de Ben. Y doblando el periódico, aparentó distraerse en la contemplación del tráfico.

Entre las calles Dieciocho y Diecinueve apeóse Ben. Vio con el rabillo del ojo que el coche que les seguía acababa de detenerse. Entonces entró en un establecimiento para comprar cigarrillos. Al mismo tiempo dirigióse a la cabina telefónica y marcó un número. Respondióle una voz femenina.

—Oye, Jessie. Soy Ben. Hay un tipo de aspecto sospechoso que anda pisándome los talones. Ocupa un taxi con el número 3.25I de matrícula. Es preciso que hagas tú lo mismo con él.

—¿Dónde estás?

—En el cruce de la calle Dieciocho con la Tercera Avenida. El taxi que conduce al sujeto ése se halla detenido a poca distancia de este establecimiento.

—Está bien, inspector —rió la joven, desde el otro extremo del hilo—. ¿En dónde quieres que aguarde?

—Voy a llevármelo hasta la entrada al puente de Manhattan. Deberás estar allí dentro de diez minutos. Toma el coche y procura no perderle de vista hasta averiguar dónde tiene su guarida. ¿Comprendido, Jessie?

Una exclamación de la joven dióle a entender que había

mostrado su conformidad.

Aguardó unos minutos y salió de la tienda. El taxi se hallaba todavía detenido allí cerca. Encendió Ben un cigarrillo, y, sin demostrar una gran prisa, comenzó a descender Tercera Avenida abajo, siguiendo la acera izquierda.

De vez en cuando dirigía distraídas miradas hacia el otro lado de la calle, y entonces podía percatarse de que el coche iba siguiendo invariablemente su marcha.

Detuvo al primer taxi qué pasó, ordenando al chófer dirigirse al puente de Manhattan. Sólo llegar descubrió al automóvil de Jessie aguardando. Pasó lentamente por delante hasta que percatóse de que la joven lo había reconocido. Entonces continuó por el puente en dirección de Brooklyn.

Se detuvo frente a su domicilio. Mientras pagaba al conductor, dióse cuenta de que el taxi se había detenido a unas veinte yardas. Bastante más lejos vio acercarse al coche de Jessie.

Subió rápidamente la escalera, y, ya en su aposento, atisbo por detrás de los cristales. Pero tanto el taxi que llevara al desconocido como el coche de Jessie, habían desaparecido.

Llamó a McQuander, dándole cuenta de lo sucedido. Luego tomó un libro y se dispuso a esperar la llamada de Jessie.

Cuarenta minutos más tarde, el timbre del teléfono le hizo pegar un brinco y dirigirse apresuradamente al aparato.

—¡Ben! —llamó Jessie—. ¿Eres tú, Ben?

—Sí, soy yo. ¿Qué ha ocurrido? —inquirió, anhelante.

—Hasta ahora estuve siguiendo al tipo ése. Acaba de apearse frente a un *cabaret* de Ridgewood Street, en Harlem. Es el «Tampico». ¿Debo seguir vigilando o puedo regresar?

—Es suficiente, Jessie. Como ayudante, eres un encanto.

—¿Y como mujer?

Ben esbozó una sonrisa cargada de malicia.

—Eso te lo diré cuando te vea. Pueden haber escuchas en la línea.

Y colgó el auricular, adivinando la expresión del rostro de Jessie en aquellos momentos.

Dos travesías antes de llegar, apeóse Ben del autobús. Con la protección de sus lentes obscuros y la indispensable caracterización, considerábase a salvo de toda sospecha para husmear

tranquilamente por los lugares que necesitaba vigilar.

Ridgewood Street era una de las callejuelas más pintorescas de Harlem. Sus comercios estaban regentados por la más extraña amalgama de tipos procedentes de los más diversos países. Marineros de las innumerables embarcaciones ancladas en los muelles de Manhattan y Brooklyn pululaban por aquellos lugares, llenando los cafés y establecimientos de diversión, que allí abundan sobremanera.

Ben Scott dedicóse a observar el lugar que estaba atravesando. Con sus ropas de un vulgar obrero conseguía pasar desapercibido entre la riada humana que a tales horas inundaba la calle.

Hacia la mitad vio brillar las luces del «Tampico», el *cabaret* que, según las informaciones de Jessie, había acogido al sujeto misterioso que anduviera siguiéndole hasta la puerta de su domicilio.

Entró en el local y sentóse en un rincón del mismo, cerca de la puerta principal. La concurrencia era bastante numerosa, y constituida principalmente por gente de baja condición.

De pronto vio detenerse ante los cristales de una de las ventanas una persona, reconociéndola en el acto. Tratábase de *Miss* Hapmann, la mecanógrafa del coronel Wilcott. Miraba ansiosamente al interior, como si buscara entre la concurrencia alguna cara conocida. No debió resultar satisfactoria la búsqueda, ya que apartóse de allí, pasando, sin entrar, por delante de la puerta.

Ben Scott, tras dejar unas monedas sobre la mesa, salió a la calle. La figura de la joven acababa de doblar en aquel momento la esquina cercana. Ben echó a correr hacia ella, llegando con el tiempo justo de ver como desaparecía en un obscuro portal.

Aceleró su marcha y entró en la casa. El apagado rumor de unos pasos resonaba por debajo de donde él hallábase. Entonces se dio cuenta de que allí mismo arrancaba una escalera que descendía hasta una especie de largo y obscuro corredor.

Apretó el botón de su diminuta «Welkin», comprobando que el pasillo doblaba hacia la izquierda.

Apagó la linterna y continuó avanzando, guiándose por un tenue resplandor que se divisaba hacia el final. Tratábase de un patio de reducidas dimensiones, al fondo del cual una puerta acababa de ser

abierta.

No le cabía duda de que era por allí donde habíase metido la joven.

Iba a cruzar el patio, cuando dos sombras surgieron a ambos lados, saltando sobre él. Esquivó de un salto el empuje de la más próxima, por lo que le fue posible propinar un tremendo directo en la mandíbula del que llegaba por la derecha. Inmediatamente aplicó un fuerte rodillazo en el estómago del primero. Sin embargo, éste, que había hecho presa en su cuello, no lo soltó, y ambos rodaron por el suelo.

El individuo con el cual luchaba era menudo y estaba dotado de una prodigiosa agilidad. No obstante, Ben Scott conocía los secretos de la lucha japonesa. Mediante una violenta contracción consiguió quedar encima de él, yendo su puño cerrado a estrellarse contra el mentón del asaltante, quien, sin proferir el más leve gemido, abrió sus brazos, quedando tendido sobre el enlosado pavimento.

Ben Scott miró a su alrededor, y vio al otro sujeto, ya repuesto de su primera sorpresa, en actitud de reanudar la lucha. Pero tampoco escapó a su vigilancia un grupo de tres o cuatro individuos que acababan de aparecer por la puerta del fondo. Un rayo de luz hizo brillar algo que empuñaban en sus diestras, adivinando el joven que aquellos desconocidos tenían una implacable consigna que cumplir, y que acabarían consiguiéndolo si les daba oportunidad para ello.

Arrojóse sobre el que hallábase más próximo, y con un buen combinado de golpes consiguió derribarle de espaldas. Acto seguido saltó sobre su cuerpo, echando a correr por el mismo obscuro corredor que le había conducido hasta allí. Ahora ya no abrigaba la menor duda de que había sido reconocido y de que le reservaban la misma suerte que al pobre Nick, que en sus intentos por aclarar aquel misterio habíale precedido.

Empuñando la automática, avanzó a tientas por el obscuro pasadizo. A su espalda escuchaba el ruido de pasos precipitados, acompañado de sordas maldiciones y alguna que otra imprecación en una lengua que jamás había oído.

Sin embargo, no le sobrevino ningún contratiempo.

Ya en la calle, aceleró el paso hasta verse de nuevo en Ridgewood Street. Por el momento, considerábase satisfecho con el

descubrimiento que acababa de realizar, y que no dudaba iba a conducirle al final de aquel tenebroso enigma.

El ruido de un automóvil a sus espaldas le hizo volverse, y en el momento de pasar por su lado distinguió a *Miss* Hapmann sentada junto a un joven alto y de cabello rojizo, que era quien conducía. Fue solo un instante, aunque suficiente para que Ben pudiera grabar en su mente las facciones de aquel sujeto.

Comprendía que de nada habíale servido el disfraz adoptado, y optó por alejarse de aquellos lugares.

Subió a un taxi con la intención de dirigirse a ver al coronel Wilcott; pero, al consultar su reloj y darse cuenta que señalaba las once y media, decidió aplazar su visita hasta el día siguiente.

A las diez de la mañana llegaba a las oficinas del Consejo de Coordinación del Estado Mayor. Un individuo bajito y vestido con el uniforme de las fuerzas aéreas le acompañó hasta el despacho del coronel. A Ben extrañóle su aspecto, ya que por sus facciones se advertía que tratábase de un oriental. Saludó militarmente y desapareció por el pasillo.

Ben Scott iba a formular al coronel una pregunta relacionada con el soldado, cuando vio algo que le hizo olvidarse de tal propósito. Sentada ante una mesa se hallaba la señorita Hapmann, y a su lado un joven teniente iba dictándole un documento que tenía en sus manos. Inmediatamente lo reconoció. Tratábase del mismo individuo alto y de rojizo cabello que conducía el automóvil en el que *Miss* Hapmann huyera de Ridgewood Street.

—¡Buenos días, inspector! —saludó, jovial, el coronel Wilcott—. Cuando viene a verme tan temprano, será porque algo importante le empuja hacia aquí. ¿No es cierto?

—Se equivoca por completo, coronel —sonrió Ben Scott, al tiempo que estrechaba su mano.

—Permítame que le presente a mi colaborador y ayudante, el teniente Penhill —habló Wilcott, conduciéndole hasta donde los dos jóvenes trabajaban.

Al tiempo de estrechar su mano advirtió en el joven teniente una rápida expresión de temor. Sonrió, no obstante, como si quisiera mostrarse agradable a su visitante.

—Celebro conocerle, inspector Scott —dijo—. Y créame que sentía verdadera curiosidad desde que el coronel Wilcott me habló

de usted.

Ben miró hacia la muchacha, quien, con la mayor naturalidad, le dedicó una encantadora sonrisa, como si estuvieran habituados a tratarse con frecuencia.

—Supongo no ignorará la naturaleza de mi misión —le dijo Ben, mientras aceptaba el cigarrillo que Wilcott le ofrecía.

—Desde luego —repuso Penhill, sin poder evitar que su acento trasluciera cierto deje de inquietud—. El coronel me puso al corriente. No tengo que decirle que mi deseo es que consiga un completo éxito.

—Así lo espero.

—Bien, señor Scott —sonrió Penhill, con cierto embarazo—. Con su permiso…

Volvió a su trabajo, mientras Ben se alejaba acompañando al coronel hasta un saloncito anejo.

—¿Ha conseguido averiguar algo, inspector Scott? —preguntó Wilcott, apenas hubiéronse arrellanado en sendos y cómodos butacones.

—Anoche hice una provechosa visita a Ridgewood Street —repuso, sin levantar demasiado la voz—. Necesitaba estudiar de cerca el terreno en que se moviera el pobre Nick Speenner. Es un barrio que ofrece muy singulares contrastes.

—No le comprendo —murmuró Wilcott, con un gesto de extrañeza—. ¿Le ocurrió algo de particular?

—Posiblemente no pasara de un audaz intento de apoderarse de mi cartera. Conozco la clase de gente que se esconde en esos barrios.

—Tenga cuidado, Scott. Me parece temerario querer actuar sin ayuda de nadie.

—Es mejor hacerlo así.

—De todos modos…

—¿Cree, coronel, que todas las personas empleadas en estas oficinas ofrecen la suficiente garantía para la labor que en ellas se lleva a cabo?

Wilcott quedósele mirando con extrañeza.

—No creo que vaya a sospechar…

—Hablo en términos generales, coronel —apresuróse a tranquilizarlo—. Para llevar a cabo mi trabajo necesito, ante todo,

eliminar de toda sospecha cuántos elementos se hallen más o menos directamente relacionados con el caso que me ocupa. Ésa fue mi primera tarea, informándome de su magnifico historial, así como el de cuántos miembros componen el Consejo de Coordinación.

—Me parece una medida muy prudente —sonrió Wilcott, interesado.

—Sin embargo, me faltan los datos referentes a dos personas bastante relacionadas con sus trabajos. No dudo adivina a quiénes me refiero.

—Creo suponerlo. Si le preocupa el teniente Penhill, puedo asegurarle que se trata de una de las personas más dignas de confianza que he tenido. Pertenece a una noble familia de Kansas, y fue destinado a este departamento en virtud de una orden del general inspector de los servicios administrativos del Ejército. Jamás dio motivo…

—¿Y la señorita Hapmann?

Wilcott se echó a reír.

—La señorita Hapmann desempeña únicamente trabajos sin importancia y siempre bajo la inmediata vigilancia del teniente Penhill o la mía propia.

—Bien… Eso me tranquiliza, coronel Wilcott —repuso Ben Scott, levantándose—. Le ruego me tenga al corriente de todo cuanto aquí ocurra, y no deje de avisarme tan pronto como observe algo digno de ser anotado.

Al pasar por el despacho del coronel, acercóse Penhill para despedirle.

—Acaban de telefonear de la Sección de Información para que se les envíe una copia de la orden 240, relativa a los vuelos de reconocimiento de los pilotos en prácticas —habló *Miss* Hapmann, dirigiéndose al coronel.

—Está bien —repuso—. Mandaré a Hubai… ¿No tenía que ir a Brooklyn para la cuestión de los transportes de material sanitario?

Asintió la señorita Hapmann con un movimiento de cabeza.

—En tal caso, será preferible que los lleve usted misma. Lástima que mi coche esté averiado.

—Si me lo permite —intervino Ben, que acababa de escuchar la conversación—, puedo acompañarla en el mío.

Louise Hapmann miró al coronel, como consultándole. Luego,

echóse a reír.

—No podría hacer un viaje con mayor seguridad. Me encantará viajar en su compañía, inspector Scott.

—En tal caso —respondió Ben—, estoy a su disposición.

CAPÍTULO III

Ben Scott abrió la portezuela del coche, permitiendo a Louise acomodarse en el asiento delantero. Luego sentóse al volante y puso el vehículo en marcha.

—¿Hasta dónde debo conducirla? —preguntó el muchacho, sin desviar su mirada del frente, atento al intenso tráfico de la avenida.

—A Witters Street —repuso la joven—. Tiene que cruzar por el puente de Williamsburg.

—Conozco aquella parte. En cierta ocasión cené en uno de sus restaurantes con una encantadora mujer a la que iba siguiendo desde dos meses largos.

—¿Una conquista difícil?… —sonrió Louise, con cierta malicia.

—Bastante más de lo que pude presumir en un principio. Terminé, no obstante, por conseguir lo que me proponía.

Louise Hapmann volvió su rostro hacia él, en un gesto de curiosa interrogación.

—¿Era su primera cena?

—La primera y la última. Para mí fue más que suficiente.

La joven echóse a reír, divertida.

—Lamento que su aventura amorosa terminara en tan rotundo fracaso.

—Eso fue, precisamente, lo que no ocurrió. ¿Ha oído alguna vez hablar de Vinka Yazieh?

—Seguro que no —repuso Louise—. Un nombre como ése no se me hubiera olvidado. ¿Dónde está ella, ahora?

—En una prisión del Estado —repuso Ben, tranquilamente—. Aquella misma noche salió del *cabaret* acompañada por dos agentes, para ser sometida a un hábil interrogatorio.

—¿Entonces, era…?

—Uno de los más peligrosos agentes de espionaje al servicio de una potencia extranjera.

Ben miró de reojo a la joven, y la vio desviar su mirada hacia el lado opuesto; pero inmediatamente se repuso, echándose a reír.

—Es usted un ser bastante peligroso, señor Scott. ¿Y todas las cenas que celebra con una desconocida tienen el mismo significado?

—Desde luego que no —rió ahora Ben—. Creo que no podría soportarlo. Tal vez no me crea si le digo que en aquella ocasión pasé uno de los peores momentos de mi vida.

Louise sonrió, tímidamente.

—Debe ser algo terrible… encontrarse frente a un hombre como usted. Seduce primero a sus víctimas, para luego caer sobre ellas como el halcón que acecha su presa.

—¡Oh, no!… —protestó Ben, con vehemencia—. Con mis argumentos he conseguido que formara un concepto erróneo de mí. Y para desvanecer tal suposición, me atreveré a invitarla para esta noche. ¿Querrá venir a cenar conmigo, señorita Hapmann?

Louise lo miró, sorprendida.

—¿Qué es lo que se propone?

—No tiene nada que temer —tranquilizóla Ben con un gesto—. Le prometo que será una cena pacifica y agradable. Son tantas las preocupaciones que sobre mi pesan, que siento la necesidad de hablar con alguien y olvidarme de que en el mundo existen forajidos y espías…, aunque se oculten tras unos lindos ojos y le desconcierten a uno con la más sugestiva de las sonrisas.

—En este caso —vaciló Louise—, considero que nada se opone a que acepte. ¿Dónde será el encuentro?

—Iré a recogerla a su casa, si no le contraría y me dice las señas.

—Bien. —Pero inmediatamente cambió de opinión—. Prefiero acudir al lugar y a la hora que me diga.

—¿Le parece bien el «Annie's», en la calle Ciento Diez? Tiene una magnífica terraza que se abre sobre el «Central Park». A las diez.

—Perfectamente —convino Louise Hapmann—. Espero que no me dejara plantada.

Ben la miró extrañado; pero pronto echóse a reír, mientras pisaba a fondo el acelerador al desviarse por una calle libre de los obstáculos del tráfico.

Unos minutos más tarde cruzaban el puente de Williamsburg, y

poco después Louise apeábase frente al edificio donde tenía su sede la Sección de Información del Estado Mayor.

Marchó Ben a su domicilio, dejando encerrado el coche en un garaje cercano al mismo. Frente a la puerta había un camión de mudanzas que, pensativo como estaba en la misteriosa personalidad de Louise Hapmann, apenas si atrajo su atención.

Subió la escalera y abrió la puerta del piso. Extrañóle que Harry, su criado, no acudiera a la llamada. Indudablemente, habría salido a efectuar alguna compra, y no tardaría en regresar. Sin embargo, no estaría de más que mirara en su habitación.

Tras empujar la puerta, luego de haber avisado su presencia, entró. Inmediatamente dióse cuenta de lo sucedido. Harry estaba sobre la cama, inmovilizado por fuertes ligaduras, y una sólida mordaza impedíale proferir el menor sonido. Pero una fracción de segundo más tarde parecióle que el mundo se desplumaba sobre su cabeza.

Alguien, oculto a sus espaldas, acababa de asestarle un golpe con un objeto pesado. Borróse la visión de lo que a su alrededor ocurría, y experimentó la impresión de que hundíase en un abismo de negruras.

Entonces, dos individuos surgieron del fondo de la habitación, uniéndose al que acababa de agredir al muchacho. Por su aspecto parecían obreros empleados en la carga y descarga de los muelles. Por el contrario, el que propinara a Ben tan terrible golpe vestía con cierta distinción. Un sombrero gris de ala ancha cubríale gran parte del rostro, adivinándose, no obstante, que pertenecía a una raza del sudeste asiático.

—¡Aprisa!… —exclamó, dirigiéndose a los otros dos—. ¡Atadle bien y ponedle una mordaza, antes de que vuelva en sí!

En pocos segundos dejaron inmóvil al muchacho. El de rostro aceitunado acercóse al inconsciente Harry, y al ver que comenzaba a moverse golpeó con fuerza su cabeza con el mismo objeto que empleara para derribar a Ben. El golpe seco resonó en la estancia y Harry cesó en sus movimientos.

—Vamos a sacarlo cuanto antes —dijo, volviendo junto a sus compinches—. No sea que alguien se presente y lo eche todo a rodar.

Entre los hombres llevaron el cuerpo de Ben hasta un cuartito

inmediato a la puerta de entrada. De él sacaron un baúl, de regulares dimensiones, en el que colocaron el cuerpo inanimado de su víctima. Acto seguido cerraron, corriendo el cerrojo de seguridad.

El que les diera las instrucciones, abriendo sigilosamente la puerta, atisbo por espacio de unos segundos al exterior. La escalera estaba desierta, y tal circunstancia debió pesar favorablemente, ya que hizo una seña a los que con él iban para que le siguieran. Cargaron el baúl y salieron todos al exterior, cerrando con cuidado tras de sí la puerta.

Al llegar abajo salióles al paso el portero del inmueble.

—El señor Scott acaba de subir —les dijo, extrañado—. ¿Acaso no lo han visto?

—Sí; hemos hablado con él —respondió el del sombrero gris, con malhumorada entonación—. Es de esas personas que nunca están conformes con lo que encargan.

—¿Y el baúl?

—No le gustó. Lo quiere más pequeño y nos ha obligado a llevarlo de nuevo al almacén. Hay seres que han nacido para amargar la existencia de sus semejantes.

El portero guardó silencio, mientras miraba como los cargadores colocaban el baúl en el camión detenido frente a la puerta. Y, murmurando algo entre dientes, volvió a entrar en la portería. Casi al mismo tiempo arrancaba el camión, alejándose de allí a toda velocidad.

Cuando recobró el conocimiento vióse Ben tumbado sobre las húmedas losas de una obscura mazmorra. La única luz que entraba allí procedía del ventanillo de la puerta, el cual hallábase sólidamente protegido por dos gruesos barrotes en cruz.

Incorporóse lentamente, pugnando por vencer el vértigo que le invadía. Dolíale la cabeza a causa del golpe que recibiera; pero ello no era obstáculo para que fuera recordando los últimos instantes que precedieron al acto de ser golpeado de modo tan brutal.

Era innegable que algunos desconocidos habían conseguido entrar en su casa, sorprendiendo al fiel Harry, que había resultado fácil víctima de los malhechores. Luego, ocultándose en algún rincón, habrían aguardado su llegada para enviarle, de un preciso golpe, a las etéreas regiones de la inconsciencia.

Se dio cuenta de que le habían despojado de su traje, dejándole únicamente su ropa interior. Posiblemente estarían registrándola cuidadosamente, por si encontraban en ella algún papel o documento de interés. Sonrió, decepcionado, al considerar como habíase dejado sorprender. Tal vez la propia Louise Hapmann había intervenido activamente en la preparación de su captura…

Pasóse una mano por la frente y palpó cuidadosamente la parte dañada. Fue acercándose hasta la puerta hasta atisbar a través del ventanillo.

De allí partía un pequeño y obscuro corredor, al final del cual distinguíase algo que parecía una escalera de mano. Únicamente una bombilla, pendiendo del techo, iluminaba el corredor, permitiendo descubrir en la penumbra los toscos y recios contornos de su prisión.

Encontrábase examinando atentamente el recinto en que se hallaba, cuando el rumor de unas pisadas que llegaban del exterior le hizo comprender que alguien acercábase.

Efectivamente, no tardaron en aparecer dos individuos de siniestra catadura que se dirigieron hacia su celda. El que iba delante, sacando una llave, abrió la puerta. En el umbral recortáronse sus siluetas y las de las armas que ambos empuñaban.

—¡Sal de ahí! —ordenó uno de ellos, al tiempo que daba al conmutador de una linterna. Y un potente haz de luz fue a proyectarse en su rostro.

Ben, deslumbrado, parpadeando, avanzó unos pasos. El sujeto que le conminara a salir apuntóle con la automática.

—Al menor movimiento sospechoso tendremos que arañarte la piel —dijo el otro, en tono que no dejaba lugar a dudas acerca de su decisión.

Ben, dirigiéndole una mirada cargada de desprecio, salió de allí. El que había quedado fuera cogióle del brazo y lo condujo hasta una especie de banco, en donde había dejado una prenda de color obscuro.

—Ponte eso —ordenó, señalándola—. Es preciso presentarte con cierto decoro ante el jefe.

Los dos sujetos echáronse a reír. Tratábase de unos pantalones en bastante mal estado, pero, sin embargo, Ben supuso que le serían útiles en el caso de que se le presentara la coyuntura para salir de

allí.

Obligáronle a subir la escalera que vio al final del pasillo y que conducía a un nuevo corredor, alumbrado por una lámpara en el techo. A derecha e izquierda pudo contar hasta media docena de puertas.

El que le llevaba del brazo, abriendo una de ellas, le empujó, haciéndole entrar en la pieza. Era ésta de reducidas dimensiones; pero no tardó en darse cuenta de que albergaba cerca de una docena de personas. Todas ellas vestían de un modo extravagante: largas túnicas de tejido blanco, llevando arrolladas en la cintura unas caprichosas fajas de seda verde con extraños adornos en oro. La iluminación de la estancia era a base de repujados candelabros sosteniendo gran número de velas. Por toda la estancia flotaba un penetrante y exótico perfume, emanado de unos cuencos en los que ardía cierta substancia de naturaleza desconocida para el muchacho.

Los dos secuaces que acababan de sacarle de la celda empujáronle hasta hacerle avanzar unos pasos. Entonces vióse Ben frente a un misterioso personaje, igualmente vestido como los anteriores, que le miraba fijamente.

—Inspector Scott —habló con voz meliflua, aunque cargada de ocultas amenazas—. Ha pretendido enfrentarse con los discípulos predilectos de la diosa Kali, y tal audacia sólo podía tener un resultado: el mismo que acabó con su antecesor, el inspector Speenner. ¿Sabe a qué me refiero?

—¿Es sólo para eso para lo que ha hecho traerme a su presencia? —preguntó, con desdeñosa altivez.

—Como todos los hijos de ese país, es usted demasiado altanero e irreflexivo, inspector. Posiblemente ignora dónde se encuentra. No es corriente para un mortal de su raza profanar con sus plantas el templo dedicado a la más terrible de nuestras divinidades. La diosa Kali sólo tolera semejante intromisión cuando se trata de un ser destinado al sacrificio.

Ben Scott recorrió con la mirada los rostros de los individuos allí presentes, y, de no constarle la absoluta imposibilidad, hubiérase creído transportado a un lejano rincón de la misteriosa y legendaria India.

En el mismo instante, un resplandor rojizo iluminó la pared del

fondo, mostrando a sus asombrados ojos la imagen de una especie de ídolo, posiblemente de bronce, aunque de un tono negruzco. Estaba dotada de cuatro brazos sosteniendo sendas calaveras. Un rosario de tan macabros elementos rodeaba su cuello hasta descender por encima de su pecho. Todo ello ofrecía tan horrible aspecto, que Ben Scott sospechó que el propósito de aquellos personajes era el de atemorizarle con el fin de obtener alguna importante concesión. Aunque, pensó, si así fuera, le concedería por el momento cierto respiro, del que más adelante pudiera aprovecharse.

—¡Ésta es Kali! ¡Kali, la diosa vengativa! ¡Kali, la que fulmina al osado extranjero con sólo fijar en él el poderoso rayo que brota de su mirada!

A Ben no podía parecerle nada tan fuera de lugar como aquella extraña y ridícula ceremonia, verificada a contadas yardas del tráfico vertiginoso y dinámico de las concurridas calles neoyorquinas.

Sabía que, después de aquella pantomima, el dirigente de tan graves y misteriosos personajes terminaría por formularle alguna inesperada proposición. Por ello, sólo le era preciso aguardar, con el fin de salir de dudas acerca de sus intenciones.

La luz del fondo fue debilitándose gradualmente, hasta extinguir sus rojizas tonalidades. Entonces, el que llevaba allí la voz cantante acercósele.

—Inspector Scott —le dijo, mirándole fijamente.

—No dudo conocerá la suerte que se le ha reservado.

Ben Scott, esbozando una extraña sonrisa, miró a los que le rodeaban.

—Sólo sé la que le espera a usted y a toda esa pandilla de fanáticos que actúa a sus órdenes para atentar contra la seguridad de mi país. ¿Ha oído hablar de la silla eléctrica?

—Es usted un irreflexivo, además de un pobre jactancioso. Speenner consiguió introducirse en nuestra secta, pero las cosas no salieron a la medida de sus deseos. Y pagó su audacia con su propia vida. Sin embargo —prosiguió aquel diabólico ser—. Speenner llevóse de aquí una sortija con un magnífico rubí. Era el amuleto de la diosa Kali. El más sacrílego de los atentados fue llevado a cabo por un miembro de ese

F. B. I.
a que usted pertenece. ¿Sabe, acaso, a dónde ha ido a parar ese amuleto?

Ben encogióse de hombros, significativamente.

—Sabemos positivamente que Speenner salió de aquí con la sortija. Nuestros hombres lograron capturarle en la esquina de Rosedale Street con Westchester Avenue. Sin embargo, no regresaron. Algo ocurrió que deshizo los planes trazados. Y tanto nuestros hombres como Speenner y los policías seguidores murieron en el mismo accidente. Luego, la sortija con el rubí debe hallarse en manos de la policía. Y usted, Scott, debe saberlo. ¡Es inútil que trate de negarlo! ¡Y sepa que la única probabilidad de salvar su vida se encuentra en las indicaciones precisas que nos facilite para recobrar ese amuleto!

A medida que iba hablando, el rostro de su interlocutor iba transfigurándose hasta semejar un monstruo de pesadilla. Ben se dijo que todos los relatos que había escuchado acerca de la India misteriosa palidecían ante la realidad de la escena que estaba presenciando.

—No se nada de esa sortija. Y aun cuando lo supiera…

Unas manos como garfios apoderáronse de sus muñecas, al tiempo que en sus costados sentía clavarse algo, con despiadada saña. Experimentó como invadíale una irreprimible angustia, y tuvo que morderse los labios para no exhalar gemidos de dolor.

—¡Hable ya de una vez, Scott! —le apremió aquel energúmeno—. ¡Diga el paradero de la sortija, y nada malo le sucederá!

La presión en sus costados hízose más intensa, hasta el punto de que tuvo la certeza de que no iba a poder resistirlo por más tiempo.

—Jamás… oí… hablar…

Tuvo que morderse de nuevo los labios para no manifestar sus sufrimientos. Los tendones de su cuello estaban tensos y sus venas hinchábanse a causa del esfuerzo ímprobo a que sometía todos sus músculos. Sus ojos giraron hasta parecer que iban a salirse de sus órbitas. Luego, bruscamente, aflojóse la tensión y él doblóse hacia delante.

—¡Basta! —ordenó aquel verdugo—. Dejad que se reponga.

Soltáronle los que sujetaban sus muñecas, y el cuerpo del muchacho rodó, semiinconsciente, por el suelo de la estancia.

Uno de los comparsas del sayo blanco acercóse al jefe del clan, susurrándole algunas palabras a su oído. Éste, tras reflexionar por espacio de unos segundos:

—¡Devolvedlo a la mazmorra!… —ordenó—. Le obligaremos a confesar en otra ocasión.

Sintió como era arrastrado hasta el lugar de donde le sacaran, hasta que las húmedas y resbaladizas baldosas recibieron su cuerpo. Entonces cerró los ojos, y por unos instantes trató de no pensar en nada más que en el cuerpo medio destrozado del pobre Nick Speenner. Pero sus recuerdos no alcanzaban a precisar la enigmática sortija de solitario rubí que su desgraciado compañero arrebatara de la horrible imagen, ante la cual había sido tan duramente martirizado.

Oyó como sus carceleros se alejaban. Hizo un esfuerzo y consiguió incorporarse. Palpóse los costados, comprobando con asombro que no experimentaba ya el menor dolor. Únicamente la respiración háciasele dificultosa, a causa de haber perturbado el funcionamiento de los músculos que regulaban dicho acto.

Fue a sentarse en un rincón de la celda y trató de pensar en la joya por la que tan interesados se mostraban aquellos personajes.

¿Cuál podía ser su valor, cuando Speenner había considerado concluida su misión al conseguir aquel artístico, aunque inútil, amuleto?

Era indudable que en ella se encerraba algo de singular importancia, para que su antiguo y desventurado compañero hubierase apoderado de él, con el fin de entregarlo al inspector McQuander.

Si pudiera salir de allí y advertir a sus superiores para que iniciaran las necesarias pesquisas en aquel sentido…

De pronto, un ruido le obligó a levantar la cabeza. Era indudable que alguien bajaba la escalera, pero lo que hizo que estremeciéronse todas las fibras de su ser fue el eco lejano de una voz, que hablaba en un tono de prudente cautela.

Aunque no estaba del todo seguro, tenía casi la certeza de que Louise Hapmann hallábase allí cerca.

Púsose en pie, acercándose a la mirilla. Unas sombras acababan de aparecer al final del corredor y se dirigían hacia la celda.

Instintivamente retrocedió hasta situarse en la pared del fondo.

Su corazón le decía que iban de nuevo a por él, para reanudar el angustioso y bárbaro martirio a que pocos minutos antes habíasele sometido.

CAPÍTULO IV

Miss Hapmann abandonó las oficinas de la Sección de Información del Estado Mayor tan pronto como hubo entregado la copia de la orden solicitada, regresando en un taxi a las oficinas donde trabajaba para dar cuenta al coronel Wilcott de su encargo. Unos minutos más tarde, finalizado el trabajo, subía al autobús que la dejaría en una humilde barriada de los alrededores de Harlem.

Breves instantes después, de hallarse en la sencilla habitación que tenía alquilada, entró su patrona, avisándola de que la llamaban al teléfono.

Bajó la escalera, y al poco contestaba a la llamada.

—El tipo ese que iba contigo ya lo hemos dejado en lugar seguro —dijo una voz, que provoco en la muchacha un involuntario estremecimiento.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó; llevándose una mano a la garganta.

—Es un defecto de las mujeres el ser extremadamente curiosas, Ketty —oyó que decían desde el otro extremo del hiló—. No olvides, además, que tu trabajo tiene que estar terminado dentro de muy pocos días.

—¿Es sólo para eso que me has llamado?

—Necesitaba prevenirte, ya que tú has sido una de las últimas personas en verlo. Puedes suponer lo que van a marearte con preguntas de todas clases. Es conveniente que estudies las respuestas, a fin de que puedan quedar satisfechos. ¿Has comprendido?

—Sí… Creo que sí.

—Dudo de que hagas las cosas como es preciso —insistió aquella voz, chillona y desagradable—. No olvides que las sospechas terminarán por recaer en ti o en el teniente ese. Supongo que no te será difícil decidir.

—Está bien —replicó, secamente.

Y colgó el auricular, dando por terminada la conversación.

Volvió a su cuarto y dejóse caer sobre el lecho. Por espacio de algunos minutos permaneció inmóvil, en actitud de reflexionar.

Al levantarse, una inquebrantable decisión la dominaba. Tomando el bolso, que había dejado sobre el tocador, lo abrió. De su interior extrajo una pistola, que, tras examinarla cuidadosamente, comprobando la integridad de su cargador, volvió luego a guardarla en el mismo sitio de donde la sacara.

Salió a la calle y subió a un taxi. Pocos minutos más tarde apeábase a la entrada de Ridgewood Street. Con paso rápido y menudo avanzó por la acera, hasta llegar a la puerta del «Tampico». Bastóle una breve ojeada al interior para cerciorarle de que allí no estaba la persona a quien buscaba.

Siguió adelante, hasta doblar la primera bocacalle, entrando luego en una casa de sórdido aspecto, bajó una docena de peldaños y detúvose ante una puerta cerrada. Llamó, dando un golpe suave con los nudillos, repitiendo luego la señal por dos veces. Luego, los golpes fueron tres. Casi inmediatamente abrióse la puerta, y la figura de un sujeto en mangas de camisa recortóse en el umbral.

—¡Ah! ¿Eres tú? —exclamó, haciéndose a un lado.

Entró la joven con gesto decidido, mirando a su alrededor para cerciorarse de que nadie más había allí.

—¿Dio mucho que hacer ese policía? —Fueron sus primeras palabras.

—Ni siquiera nos ensuciamos las manos sonrió el sujeto aquél. —Hay que reconocer que Mitya sabe hacer las cosas con rara perfección.

La muchacha apoyó las manos sobre la mesa, fijando sus pupilas en el rostro del ser que tenía delante.

—Temo que te estés hundiendo demasiado en este sucio negocio, Joe. Tarde o temprano, la policía dará con la clave y ninguno de vosotros escapará a un duro castigo. Probablemente…

—¡Vaya! Conque ya tienes miedo, ¿eh?

—Temo por ti, Joe —casi suplicaba—. Eres mi hermano, y no puedo permanecer insensible ante el peligro que se cierne sobre ti.

—Mi buena hermanita protectora —rió Joe Hapmann, de un modo siniestro—. Procura no profundizar demasiado en lo que no

entiendes. En todo caso, seremos dos quienes paguemos las consecuencias.

—Esas cosas nunca pueden terminar bien.

—Unas sí y otras no. Es por ello que todos nos esforzamos en que resulte de las primeras. Hay en ese trabajo mucho dinero a ganar. Ya lo estoy ganando, Ketty. Todavía no hace un año que en Virginia tenía que arrancarme la piel a tiras para hacer producir un pedazo de tierra que amenazaba concluir con mis energías. Aquí, es muy distinto. Los dólares salen de todas partes: del aire, del suelo… En todos los rincones hay un buen puñado de ellos. No tienes más que arañar para que salgan a la superficie y pasen a llenar tus bolsillos —dijo el malhechor, mientras sus ojos despedían vivos destellos de codicia.

—Estás obcecado, Joe —insistió su hermana, con gesto de cansancio—. Andas hundiéndote cada vez más en esa vida de crimen y maldad.

—¡Calla! —exigió Joe Hapmann, avanzando hacia ella hasta cogerla del brazo con tal fuerza que la joven tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir un grito de dolor—. ¿Quieres que te oigan los demás y acaben con nosotros sólo porque no puedas dominar tus nervios de niña histérica?

—Me duele, Joe… —imploró ella, intentando desasirse.

—¡Escucha bien, Ketty! —advirtióle, amenazador—. He seguido este camino por mi propia voluntad y voy a continuar basta el fin. Nadie te llamó para que vinieras, y si lo hiciste, tienes que someterte a cuanto se te exija. ¡Ahora ya es demasiado tarde para volverte atrás!

—¡Eso no es cierto! Prometí ayudarte, pero con la condición de que ningún asesinato había de cometerse en las personas con las que iba a relacionarme.

Pero su hermano parecía no escucharla.

—¡Es ya demasiado tarde! —repitió—. Tu misión en las oficinas es tapar a Hubai y delatar a Penhill. Cuando uno de nosotros recibe una consigna, hay que cumplirla por encima de todos los sentimentalismos. ¿Crees, acaso, que no me he dado cuenta de que ese estúpido de Penhill anda embobado por tus encantos? Eso te facilitará el trabajo. Al comenzar no podíamos sospechar que las cosas iban a ir tan bien.

—No puedes obligarme a tal infamia… —balbució, aterrada.

—Debes hacerlo, y lo harás. ¿Acaso no vale mi vida más que la de ese imbécil pelirrojo? Eres mi hermana, y en algo debes demostrarlo. Un solo fallo, y tanto tu vida como la mía penderán de un finísimo cabello. Además, piensa que llegaremos a poseer una fortuna. —Y, bajando la voz, aproximóse todavía más a la joven—. He visto algo que hará bailar tus ojos de asombro. ¡Una fortuna en joyas! ¡Miles de dólares; posiblemente millones! Sólo es cuestión de elegir el momento oportuno, y luego…

Hizo un ademán significativo, al tiempo que miraba a su alrededor para cerciorarse de que no le escuchaban.

Miss Hapmann no pudo reprimir un gesto de repugnancia y horror. Y volviendo la cabeza, dirigióse a la puerta. Pero, antes de llegar, se volvió hacia su hermano.

—¿Dónde está ese inspector?

—Hace un momento lo llevaron ante el Consejo de la diosa esa que preside sus reuniones. Posiblemente, tratarán de hacerle cantar.

—Vamos abajo —habló ella, con fría decisión.

Miróla Joe con cierto temor.

—Ten cuidado no vayas a decir nada de lo que hemos estado hablando. Casi seguro de que ninguno de los dos volveríamos a ver la luz del día.

Salieron por una oculta puertecilla del fondo y atravesaron una segunda estancia. Otra puerta, y un hueco obscuro abrióse ante ellos. Joe sacó una linterna de bolsillo, cuyo haz luminoso mostró los primeros peldaños de una escalera que descendía en espiral.

Bajaron en silencio, yendo a desembocar a un largo y mal alumbrado corredor. En el mismo momento una figura avanzaba por él, llevando unas prendas de vestir colgando del brazo.

—¡Hola, Thorky! —saludó la muchacha, con amistoso acento—. ¿Qué tal el prisionero?

—¡Hola, muchachos! —Correspondió aquel hombre, guiñando un ojo a *Miss* Hapmann—. Hace unos momentos lo han sacado de la sala donde está la figura esa de los brazos retorcidos. Es un poco testarudo el chico. Negóse a cantar, pese a las caricias que le dispensó Mitya. De todos modos, lo reservan para la función de gala de la noche.

Y lanzó una estrepitosa carcajada.

—¿En dónde lo habéis alojado? —inquirió Louise.

—Ahí abajo —dijo aquel sujeto, indicando con un gesto de su cabeza el final del pasillo—. Ahora iba a llevarle sus vestidos.

—¿Sus vestidos?… —preguntó la muchacha, con marcada extrañeza.

El otro mostróle las prendas que llevaba en el brazo.

—Han sido registrados minuciosamente. Pero no había nada en ellos que pudiera sernos de interés.

—Deja que se los lleve yo —habló Louise Hapmann, tomando aquellas ropas—. Me gustará ver la cara de asombro que va a poner cuando me vea llegar. El pobre habíame citado para cenar en un club nocturno. ¡Lástima de cena que me he perdido!…

—¿Crees que será conveniente? —vaciló su interlocutor.

—Venid conmigo y no digáis una sola palabra.

Echaron a andar hacia el final del pasillo. Una nueva escalerilla veíase a través de una especie de escotillón abierto en el suelo. La muchacha comenzó a descender por ella; pero hacia la mitad detúvose, dando muestras de indecisión.

—Tal vez sea una imprudencia —habló, como consigo misma—. Prefiero… que no me vea.

—¿Qué te ocurre?

Puso las ropas en el brazo del que iba detrás, e indicóle:

—Llévalas tú mismo, Thorky.

Thorky las tomó de nuevo, mientras esbozaba una irónica sonrisa.

—Todas las mujeres habéis de obrar con un poco menos de sentimentalismo. ¿Temes ahora enfrentarte con él?

—Prefiero que no me vea —respondió, sencillamente.

Hízose a un lado, permitiendo a los dos hombres pasar. Oyóles como llegaban al corredor de abajo y repercutir sus pisadas sobre las húmedas baldosas. Luego, el ruido de una llave al ser introducida en la cerradura, y, a continuación, a Thorky que decía algo, que no pudo entender.

Con la mano sobre el pecho, como intentando contener los acelerados latidos de su corazón, estuvo Louise hasta que oyó la puerta cerrarse de nuevo. Y, tras subir, lentamente, los pocos peldaños que había descendido, aguardó en lo alto la llegada de su hermano y de Thorky.

—Las necesitaba —dijo este último, con cínica sonrisa—. Está tiritando de frío.

—¿Qué van a hacer con él? —preguntó la muchacha, aparentando desinterés.

—No lo sé —repuso Thorky—. Es indudable que al devolverle las ropas piensan conservarlo por algún tiempo.

Dio una palmada en la espalda de Joe y alejóse silbando pasillo adelante.

—Vamos… —dijo Louise Hapmann, volviéndose hacía la escalera por la que poco antes llegaran allí.

Ya en el piso, sin detenerse siguió la joven hasta la salida. Antes de llegar a ella, Joe la contuvo.

—Ten cuidado con lo que haces —advirtióla, fríamente—. Y procura terminar pronto el asunto de Penhill. Sé que van a pagarte bien, si las cosas salen a la medida de Mitya.

—Saldrán bien —murmuró, mirándole en actitud de reto—. Adiós, Joe.

Poco después salía a la calle. Aspiró profundamente, como si quisiera renovar de sus pulmones el aire húmedo y maloliente de los antros que acababa de abandonar. Luego, con paso rápido y decidido, alejóse de allí en dirección a Westchester.

Ben Scott oyó girar la llave en la cerradura y, luego, chirriar los goznes enmohecidos de la puerta. En el hueco luminoso destacáronse las siluetas de dos hombres. Ninguno de los dos llegó a entrar. Desde el umbral arrojaron hacia él unas ropas, cerrando a continuación la puerta.

—Ya puedes vestirte; no sea que pilles una pulmonía —gritóle uno, a través del ventanillo.

Sus risas fueron alejándose, y poco después volvió a reinar el silencio.

Ben avanzó hasta donde habían caído aquellas prendas. Tratábase del traje de que había sido desposeído cuando, todavía inconsciente, fue encerrado en aquella mazmorra.

Colocóse dichas prendas; con lo que consiguió amortiguar el frío húmedo que reinaba en aquellas profundidades.

¡Si al menos le hubieran permitido conservar sus cigarrillos!…

Tanteóse los bolsillos, y al instante percibió algo que hizo acelerar los latidos de su corazón.

¿Cómo era posible que…?

Hundió con febril ansiedad su diestra en uno de los bolsillos de la chaqueta, y sus dedos acariciaron el duro y frió cañón de una automática.

Instintivamente, sus ojos dirigiéronse hacia el ventanillo de la puerta; pero el corredor había quedado desierto y nadie hallábase por allí cerca.

Sacando el objeto, lo examinó, curioso, al tenue resplandor que entraba en el lóbrego recinto.

Efectivamente, tratábase de una pistola de pequeño calibre. Y su sorpresa fue en aumento cuando comprobó que la dotación del cargador estaba completa.

Un rayo de luz penetró en su cerebro. Había escuchado hacía poco una voz que hubiera jurado era la de Louise Hapmann. ¡Sí; ya no le cabía ahora la menor duda! ¡*Miss* Hapmann había conseguido llegar hasta allí para enviarle aquel medio de alcanzar su salvación!

Era preciso obrar con rapidez. De un momento a otro podían entrar sus guardianes para conducirle, una vez más, a presencia de los que iban a torturarle.

Efectuó algunos movimientos respiratorios y gimnásticos para poner a punto sus músculos y entonar el cuerpo. No bien hubo terminado, cuando crujieron los peldaños, avisándole de la inminente llegada de sus aprehensores.

En efecto, dos individuos acercábanse a la celda.

Alejóse hacia un rincón del fondo, acurrucándose en él, como si durmiera.

Abrióse la puerta, y los dos sujetos, antes de avanzar hacia allí, quedáronsele mirando unos instantes. El que iba delante, dando luz a la linterna que llevaba preparada, hizo que el círculo brillante fuera a caer sobre él.

—¡Arriba, pronto!… —chillóle, amenazador—. ¡A ver si ahora se te despeja la memoria y decides hablar lo que guardas en el buche!

Ben, levantando la cabeza, miró a los dos hombres con aire soñoliento. Hizo como que realizaba un gran esfuerzo para ponerse de pie, y, una vez lo hubo conseguido, extendió un brazo para apoyarse en el muro.

—No puedo… —murmuró, débilmente.

—No perdamos tiempo —apremióle el de la linterna, avanzando

un paso hacia delante.

Ben comprobó que en sus manos no había arma alguna. Era la ocasión que había estado aguardando.

—¡Quietos! —ordenóles, con inusitada energía, al tiempo que en su diestra aparecía, como por arte de magia, la pequeña automática.

La sorpresa paralizó a los dos desalmados. Ben, saltando sobre el que iba delante, arrebatóle de un manotazo la linterna.

—¡A la pared! ¡Pronto! —exigió, amenazador.

Los carceleros dirigiéronse hacia el muro.

—¡Volveos de espaldas!

Obedecieron presto. Con hábil maestría desposeyóles Ben de sus armas. Y, tras guardar una de ellas en el bolsillo de su americana, así como la pequeña automática, que le había servido para cambiar tan bruscamente el cariz de las cosas, cogiendo la otra por el cañón, descargó un fuerte golpe en la cabeza del que estaba a su izquierda.

En el momento de desplomarse, su compañero se dio cuenta de lo que ocurría, y volvióse como una fiera acorralada. Pero el puño de Ben salió disparado contra su mentón, haciéndole que, al doblar la cabeza hacia atrás, chocase con violencia contra el muro cercano. Sonó un sordo ruido, y aquel otro cuerpo fue a caer sobre el de su compinche.

Inmediatamente salió de allí. Y, subiendo rápidamente los peldaños, pronto encontróse en el pasillo de arriba, donde unas horas antes tuvo lugar la extraña ceremonia en presencia de la imagen de Kali. Allí, un hombre parecía estar aguardando; pero ni fijóse en Ben, atareado como estaba examinando unos papeles. La primera impresión que tuvo de la presencia del muchacho fue un formidable directo que le trasladó a las nebulosas regiones de la inconsciencia.

Pero la escena había sido observada por dos nuevos componentes de la banda. Desde el otro extremo del pasillo advirtieron lo que ocurría y sacaron sus armas.

Ben ocultóse en el hueco que dejaba la puerta que había a su izquierda, al tiempo que las detonaciones repercutían en el silencio del pasillo. Disparó, asimismo, contra los que trataban de evitar su huida, hasta obligarles a buscar refugio en un cuarto cercano.

Comprendía que le era imposible exponerse a perder un segundo más. Tanteando la puerta que estaba a su espalda, comprobó que

cedía.

De allí partía una nueva escalera, y, no titubeando en aventurarse por ella, subió apresuradamente, yendo a salir a una habitación pobremente amueblada en el preciso momento en que acercábasele un nuevo sujeto, sorprendido, sin duda, por el ruido de las detonaciones.

Ben lo vio echar mano a su bolsillo en un gesto que no admitía más que una significación. De un salto fue a caer sobre él, derribándolo con el impulso de su cuerpo. Rodaron por el suelo. Pero era poco luchador para Ben, y en pocos segundos logró deshacerse de él de un terrible «gancho» de su izquierda.

Corrió hacia una puerta lateral. Daba a un cuarto sin salida posible, perdiendo un tiempo precioso en aquel intento.

Del hueco de la escalera llegábale ya el rumor de pasos precipitados y voces moduladas por una intensa excitación.

La puerta del fondo le mostró un nuevo corredor desprovisto de toda iluminación. Sin vacilar aventuróse por él, tanteando las dos paredes.

Al fin divisó la claridad de la calle. Era de noche y se encontraba en un desierto callejón que le era desconocido. Dos individuos llegaban corriendo por la derecha. Al verlo, comenzaron a disparar contra él. Ben hizo lo propio, obligándoles a buscar protección en un obscuro portal.

Alejóse en dirección opuesta. Antes de doblar la esquina vio cómo sus seguidores reanudaban la persecución, y que a ellos se unían los que acababan de salir de la casa.

Nuevos disparos resonaron a su espalda. Volviose para repeler en igual forma, pero el percutor dio en el vacío. Y, arrojando el arma inservible, saco la otra. Por dos veces consecutivas apretó el gatillo, pareciéndole escuchar un grito de dolor.

Desviose por una bocacalle próxima. Dos pacíficos transeúntes, al darse cuenta de lo que ocurría, desaparecieron como por encanto.

Al final de la calle divisó el tráfico de una vía más concurrida. A sus espaldas ya no se escuchaban los pasos de sus perseguidores. Pero percibió el roncar del motor de un automóvil, con el que los de la banda pretendían acorralarle.

Afortunadamente, un taxi pasaba por allí mismo. Le hizo seña de que parara, y a los pocos segundos hallábase sentado en su interior.

—¡A Brooklyn! —ordenó al chófer—. ¡Y procure ir de prisa! ¡Servicio de la policía!

Mientras el automóvil se unía a los demás vehículos que por allí circulaban, volviose para ver si era seguido. Pero nada vio que pudiera hacerle sospechar algo en tal sentido.

CAPÍTULO V

A las diez menos cinco apeábase Ben a la misma puerta del «Annie's».

Con paso decidido entró en el local, dirigiéndose a una de las mesas que halló desocupada. Bastóle una mirada a su alrededor para cerciorarse de que Louise no hallábase aún allí. Sin embargo, descubrió a Jessie. Ocupaba una de las mesas situadas a poca distancia de la suya, y acompañábale Mike Carry. Nadie hubiera dicho que aquella feliz pareja estaba integrada por dos de los más hábiles agentes del «Federal Bureau of Investigation».

No había tenido tiempo de sentarse, cuando vio entrar a Louise. Vestía un elegante traje de noche, y se acababa de detener, indecisa, tratando de encontrarle. Ben púsose en pie, y fue entonces cuando ella lo vio. Dirigióse hacia él, sonriendo con la mayor naturalidad.

—He procurado llegar puntual —le dijo, al tiempo que le ofrecía la mano.

Ben Scott se dijo que si callaba lo sucedido poco antes, sólo serviría para demostrar a Louise que estaba al corriente de su intervención.

—Temí hacerla esperar… —respondió, mientras apartaba una de las sillas a fin de que ella tomara asiento—. Todavía me parece un sueño encontrarme a su lado.

Ella lo contempló con burlona interrogación.

—¿Ocurrióle, acaso, algún percance?

—Hice una visita a una extraña guarida ocupada por unos cuantos fanáticos. La ayuda providencial de un desconocido ha hecho que pudiera acudir a esta cita.

—¡Es un relato fantástico! —exclamó la joven—. ¡Parece increíble que en unas horas puedan ocurrir tantas cosas! Cuénteme todo con detalle, señor Scott. Ha conseguido intrigarme con su noticia.

Iba a comenzar, cuando acercósele uno de los encargados.

—¿Es usted el señor Scott? —preguntó, indeciso.

—En efecto, me llamo así. ¿Qué desea?

—El señor McQuander le ruega se ponga al teléfono. Creo que dijo llamarse este nombre.

—Sí; es un amigo mío. Muchas gracias.

Formuló una excusa y alejóse, acompañando al empleado.

—¡Hola, Mac! —exclamó, apenas tomó el auricular—. ¿Qué sucede?

—Tendrás que perdonarme el haber interrumpido tu cena; pero tengo unas cuantas cosas que comunicarte. ¿Por cuál empezaré?

—Por la última —bromeó, no obstante hallarse intrigado por la interrupción de su superior.

—En este caso, he de decirte que las huellas que había en la pequeña «Lily» corresponden a la misma persona que las dejó impresas en el sobre de color ocre.

—Lo suponía… —comentó, simplemente—. ¿Qué más?

—Raymond ha salido con ocho hombres para reconocer, palmo a palmo, el terreno por donde rodaron los dos vehículos. La inspección efectuada en los restos de los mismos no ha dado ningún resultado. Indudablemente la sortija que llevaba Nick debió caérsele al salir despedido fuera del coche.

—Perfectamente. ¿Eso es todo?

—Todavía no. Comencé por lo último, tal como me dijiste. Ahora viene lo importante. Dowry y doce de sus hombres tienen rodeada la manzana que has señalado. Están reconociéndola minuciosamente; pero hasta ahora no han conseguido dar con la entrada a los sótanos. Sería conveniente que vayas allá.

—Está bien. Iré en seguida. Hasta luego, Mac.

—Un momento, Ben —le contuvo aún el inspector—. Hay algo más. Se trata del coronel Wilcott. Acaba de llamarme para que acudas a su despacho sin pérdida de tiempo. Ha desaparecido de él una copia de cierta orden secreta, que hoy mismo ha sido cursada al Alto Mando aliado en Extremo Oriente.

Ben emitió un ligero silbido de asombro.

—Esto ya es otra cosa. ¿Nada más?

—Hasta el momento, es todo cuanto puedo decirte. Buenas noches, Ben.

—Buenas noches.

Regresó a la mesa, donde le aguardaba la mirada interrogadora de Louise Hapmann.

—¿Buenas noticias?

—Las hay para todos los gustos —sonrió, enigmático—. Sin embargo, la peor es que habrá que aplazar la cena. MacQuander me llama para que acuda con toda urgencia.

Louise hizo un mohín de contrariedad.

—¡Qué lástima! Está visto que cuando cena con una mujer no es posible llegar normalmente al final.

—Lo siento, señorita Hapmann. Se trata sólo de un aplazamiento.

Ella se había puesto en pie y dirigíase ya hacia la salida. Al llegar al *hall,* se detuvo bruscamente y volviose hacia Ben.

—¡No debiéramos salir… por ahora! —le contuvo, cogiéndole del brazo.

Ben la miró, extrañado. Una intensa palidez cubría sus facciones.

—¿Qué sucede?… —inquirió, mirando hacia la puerta.

—Ahí fuera hay un hombre… Nos miraba fijamente, y su rostro…

—¿Lo había visto en otra ocasión?

—No, no; pero ha sido su aspecto…

—¡Bah! —rió, para tranquilizarla—. Esta noche la advierto muy excitada.

—Temo que ocurra algo…

—Venga conmigo, y se convencerá de que no hay nada que temer.

La cogió de la mano, conduciéndola hasta la puerta. En el exterior el tráfico bullía en aquella hora de la noche. No obstante, la mirada perspicaz de Ben Scott distinguió la silueta de un coche negro y alargado detenido a poca distancia de la entrada.

Con un brusco movimiento empujó a Louise hacia un rincón al tiempo que él saltaba para ocultarse detrás de una de las columnas. Casi al mismo tiempo una ráfaga de ametralladora partió del coche negro, haciendo saltar los cristales de la mampara. Algunas personas gritaron en la calle, mientras el vehículo arrancaba veloz. Un segundo rosario de llamaradas brotó de la ventanilla posterior. Las balas rebotaron en el suelo y en la columna que le protegía. A

su espalda, una sombra tambaleóse, yendo a caer muy cerca de la puerta.



...mientras el vehículo arrancaba veloz...

Con la «Luger» apercibida, salió Ben de su escondite. Dos agentes se acercaban corriendo por la acera. Algunos curiosos, pasados los primeros momentos de peligro, acercábanse a ellos.

—Han huido en un coche negro. Era un «Lincoln» de modelo reciente —explicó tranquilamente, mientras mostrábales su credencial.

—¿Han disparado contra usted? —preguntó uno de los agentes.

—No sé lo que buscarían por aquí —repuso, encogiéndose de hombros—. Miren ahí dentro. Me pareció ver que alcanzaban a alguien.

Efectivamente, el negro portero del «Annie's» era recogido en aquellos momentos y conducido al interior.

Ben acercóse a Louise Hapmann, que en todo aquel tiempo no se había movido del lugar a donde el muchacho la empujara.

—Lamento haber sido tan testarudo —justificóse—. Desde un principio supuse que sus aprensiones eran infundadas.

—Vayámonos cuanto antes —rogóle, sin poder ocultar su nerviosismo—. Siento la impresión de que desde todos los rincones nos están espiando.

Ben acompañóla hasta su coche, que no tardó en alejarles de allí. Apenas cambiaron media docena de palabras en todo el trayecto. A la entrada de Brooklyn, Louise tocó el brazo del joven.

—Pare aquí; se lo ruego.

—¿No quiere que la lleve a su domicilio?

—No es preciso. Usted tiene sus obligaciones y no debe demorarlas por culpa mía.

—No me parece muy oportuno —insistió él—. Dispongo todavía de unos minutos…

—Gracias, Ben —replicó con decisión—. Me apearé aquí.

Ben adivinó que algún poderoso motivo la impulsaba a ello, y no quiso seguir insistiendo. Detuvo el coche, permitiendo que Louise saltara del mismo.

Ya en tierra, tendióle su mano en un gesto de despedida.

—Hasta mañana, Ben.

Correspondió él en igual forma. Y no marchó de allí hasta verla alejarse calle arriba.

Una bocina sonaba a su derecha. Y al volverse vio que se trataba de un taxi. En su interior había dos personas. Ambas agitaron una mano al pasar por su lado. Sonrió Ben y se dispuso a continuar su camino.

Dos manzanas más arriba. Louise Hapmann desviose hada la derecha. A los pocos pasos hacia la misma maniobra para enfilar una calle poco concurrida. Llegada a la mitad, entró en uno de los portales y subió la escalera, como si llevara alguna prisa.

Ya en su habitación cambió su traje de noche por otro de calle. En esta tarea sorprendióle la llamada de la dueña del piso.

Miss Hapmann —anunció aquella mujer—. El teniente Penhill estuvo llamándola repetidas veces por teléfono. Me encargó que lo llamara a las oficinas tan pronto se encontrara de regreso.

Dio las gracias a su patrona y bajó al vestíbulo.

Marcó un número en el teléfono y no tardó en escuchar la voz de Penhill.

—¿Qué ocurre, Ralph?

—Están ocurriendo cosas verdaderamente sorprendentes —dijo el oficial—. Esta misma noche ha desaparecido de la caja una copia de la orden secreta relativa al trazado de la red defensiva submarina a la entrada del puerto de San Francisco.

—¿Y bien?

—El coronel me ha mandado llamar para decirme que la policía había efectuado un registro en mi habitación, encontrando algunas pruebas comprometedoras.

Louise Hapmann sintió que una oleada de sangre afluía a su rostro.

—¿Qué clase de pruebas?

—El sobre con los lacres que contenía el documento. Aunque no pueda explicármelo, no cabe duda de que es el auténtico.

—No… no es posible —balbució la muchacha, aturdida por la gravedad de aquellas noticias.

—Creo que debieras venir, Louise —siguió Penhill—. Le he pedido al coronel que me permitiese disponer de unas horas para justificarme. Y tú eres la única persona que puede ayudarme. ¿Te es posible, Louise?

—Lo haré, Ralph —murmuró débilmente—. Aunque no sé…

Colgó el auricular, y por espacio de algunos segundos permaneció apoyada en el muro, con la mirada perdida en la obscuridad del pasillo.

Luego, regresando a su habitación, terminó de arreglarse. Seguidamente salió de la casa.

Ya en la calle, divisó un taxi detenido allí delante. Hízole una seña al conductor, quien se acercó con presteza.

—¡A la calle 37! —le dijo, al tiempo de subir—. Vaya por la 4.ª Avenida.

Partió el vehículo con tal fuerza que estuvo a punto de hacerla caer. En el mismo instante encendióse la luz del interior y vio que dos personas lo ocupaban.

—¿Qué significa…?

Tratábase de un hombre y una mujer. Los dos vestían elegantemente, y no recordaba haberlos visto antes de aquel momento.

—Siéntese, *Miss* Hapmann, y no tema nada —le dijo la mujer con suave, aunque persuasivo, acento.

—¿Quiénes son ustedes? —interrogóles con evidente desconfianza.

Ahora fue el hombre el que habló.

—Va a venir con nosotros hasta un lugar donde se hallará segura. De lo contrario dudo que alcance a ver la luz de la mañana.

Se revolvió como una fiera, intentando abrir la portezuela y arrojarse del vehículo en marcha; pero una mano cerróse con fuerza en su brazo, obligándola a sentarse en el asiento.

—¡Tengo que estar cuanto antes en la oficina! —chilló, con sincera desesperación—. Ha ocurrido algo que requiere mi presencia allí.

—Estese quieta y no alborote demasiado, de lo contrario…

La voz de aquel hombre era fría y autoritaria. Ahogando un gemido de dolor, dejó de resistirse y luchar.

—Ahora vendrá con nosotros. No debe temer nada, porque nada malo ha de ocurrirle. Sin embargo, será mejor que no alborote; sentiría tener que obrar en una forma menos correcta.

Louise Hapmann recostóse en un rincón y clavó su mirada en la mujer que tenía enfrente.

—Creo que ya comprendo murmuró. —Todo ha sido un ardid del inspector Scott…

Ninguno de sus acompañantes despegó los labios para confirmar o negar sus palabras. Pero Louise adivinaba que estaba en lo cierto. Era evidente que Ben Scott estaba desarrollando un plan cuyo alcance no podía prever. Más aún: tal actitud hacíale presumir que

conocía la relación que ella guardaba con la pandilla de Mitya y su secta de discípulos de Kali.

Sin embargo, tal como estaban presentándose las cosas, comprendía que muy poco o nada podía hacer por aclararlas. Juzgó, pues, conveniente esperar el desarrollo de los acontecimientos y, por el momento, someterse a las exigencias de aquellos desconocidos hasta que viera la oportunidad de escapar y acudir en ayuda de Penhill, gravemente comprometido por la mala fe de Mitya y sus secuaces.

Ben Scott, subiendo rápidamente la escalera, llamó a la puerta del despacho del coronel Wilcott. Éste, que se hallaba paseando de un extremo al otro, acudió a su encuentro tan pronto viole entrar.

—Le agradezco que haya venido, inspector —dijo, al tiempo que estrechaba su mano.

—MacQuander me ha puesto al corriente de lo sucedido. ¿Está seguro de la desaparición de esos documentos?

—Completamente seguro —respondió Wilcott—. Los confié al teniente Penhill para que los hiciera llegar a su destino; pero allí sólo recibieron un sobre parecido conteniendo recortes de periódicos.

Ben se dirigió hacia uno de los sillones donde Penhill parecía hundirse materialmente. A su alrededor hallábanse cuatro jefes de las distintas armas y que componían el Estado Mayor del Consejo de Coordinación.

—¿Confió a alguna persona el sobre que le entregó el coronel?

—No —repuso Penhill con un murmullo de voz.

—¿Ni siquiera a su secretaria? Me refiero, naturalmente, a la señorita Hapmann.

—No —repitió ahora con más energía—. La señorita Hapmann no tiene que ver nada en esto.

Ben sonrió de un modo imperceptible, y volviose hacia Wilcott.

—¿Dónde guardaba el sobre?

—En la caja —repuso el coronel, señalando un rincón de la estancia—. Allí fue guardado en presencia de mis compañeros del Consejo, y la apertura verificóse en igual forma.

—¿Tiene algo que objetar, teniente? —preguntó a Penhill.

—Nada —repuso el muchacho—. El mismo sobre que recibí en este despacho fue llevado a la Sección de Información. Muchas otras

veces realicé servicios semejantes.
—¿Llevó los documentos directamente o bien los retuvo por algún tiempo?
Penhill vaciló antes de responder. El propio Wilcott adelantósele.
—En la Sección de Información no lo recibieron hasta pasadas ocho horas de habérselo entregado.
—¿Es eso cierto, teniente?
Penhill afirmó, en silencio.
—¿Tenía alguna razón para hacerlo así?
—Lo guardé en uno de los cajones de mi mesa, que cerré con llave. Pero al recogerlo más tarde se hallaba allí, intacto.
—¿Por qué motivo lo hizo así? —insistió Ben.
—No tiene importancia alguna… —vaciló, sonrojándose—. Había quedado en acompañar a *Miss* Hapmann a un restaurante de Nueva Jersey y no regresamos hasta última hora de la tarde.
—Así, pues, *Miss* Hapmann fue quien…
—¡No, no! ¡Ella no tiene nada que ver con todo esto! —exclamó con vehemencia—. Únicamente le he pedido que venga para tratar de aclarar algunos extremos de nuestro trabajo.
Ben guardó silencio. Sabía que era muy problemático que Louise apareciera por allí, y no quiso insistir en aquella cuestión. Acercóse a la mesa tras la cual se había sentado Wilcott, y le preguntó:
—¿Me permite examinar el sobre, coronel?
Wilcott extrajo de un cajón el objeto pedido, entregándoselo al muchacho. Ben lo examinó sin demasiada atención.
—¿Dónde guardan el sobre falso?
—También lo tengo aquí, inspector —respondió, abriendo otro cajón y extrayendo de su interior un nuevo envoltorio idéntico al primero—. Desde luego, no apreciará ninguna diferencia ya que se trata de idéntica clase de sobres e iguales lacres y marcas empleados. La dirección ha sido escrita en la misma máquina que la utilizada para el auténtico.
—¿Fue encontrado en el dormitorio del teniente Penhill?
—Así es.
—¿Cómo ocurriósele verificar tal registro?
—Fue con motivo de una llamada telefónica. Se me decía que desconfiara de mis ayudantes. Fue entonces cuando decidí llevar a

cabo los registros.

—Es suficiente. Y ahora, señores, si me permiten iré a cumplir con otras obligaciones. Buenas noches.

Salió Ben del despacho, acompañado de Wilcott. En lo alto de la escalera unióseles el representante de las fuerzas navales.

—¿Cree, inspector, que sería necesario tomar alguna determinación con el teniente Penhill? —preguntó el último.

—No es necesario —repuso Ben, sonriendo—. Es más, considero conveniente que todo continúe como hasta ahora.

—Pero…

—No se preocupe —tranquilizóle con un ademán—. Todos los pasos del teniente Penhill serán bien vigilados. Tengo una persona exclusivamente dedicada a este servicio.

Y sin desprenderse de la sonrisa que tanto les desconcertaba, estrechó sus manos y salió del edificio para dirigirse a Ridgewood Street.

CAPÍTULO VI

Cuando Ben llegó a Ridgewood Street hallo al inspector Dowry dándose a todos los diablos.

—O este plano está equivocado o el lugar del cual escapaste se encuentra en otra manzana —le dijo, desdoblando una hoja de papel en el cual había trazado un croquis hecho por el propio Ben.

—No pude fijarme bien —justificóse el muchacho—; pero no creo resulte difícil localizarlo.

Partieron del lugar donde detuvo al taxi que le condujo lejos de allí. Hasta la segunda bocacalle no hubo dificultad alguna; pero a partir de entonces comenzó a desorientarse. Se hallaban en el centro de un dédalo de callejuelas muy semejantes unas a otras y en el que cada portal le parecía recordar al que le devolviera al exterior en su precipitada huida.

—Debió ser en uno de ésos —apuntó, sin la suficiente seguridad —. Creo que convendría explorarlos uno a uno.

—Eso estuve haciendo hasta ahora —explicó Dowry—. No he visto nada que se parezca a tu descripción. Sin embargo, podríamos intentarlo de nuevo.

Acompañados por tres de los agentes allí destacados, fueron inspeccionando cada una de las casas. Todas parecían estar hechas con el mismo patrón. A cada ojeada le parecía a Ben encontrar cierta semejanza con aquélla en la que se desembarazó del último obstáculo puesto en su huida. Sin embargo, ninguna escalera partía de ellas que hiciera sospechar mantuviera comunicación con los ocultos antros donde anidaban los criminales componentes de aquella tenebrosa organización.

Una hora después abandonaban la búsqueda, regresando al punto de partida.

—Nunca me perdonaré esta distracción —reprochóse, malhumorado—. Sin embargo, creo conveniente que no mueva a

sus hombres de aquí. En cuanto sea de día intentaremos dar con ese escondrijo, aun cuando haya que remover todos los cimientos de este sector.

Despidióse de Dowry y se alejó a pie mientras ocupaba su mente en la relación que pudieran tener Penhill y Louise con aquella organización de espías. Era indudable que se trataba de un grupo de individuos de distintas nacionalidades del sudeste asiático que trabajaban al servicio de los japoneses.

De pronto, al cruzar por una bocacalle, le llamó la atención un anuncio que parpadeaba en la obscuridad. Era el «Tropical Club», un nombre que le hizo recordar lo que le dijera Wilcott en su primera entrevista.

Una extraña curiosidad llevóle a desviarse de su camino y acercarse al nocturno establecimiento. Tratábase de un local parecido al «Tampico», aunque algo más lujoso. En aquel momento las parejas bailaban en la pista a los acordes de una orquesta de *jazz*.

Ben fue a sentarse a una mesa apartada del bullicio, y dedicóse a observar atentamente a cuantos allí concurrían.

Cerca de una hora permaneció sin fijarse en nada digno de mención. Consultó su reloj y vio que eran ya las dos y media de la madrugada. Tras pagar la consumición, dirigióse a la puerta. Pero no había llegado a ella cuando vio a dos hombres salir de una puertecilla situada junto al *hall*. Y uno de ellos era el individuo de misteriosas facciones que torturóle despiadadamente la tarde anterior en presencia del diabólico clan. Pero con ser grande su asombro, no lo fue menos ver que quien lo acompañaba era el propio coronel Wilcott.

Salió precipitadamente y ocultóse en la protección que le ofrecía uno de los portales próximos. Desde allí vio cómo Wilcott y su acompañante subían a un coche y se alejaban hacia la avenida próxima.

Buscó Ben con la mirada un coche donde poder seguir los pasos de los dos personajes; pero no había ninguno en todo el espacio de la calle que alcanzaba a ver.

Apresuró el paso hasta hallarse en una calle más céntrica. Vio un taxi detenido a poca distancia de la bocacalle y corrió hacia él. Sospechaba que sólo había un lugar al cual podían haberse dirigido

los dos hombres del «Tropical»; por ello ordenó al chófer dirigirse a las oficinas del Consejo de Coordinación.

Efectivamente, antes de llegar allí vio al coche, que acababa de detenerse. Indicó al conductor que no se detuviera y pasara cerca de ellos, aunque procurando ir despacio.

Así lo hizo, viendo cómo Wilcott y su acompañante apeábase, entregándole este último un pliego que Wilcott guardó en su bolsillo. Inmediatamente el coronel, cruzando la calle, entró en el edificio donde se hallaban instaladas las oficinas.

Al alejarse por el centro de la calle divisó Ben al coche que siguiera en el momento de arrancar.

—¡Dé la vuelta y siga a ese coche! —ordenó al chófer—. ¡Le pagaré bien el servicio!

El vehículo dió la vuelta, enfilando de nuevo la avenida por la que acababa de llegar. Sin embargo, en aquella ocasión la fatalidad cebóse en el inspector Scott. Un camión acababa de aparecer por la derecha, y sólo la pericia de los dos conductores evitó un violento encontronazo.

Aquel contratiempo representó el que perdieran de vista al vehículo en el que marchaba el desconocido. Sin embargo, Ben sabía dónde hallar a su hombre, y se dijo que la noche no habíale resultado del todo desaprovechada.

Cuando llegó a su domicilio, lo primero que hizo fue llamar a Jessie. Había quedado en hacerlo tan pronto regresara.

—¡Hola, Jessie! —saludóla con acento jovial—. ¿Cómo salió la cosa?

—No pudo haber ido mejor, Ben —respondió la muchacha—. *Miss* Hapmann está descansando en estos momentos. Y créeme que me da mucha envidia.

—Tienes que perdonarme, querida —suplicó en tono lastimero —. Desde que salí del
«Annie's»
no me he dado un momento de reposo. Acabo de regresar en este mismo instante.

—¿Conseguiste algo nuevo, Ben?

—Tuve con Wilcott y Penhill una entrevista muy interesante. Luego fui a Ridgewood Street; pero no pude encontrar el lugar por donde escapé. Sin duda alguna confundí el callejón. De todas

formas hice un descubrimiento muy interesante.

—Me alegro, Ben. Ya procuraré verle por la mañana. Ahora me voy a dormir, ya que me caigo de sueño.

—¿Y Mike?

—Está en el salón, roncando tranquilamente. Le voy a llamar ahora mismo.

—Procurad que *Miss* Hapmann no salga de ahí —recomendóle, antes de cortar—. Me interesa que nadie sepa dónde se encuentra hasta que se aclaren algunos extremos. ¿Has comprendido, Jessie?

—Perfectamente.

—En este caso, nada más, querida. Zarandea a ese holgazán de Mike y dile que, posiblemente, necesitaré de él. Le llamaré ahí mismo.

Se hallaba de tal forma derrengado que dejóse caer sobre la cama, quedando dormido casi instantáneamente. Poco después la suave claridad del amanecer comenzó a filtrarse en la habitación a través de los cristales de la ventana.

Levantóse antes de las nueve. Ingirió rápidamente el café que le había preparado su criado Harry. Éste, con el semblante desprovisto de todo color y la frente oculta tras un amplio vendaje, iba de un lado al otro de la habitación poniendo en orden los distintos objetos que habían derribado Mitya y sus secuaces durante la agresión de la víspera.

—No tienes muy buen semblante, Harry —le dijo, dándole una afectuosa palmadita en la espalda.

—Me duele todavía la cabeza —quejóse el criado, llevándose una mano al vendaje—; pero estoy bastante mejor.

—Debieras tomarte unos días de descanso y marchar al campo. Podré arreglármelas sin ti. ¿No te parece?

El criado movió la cabeza, sin demostrar hallarse conforme con aquella proposición.

—Lo haré cuando usted se tome las vacaciones que le corresponden. Hasta entonces seguiré aquí.

—Bien, Harry —dijo, poniéndose en pie—. Eres un testarudo y no puedo perder el tiempo intentando convencerte. Puedes hacer lo que mejor te plazca; pero si te quedas aquí ten mucho cuidado con los visitantes intempestivos. Creo que tu cabeza, con ser muy dura, no resistiría una nueva prueba.

Salió Ben para dirigirse a ver al coronel Wilcott. Tenía un verdadero interés en observar sus más simples reacciones después de lo ocurrido aquella madrugada. No se explicaba que el hombre que dirigía el Consejo de Coordinación del Estado Mayor y en cuyo poder hallábanse importantísimos documentos para la defensa de la nación y otros relacionados con las operaciones militares estuviera en contacto con un peligroso elemento de la más vasta organización de espionaje conque, hasta entonces, habían tropezado.

Cuando entró en el edificio salióle al encuentro uno de los soldados que allí prestaban servicio, rogándole aguardara en una salita de la planta baja, ya que así lo había dispuesto el propio coronel.

No obstante, la espera no se prolongó más de unos pocos minutos. El propio coronel acudió a recibirle. Trataba, como de costumbre, de bromear con el inspector; pero bien pronto advirtió Ben que en el fondo de sus pupilas asomaba la preocupación que anidaba en su espíritu.

—Sólo he venido, coronel —explicó el joven— por si tenía algo que comunicarme. Antes de realizar algunas gestiones…

—Esperaba su llegada —respondió Wilcott, sin aguardar a que terminara la frase—. Necesito hablarle a solas. Por ello le hice esperar aquí.

—¿Ha ocurrido algo?

Wilcott afirmó con un leve movimiento de su cabeza.

—El mayor Steiner ha solicitado se realizara cierta importante modificación en el plano de fortificaciones de la zona nordeste de los Estados Unidos. El plano ha sido sacado de la caja general en presencia de los demás miembros del Consejo. ¿Y sabe usted lo que ha aparecido?

—No se me ocurre.

—Los originales de las órdenes 138 y 243 del Servicio Secreto de Información acerca de las actividades del enemigo. Ambas desaparecieron, en unión de otros documentos, en la noche del martes último.

—Eso significa que alguien abrió la caja y volvió a colocarlas en el mismo lugar de donde las sacara.

—Es lo más presumible.

—Es indudable que no pudo tratarse de Penhill.

—Desde luego —asintió Wilcott—. Sin embargo, es posible que sea mayor el número de complicados en los robos y que se encuentran prestando servicio en este edificio.

—No es aventurado suponerlo —repuso Ben—. ¿Queda alguna vigilancia por las noches?

—Siempre la hubo. Además de los centinelas colocados en las puertas de acceso están los que vigilan los pasillos. Siempre hay uno en el de arriba, vigilando la entrada al despacho.

—¿Y no recuerda haber visto a nadie?

—En absoluto.

—¿Las ventanas…?

—Permanecen constantemente cerradas. No es posible entrar por ellas sin dejar huellas visibles de su paso.

Ben guardó unos segundos de silencio. Seguidamente pregunto:

—¿Estuvo usted la noche pasada en su despacho?

—Sí —respondió, seguro—. Suelo hacerlo muy a menudo antes de retirarme a descansar. Me gusta comprobar si todo queda en orden.

—¿Vio si el centinela se hallaba dormido?

—No; desde luego que no. Le he interrogado y ha respondido que fui yo la única persona que cruzó la puerta de acceso.

—¿Recuerda la hora?

—Posiblemente serían… las dos o las tres. Acababa de regresar de una velada.

—¿Solo?

—Sí; volvía solo y ocurrióseme echar una ojeada.

—Es indudable que el responsable del hecho conoce sus costumbres, y no ignora que suele usted regresar a altas horas de la madrugada… ¿Ocurre ello todas las noches?

—No; sólo muy pocas veces. Y siempre lo hago para reunirme con unos amigos.

—¿Alguna fiesta íntima? Tal vez sea indiscreto —apresuróse a excusarse—, pero todo ello me ayudará a formar una opinión más aproximada de la realidad de los hechos.

—Me parece muy natural. Aunque no creo que le sirva para gran cosa. Es una pasión que me atrae poderosamente. ¿Ha oído hablar del hipnotismo y de los entretenimientos de magia?

—Sí.

—En uno de los salones reservados del «Tropical Club» se realizan con alguna frecuencia esas funciones. Me divierten sobremanera y paso allí unas horas muy agradables.

—¿Algún profesor indio? ¿Tal vez un faquir?

—Es posible que sólo sea un imitador: aunque es preciso reconocer que no es un principiante. Algunos de sus números son dignos de ser exhibidos en los más afamados salones de espectáculos de la ciudad.

—¿Mucho público?

—No. A veces no pasamos de la media docena de espectadores.

—¿Y el sujeto de las experiencias?

Wilcott echóse a reír.

—Todos nos hemos sometido voluntariamente. Es una sensación desconocida la que se experimenta cuando, por primera vez, uno se despierta tras un corto sueño hipnótico. He visto cómo un joven que ni siquiera conoce las más elementales nociones de solfeo ejecuta ante el piano una sentida melodía. ¿No cree que es maravilloso?

—Indudablemente —repuso el muchacho—. Me gustaría asistir como espectador a una de esas fiestas.

—Esta noche a las once puedo acompañarle —apresuróse Wilcott a responder—. Le presentaré…

—Lo siento, pero me es imposible. Tal vez más adelante…

—Como quiera, inspector.

Ben se puso en pie, dispuesto a abandonar el edificio.

—Procure que no se descuide la vigilancia —recomendóle, al estrechar su mano.

—¿No cree conveniente dar cuenta a sus superiores? —preguntó Wilcott.

—Aguardaremos hasta mañana. No quisiera que el teniente Penhill se diera cuenta de que adoptamos demasiadas precauciones.

—Ya entiendo —murmuró el coronel, dándose por satisfecho.

Y con un guiño significativo despidióse Ben del militar.

Poco después cruzaba la calzada y entraba en un bar que había allí cerca. Llamó por teléfono a MacQuander, y a los pocos momentos la voz del inspector dejábase escuchar a través del hilo.

—¿Qué novedades hay, Ben? —le preguntó afablemente, tan pronto supo de quién se trataba.

—Atiende bien, Mac —le dijo pausadamente—, ya que tengo

que pedirte algo muy importante. —Y a continuación, tras una breve pausa, añadió—: Es necesario que digas a Dowry y a sus hombres que se retiren de Ridgewood Street cuanto antes. Es preciso dar la impresión de que abandonamos la pista.

—¿Estás seguro de lo que pretendes?

—Yo respondo de ello, Mac. Me conoces demasiado bien para creerme un loco.

—Está bien, muchacho. Lo haré tal como dices. ¿Algo más?

—Eso es todo, Mac. Hasta la vista.

Colgó el auricular. Pero en seguida marcaba otro número. La voz de Jessie respondióle ahora.

—¡Hola, cariño! —La saludó—. ¿Qué tal has pasado la noche?

—Me duele un poco el cuerpo, Ben. Pero estoy bien. ¿De dónde llamas?

—He perdido el rumbo y voy navegando a la deriva. Y ahora procura enterarte de lo que voy a decirte. ¿Está ahí Mike?

—Ahora duerme.

—Pues es preciso que destierre esa mala costumbre. Tenéis que preparar la cosa para que parezca lo más natural posible. Me refiero a *Miss* Hapmann.

—No te entiendo.

—Es preciso que pueda escapar. Debéis darle esa oportunidad sin que ella se dé cuenta de que lo habéis amañado. Para ello es necesario que Mike aguarde en el coche, un poco lejos del portal. No tiene que hacer otra cosa que seguir sus pasos y tomar nota de los lugares que visita.

—Bien; creo que es una buena idea. Ya me estaba cansando de hacer de guardián. Voy a llamar a Mike.

—No te apresures. Aguarda todavía cinco minutos. Luego podéis hacerlo todo tal como acabo de decirte.

—De acuerdo, Ben. ¿Hasta cuándo?

—Hasta muy pronto, querida. Te prometo llevarte mañana por la noche a cenar en el
«Annie's».
¡Palabra!

—¿También en acto de servicio?

—No —rió Ben—. Esta vez será de veras. Y sin testigos que nos importunen.

Louise Hapmann hallábase echada sobre la cama cuando la llave de la puerta giró en la cerradura y entró Jessie llevando una bandeja con el desayuno que acababa de preparar.

—Buenos días —saludó fríamente, mientras dejaba el servicio encima de una mesita.

Louise Hapmann dirigióle una inexpresiva mirada y no respondió.

—He cargado un poco el desayuno teniendo en cuenta que anoche vio interrumpida su cena en el
«Annie’s».
Supuse que tendría apetito…

—No es corriente que la Policía trate en esta forma a sus presas —repuso Louise, con marcado desdén.

—Hágase el cargo de que no está en manos de la Policía. Se trata de una simple medida de precaución que la favorece. Por ello espero que no lo tome a mal.

Louise Hapmann volviose de espaldas, significándole la más absoluta indiferencia. Oyó como Jessie arreglaba algo por la habitación, terminando por salir de ella.

Apenas cerróse la puerta, Louise Hapmann se puso en pie. Contrariamente a la costumbre, su carcelera había olvidado dar la vuelta a la llave. Oía sus pasos alejarse por el corredor, y se dijo que una oportunidad como aquélla posiblemente no volvería a presentársele.

Abrió con cuidado la puerta y salió al pasillo. Procurando evitar el más ligero roce avanzó hasta muy cerca de la salida. El ruido que hacía Jessie al acercarse de nuevo obligóla a ocultarse tras un diván. Pero, no bien hubo pasado, dirigióse con desusada ligereza en dirección de la puerta que daba a la calle, y la abrió.

Lanzóse precipitadamente escaleras abajo, y no bien se vio fuera de la casa echó a correr hasta verse a mucha distancia de allí. Poco después, un autobús vino en su ayuda para consolidar aquella sensación de seguridad que había vuelto a su espíritu.

Sin pérdida de tiempo dirigióse a su domicilio. Un tropel de ideas amontonábanse en su cerebro, sin conseguir, no obstante, ordenarlas. ¿Volvería junto a su hermano Joe, iría en busca de Ralph Penhill, o, por el contrario, acudiría a exigir una explicación al propio Ben Scott?

Entró en su cuarto y dejóse caer en el lecho, con aire de cansancio. Aun cuando había tenido oportunidad para descansar mientras estuvo en poder de Jessie y de Mike, sentíase tan nerviosa que sólo logró conciliar el sueño durante muy pocos minutos.

En aquel momento un olor muy tenue hirió su olfato. Alguien había estado fumando en aquella habitación, y no hacía de ello mucho tiempo. Irguióse alarmada, al mismo tiempo que una voz conocida brotaba de un obscuro ángulo de la estancia.

—¿Dónde estuviste metida que has tardado tanto en regresar?

—¡Joe! —exclamó, al reconocer a su hermano—. ¿Qué haces aquí?

—Ya puedes ver: esperando tu regreso.

Se puso en pie y acercóse a él.

—¿Cómo has entrado aquí? Nadie me ha dicho…

Joe hizo un vago ademán con su diestra.

—Eso no es ningún problema. Sin embargo, he llegado a temer que a causa de tu tardanza se le ocurriera a alguien venir a ver esto.

—Bien; termina de una vez. ¿A qué has venido?

Joe llevóse el cigarrillo a los labios y lanzó una larga bocanada de humo.

—Desde la última vez que nos vimos han ocurrido demasiadas cosas para tratarlas con cuatro palabras. No dudo ya sabes a qué me refiero.

—No te comprendo —fingió ignorar sus intenciones.

—Un alma caritativa puso en manos del policía que capturamos un arma con la que consiguió darse a la fuga. Así, al menos, lo cree Mitya. Claro está que yo traté de disuadirle; pero sin conseguirlo. ¿Y sabes lo que me ha ordenado?

—No sé… —murmuró Louise, un poco asustada ante el cariz de los acontecimientos.

—Pues, llevarte allí. Tienen que preguntarte algunas cosas.

—No tengo que volver allí para nada —replicó con decisión—. Ni quiero saber nada de lo que se llevan entre manos. ¡Allá tú y todos los que os habéis entrometido con esa gente!

Joe se levantó de un salto, y cogiendo a su hermana del brazo, apretóselo con tal fuerza que arrancó de sus labios un gemido de dolor.

—¡Volveré allí y tú vendrás conmigo! ¿Sabes, acaso, lo que me

espera si no lo hago así? He visto cómo tratan a sus prisioneros y me horroriza sólo de pensar que un día pudieran hacer lo mismo conmigo. Y si trato de esconderme o huir me acribillarán a balazos desde un automóvil o a la vuelta de cualquier esquina. Sé que con esa clase de personas no puede jugarse. ¿Has comprendido?

No obstante, Louise mantúvose firme.

—No tienes ningún derecho a obligarme. Yo fui por mi propia voluntad.

La diestra de Joe alzóse como un rayo, y antes de que su hermana pudiera adivinar sus intenciones la abofeteó con fuerza.

—¡Tú harás lo que yo te ordene! ¿Has entendido bien? De modo que vamos a ver a Mitya. Por el camino ya veremos el modo de encontrar una excusa por lo que hiciste.

—¡No iré!

Una vez más Joe dio en sus mejillas con la palma de la mano.

—Siempre fuiste una chiquilla desobediente y testaruda. ¿Estás ya dispuesta?

Le hacían daño aquellos dedos de hierro clavándose en su carne. Asintió presa de un pánico horrible, aumentado por la brutal expresión que contemplaba en el rostro de su hermano.

Sintióse llevada hasta la escalera. En la calle aguardaba un auto al que Joe obligóla a subir. En él se encontraban dos sujetos a quienes Louise no conocía. Sin hacer el menor comentario arrancó el vehículo en dirección de Manhattan.

Ya a la otra orilla del East River, Joe inclinóse hacia su hermana.

—Se me olvidó decirte que al entrar en tu habitación hallé una carta que habían echado por debajo de la puerta. La firmaba un tal Ralph.

—¿Ralph? —exclamó, turbándose—. ¿Y por qué no me la diste?

—Olvidóseme. Sin embargo, haremos cuanto esté en nuestra mano por complacerlo. En estos momentos estará esperando a que vayas paseándose en la acera que da al Central Park, en la calle 59, entre la Sexta y la Séptima Avenidas.

Aquellas palabras hiciéronla revolverse furiosa.

—¿Qué es lo que habéis tramado?

—No tienes motivos para excitarte —sonrió su hermana—. Dejaremos que hables con él. Puedes despedirte si lo deseas.

Louise Hapmann no contestó, y nadie en el coche hizo nada por romper el silencio.

Apenas se acercaron al lugar indicado en la carta vieron a Penhill paseando por la acera. Al estar más cerca, abrió Joe la portezuela, permitiendo a Louise asomar la mitad de su cuerpo.

Fue ello suficiente para descubrirla Penhill. Dirigióse hacia ella; pero instantáneamente su hermano tiró con fuerza del brazo por el cual la sostenía, haciéndola caer con violencia dentro del coche. Cerraron la portezuela, y el vehículo alejóse de allí a toda velocidad.

Al volverse, Joe vio cómo Penhill corría en busca de un taxi que allí cerca habíase detenido. Y una sonrisa de satisfacción asomó a sus labios.

—No cabe duda que la caza con reclamo es la que mejores resultados suele dar.

—¡Eres un canalla y un miserable! —gritó Louise, comprendiendo lo que tramaban.

Pero su intento de resistencia quedó pronto truncado por un fuerte bofetón con que acababa de obsequiarle Joe.

—Siempre debe ser la mujer la que señale el lugar de la cita —fue la única explicación que recibió del ser que llevaba su misma sangre.

CAPÍTULO VII

Cuando entró en el despacho de MacQuander encontróse con que allí sólo estaba su ayudante Hathaway.

—El inspector ha salido —le dijo—; pero me ha dejado un encargo para usted. Se trata de la sortija que consiguió Speenner.

—¿La han encontrado? —inquirió, sorprendido.

—Raymond ha telefoneado pidiendo que se le envíe un coche, ya que el que le llevó allá se ha averiado.

—¿Pero la sortija…?

—La encontraron en el declive pedregoso. Indudablemente al salir despedido del coche cayósele a Nick del bolsillo.

—Yo mismo me encargaré de recoger a Raymond —decidió—. Tengo curiosidad por ver esa sortija.

—Le prevengo, Scott —advirtióle Hathaway—, que el coche le ha sido enviado hace ya cinco minutos. Tal vez sería mejor aguardar aquí su regreso.

Vaciló un instante; sin embargo, dirigióse hacia la puerta dispuesto a ir hasta donde se hallaba Raymond.

—Iré más aprisa por Eastchester, sin apartarme de la costa. Conozco un ramal que me llevará allí.

En cuatro zancadas bajó las escaleras, subiendo rápidamente al coche que lo aguardaba a la puerta.

Tenía referencias precisas del lugar donde ocurriera el accidente en el que los dos coches precipitáronse al barranco, y por ello no le fue difícil encontrarlo. Pero no tardó en comprender que, a pesar de sus previsiones, había llegado tarde.

Raymond acababa de partir siguiendo la carretera que se dirigía directamente al Hudson, circunstancia por la cual no habíanse cruzado con él.

—¿Podría llevarnos con usted, inspector? —preguntóle uno de los agentes que allí quedaban—. El inspector Raymond va

acompañado de tres de nuestros compañeros. Davidson quedará aquí vigilando el coche averiado.

—Subid pronto —apremióles Ben—. Voy a tratar de dar alcance al coche en que van ellos.

Cuatro de los policías que habían contribuido a la búsqueda de la joya tomaron sus armas y ocuparon los asientos del coche conducido por Ben.

Partió el coche a toda la velocidad que le permitían las continuas curvas de aquel terreno abrupto y montañoso.

No habrían recorrido ni media milla cuando les pareció oír el sucesivo tabletear de una serie de disparos. Los cuatro hombres dirigieron sus miradas hacia Ben, en muda interrogación.

—Me da mala espina —fue la lacónica respuesta del muchacho.

Y para corroborar tal afirmación pisó a fondo el acelerador hasta poner su automóvil a una velocidad verdaderamente suicida.

No tardaron en divisar el automóvil en el que Raymond regresaba a la ciudad. Hallábase volcado al borde de la carretera y a su alrededor movíanse algunas personas.

—No estará de más que os vayáis preparando —advirtióles Ben, sospechando que todo aquello no podía obedecer a un hecho casual.

Efectivamente, al estar más cerca vieron cómo aquellos individuos echaban, a correr hacia un segundo vehículo, situado a poca distancia, el cual no tardó en alejarse del coche siniestrado.

Ben detuvo su automóvil y saltó a tierra, al tiempo que lo hacían sus acompañantes.

—¡Es el coche que vino en busca del inspector! —exclamó el que marchaba a su lado.

En pocos segundos llegaron a él. Había sido acribillado a balazos, y en su interior podían distinguirse los cuerpos ensangrentados de Raymond y de sus acompañantes.

—¡Miserables! —No pudo por menos que exclamar Ben, al contemplar el horrible espectáculo que se le ofrecía—. ¡Se han ensañado con ellos hasta destrozarlos con sus ametralladoras!

Inmediatamente irguióse, brillando en sus ojos una fría resolución.

—Que uno de vosotros quede aquí hasta que enviemos una ambulancia. No podemos consentir que se nos escapen.

Abalanzáronse Ben y tres de los policías a ocupar sus puestos en

el vehículo. Zumbó el motor, y al instante salió disparado en seguimiento del coche agresor. No podía estar muy lejos, ya que, desde que lo vieran huir sólo habían transcurrido algo menos de dos minutos.

Con las manos crispadas en las culatas de los ametralladores «Thompson» avanzaron por la cinta gris y ondulante de la carretera. Esperaban a cada recodo divisar la siniestra silueta del coche que iba delante.

Al fin lo descubrieron. Iniciaba la subida a una empinada cuesta, y la distancia que les separaba de él no sobrepasaría las doscientas yardas.

A la velocidad a que Ben conducía resultaba arriesgado aventurarse por aquella pista serpenteante entre impresionantes cortaduras. Un solo fallo, y el vehículo hubiera saltado irremisiblemente al fondo del precipicio en una escalofriante pirueta.

—No me cabe duda que sabían el detalle de haber hallado Raymond el amuleto de Kali —habló, sin dejar de observar la silueta del coche que les precedía.

—¿Cree, inspector, que habrán dado con él? —preguntó una voz a su espalda.

—No me cabe ninguna duda. Escogieron un lugar propicio para cometer su criminal propósito. Inmediatamente correrían hacia el coche volcado y dispararían a bocajarro contra sus ocupantes. De no haber hallado el anillo, no hubieran escapado con la rapidez con que lo han hecho.

—Es probable…

El coche estaba a punto de alcanzar el final de la cuesta, en tanto que Ben y los tres agentes comenzaban a enfilarla. Y en aquel preciso momento comenzaron a disparar desde la ventanilla trasera. Inmediatamente tres bocas metálicas asomaron a derecha e izquierda del vehículo para responder a la agresión.

Por espacio de unos segundos retumbó en el ambiente encalmado de aquellos parajes el fragor de los disparos. Pero ya el coche de los malhechores se había ocultado de su vista y hubieron de resignarse a esperar mejor oportunidad.

Media milla más allá consiguieron acercársele de nuevo. Inmediatamente las ráfagas de ametralladora cantaron su mensaje

de muerte. Algunas balas estrelláronse contra el coche, pero por fortuna no hirieron a ninguno de sus ocupantes.

Al salir a la carretera principal el tráfico hízose más intenso. No podían allí disparar con la necesaria soltura, ya que exponíanse a herir a los ocupantes de otros coches que a cada momento cruzábanse en el camino. Pero era evidente que el lugar no era del agrado de los bandidos, ya que desviáronse por el primer ramal que les salió al paso.

Estábanse acercando a los suburbios de la gran ciudad y era preciso un último esfuerzo para lograr detenerlos. De las bocas de acero surgieron nuevas y repetidas llamaradas. Y aunque Ben tenía la certeza de que habían dado más de una vez en el blanco, lo cierto era que el coche que iba delante continuaba devorando millas a una velocidad impresionante.

Ya en las calles, fue preciso disminuir la velocidad al tiempo que aumentaban las precauciones. Apartáronse de la corriente del Hudson y se adentraron por el distrito de Wakefield. Si su coche hubiera estado provisto de transmisor de radio no le hubiera resultado difícil a Ben dar la señal de alarma a todas las patrullas que prestaban servicio por aquellas inmediaciones. Tampoco podía exponerse a una breve detención para telefonear al puesto más inmediato. Ello habríale supuesto perder de vista al coche del «gang», con lo que la pequeña ventaja que hasta entonces había conseguido mantener terminaría por esfumarse irremisiblemente.

Cuando lo vieron enfilar Westchester Avenue, ya no le cupo a Ben la menor duda de cuál iba a ser el fin de tan enconada persecución. Cabíale la esperanza de que los policías que vigilaban el tráfico se percataran de la excesiva velocidad que llevaban y emprendieran una desenfrenada persecución para averiguar lo que allí ocurría.

Pero el final presentóse de un modo inopinado. Ridgewood Street estaba a la vista, y el coche, luego de enfilar la calle, desapareció por uno de los callejones laterales.

Pocos segundos después hacia Ben lo propio. Pero aguardábale una desagradable sorpresa. El lugar en el que acababa de meterse no parecía tener salida alguna para un coche del volumen del que habían estado persiguiendo.

Apeáronse los ocupantes del coche conducido por Ben.

Empuñaban las «Thompson» que habían estado manejando, y en sus semblantes reflejábase el más vivo estupor.

—Estamos en pleno siglo veinte para creer en artes de brujería —habló Ben, avanzando hacia el final de la calle sin dejar de apuntar con su pistola.

—No cabe duda alguna de que se ha metido por aquí —corroboró uno de sus auxiliares—: sin embargo, es evidente que no ha vuelto a salir ni ha huido por algún intersticio oculto.

—Registraremos uno por uno todos los locales que hay aquí —decidió Ben.

A sus recias llamadas fueron abriéndose las puertas. Uno a uno eran examinados los locales donde existía alguna probabilidad de esconder un automóvil como el que habían estado siguiendo. Solamente una de las puertas tardó en serles franqueada más de lo prudente. Un hombre encorvado y de cabello rojizo asomó tras ella, con ojos soñolientos.

—¡Hay que registrar esto! —le dijo Ben por toda explicación.

Apartóse aquel personaje y desde un rincón fue observando las idas y venidas de los cuatro policías.

Tratábase de una especie de almacén donde se guardaban algunas balas de heno y paja. Pero por más que registraron no pudieron observar en él la existencia de alguna puerta oculta que delatara la existencia de un segundo departamento tras aquellas gruesas paredes.

Desalentados, salieron a la calle. Ésta hallábase desierta y ni una sola cabeza asomaba por las ventanas.

En silencio se dirigieron al coche. Iba ya a subir a él, cuando oyó Ben una exclamación contenida a sus espaldas. Al volverse se dió cuenta de que uno de los policías señalaba el interior del vehículo.

Volviose, intrigado, y al instante se dió cuenta de lo que ocurría.

El cuerpo de un hombre hallábase echado de bruces sobre los sillones. De su espalda asomaba la empuñadura de un puñal, y una mancha de sangre teñía una parte de sus vestidos.

Abrió Ben la portezuela y dióle la vuelta para examinar sus facciones. Inmediatamente apretó los labios para contener una exclamación de sorpresa.

—¿Le conoce usted, inspector? —preguntó el agente que había descubierto al desdichado.

—Es Remier. Estaba encargado de vigilar los pasos de Penhill; y ha sido asesinado no hace mucho.

Los otros dos policías habíanse acercado, asimismo, y observaban estupefactos el cadáver del compañero.

—¿Cómo han conseguido meterlo ahí?

—No hay duda que aprovecharon la circunstancia de que estábamos buscando por esos portales —murmuró Ben con sombrío acento—. Es un reto demasiado audaz para que podamos pasarlo por alto.

—No comprendo cómo diablos habrán cazado a ese muchacho —comentó otro de los que allí estaban.

—Sin embargo, no puede estar más claro —dijo Ben—. El teniente Penhill vino aquí arrastrando al pobre Remier a una muerte alevosa. —Movió Ben la cabeza con gesto de pesar—. Confieso que me equivoqué con ese muchacho.

—¿Qué es lo que piensa hacer?

Ben se irguió, reflejando sus pupilas una inquebrantable decisión.

—Removeremos estos lugares, casa por casa si es preciso, hasta dar con el escondite de esos malvados. —Alejóse unos pasos en dirección de la entrada de la calle. Un instante volviose hacía los que tenían sus miradas fijas en él—. Voy a avisar a MacQuander para que envíe aquí a toda su gente disponible.

Instantes después desaparecía de la vista de sus auxiliares y encaminábase al primer establecimiento que encontró al paso. Desde él dió cuenta a su superior de los incidentes ocurridos aquella mañana.

Cinco minutos más tarde regresaba a dónde sus compañeros habían quedado aguardando.

El teniente Penhill abrió los ojos para encontrarse en un lugar al cual ignoraba cómo había podido ir a parar. Dolíale la cabeza, y a cada esfuerzo que hacía por intentar averiguar su verdadera situación convencíase de que estaba persiguiendo una quimera huidiza, la cual iba esfumándose como una voluta de humo.

Cerca de quince minutos le costó intentar coordinar con mediano éxito las inconsistentes ideas que le asediaban. Y mediante este proceso mental consiguió obtener una explicación satisfactoria del por qué se encontraba en aquella húmeda mazmorra en la que

sólo un débil resplandor le llegaba a través de la estrecha abertura que había en la puerta.

Recordaba como, atendiendo a su cita, Louise habíase presentado frente a los jardines del Central Park. Pero cuando creía que iba a apearse, un brazo asióla brutalmente impidiéndole hacerlo. Comprendió que algún peligro acechaba a la joven y no vaciló en seguir al coche que la llevaba lejos de allí.

Más tarde vio cómo tres hombres apeábanse, y casi a rastras obligaban a Louise Hapmann a seguirles hasta una calle de sórdido aspecto. Penhill no se detuvo a considerar los peligros que pudieran presentársele. Por ello avanzó por aquel laberinto de estrechos y malolientes callejones hasta ver como Louise era introducida en una especie de almacén, cuya puerta se hallaba abierta de par en par.

La excitación que se había apoderado de él le hizo olvidar toda prudencia. Echó a correr empuñando el arma que acababa de sacar de la funda que pendía de su cinto, y penetró en el local. Mas no había dado media docena de pasos por su interior, cuando un objeto duro golpeóle la cabeza con tal violencia que perdió el conocimiento, sin saber siquiera cómo había podido suceder.

Venciendo el mareo que todavía experimentaba, púsose en pie y comenzó a recorrer el lugar en donde hallábase. Sus manos fueron tanteando los muros, húmedos por los que ninguna grieta interrumpía su continuidad. Únicamente la puerta, sólida y resistente, presentaba una pequeña abertura desde la que divisábase un estrecho y mal alumbrado corredor.

Era indudable que fue el rumor de sus pisadas la que atrajo al que había sido confiada su custodia. Un rostro se interpuso, atisbando aquellas tinieblas con gran atención. Inmediatamente lanzó un ligero silbido que tuvo la propiedad de atraer a otros dos hombres, que no debían hallarse muy lejos de allí.

—Ha vuelto en sí —dijo a los que llegaban—. ¿Podemos sacarlo de aquí?

—Imposible perder tiempo —le contestaron.

Penhill advirtió que la puerta se abría y que tres hombres entraban, acercándose a él.

—¡Salga de ahí! —le ordenaron con brutal acento.

Avanzó hasta que la luz de la lámpara que brillaba en el corredor bañó su figura vacilante.

—¿Qué habéis hecho de la señorita Hapmann? —inquirió, mostrándose poco dispuesto a someterse a las exigencias de aquella gente.

Uno de sus guardianes soltó una grosera risotada.

—Si tiene la amabilidad de acompañarnos le llevaremos ante quien le dará toda clase de excusas.

La mirada de Penhill cambió del uno al otro, sin desprenderse del aire de superioridad que todavía conservaba.

—Vamos —dijo por toda respuesta.

Y saliendo de la celda marchó pasillo adelante, seguido por sus carceleros. Al comenzar a subir la escalera del fondo volvió a molestarle el vahído de antes. Se repuso, no obstante prontamente, y siguió adelante.

Hasta encontrarse en el pasillo superior no se le acercaron sus acompañantes. Colocáronse a ambos lados e indicáronle una puerta que acababa de abrirse.

—Por ahí —le dijeron por toda explicación.

En el umbral se detuvo, sorprendido. Hallábase en presencia de un grupo de extraños personajes vestidos de un modo extravagante y que le estaban observando con profunda curiosidad. Al fondo, una extraña imagen de retorcidos brazos parecía clavar en él su mirada cruel y llena de terribles presagios.

Un sujeto de tez aceitunada y facciones típicamente orientales aproximósele, extendiendo el índice de su mano derecha como intentando acusarle.

—Teniente Penhill —le dijo—. Es posible que ignore el lugar donde se hallaba; sin embargo, para su tranquilidad, puedo decirle que será devuelto a sus ocupaciones habituales tan pronto nos facilite algunos datos que consideramos de gran interés.

Ralph Penhill quedósele mirando, sin ocultar el profundo desprecio que en él despertaba.

—Como inmediato colaborador del coronel Wilcott no nos cabe la menor duda que tiene a su cargo la traducción e interpretación de los documentos secretos redactados por el Estado Mayor y Alto mando de las fuerzas que operan en el Pacífico. ¿Me comprende?

—Perfectamente —respondió, inmutable.

—En este caso —siguió aquel extraño personaje—, no dudo se mostrará dispuesto a solventar ciertas dudas. Se trata de algunos

documentos en clave, que necesitamos descifrar.

—¿Es preciso que le diga cuál será mi respuesta?

El hombre que le hablaba sonrió de un modo extraño.

—Su respuesta no puede ser más que la plena aceptación de las órdenes que le dictemos. Ya me hago cargo de los escrúpulos que le asaltan en estos momentos; pero debo advertirle que están en nuestras manos los medios para apartarlos.

Penhill echóse a reír con fuerza, aunque era evidente el nerviosismo que iba apoderándose de él.

—¿Cree acaso que conseguirá asustarme con sus bravatas? He oído hablar de los tormentos empleados en su país. Y debo advertirle que me considero a salvo de doblegarme y acceder a sus caprichos.

—No será necesario, teniente Penhill. Tengo un alto concepto del honor del soldado yanqui y de su entereza y lealtad a los juramentos prestados. Pero es que, además, hay otros valores en juego. Y tengo la seguridad de que han de pesar en su ánimo bastante más que los que acabo de citarle.

El semblante de Penhill se contrajo duramente y en sus pupilas brilló un destello de mal reprimida indignación.

—No será capaz de semejante canallada.

—No; claro está que no —sonrió Mitya, ya que era él quien en aquellos momentos interrogaba a Penhill—. Es usted lo suficientemente listo y galante, caballero, para evitarme adoptar una decisión que me resulta altamente desagradable.

Penhill mordióse los labios y no respondió. Entonces Mitya sacó un objeto de debajo la túnica blanca. Era de metal y llevaba engarzada una enorme piedra de color granate.

—Éste es el amuleto sagrado de la diosa Kali —dijo con misteriosa entonación—. Un maldito espía consiguió apoderarse de él; pero hace muy pocos minutos que ha sido recobrado, gracias a la audacia de nuestros hombres. ¡Es el talismán que guarda celosamente nuestros secretos!

Hizo girar la piedra engarzada en el metal, dejando al descubierto un pequeño disco en el que habían unos extraños signos grabados.

Mitya se acercó a la estatua de Kali y, sin dejar de consultar las indicaciones del amuleto, fue haciendo girar los cráneos de metal

que constituían el collar de la diosa. Seguidamente introdujo la sortija en una hendedura que había en el centro del pecho, y haciéndola girar, igual que hubiera hecho con una llave, separó la parte delantera de la estatua como si se tratase de una caja de caudales. De su interior extrajo Mitya algunos papeles, que llevó hasta donde estaba Penhill.

—¿Reconoce esto? —le preguntó.

Penhill dirigióles una indiferente ojeada, aunque tuvo suficiente para cerciorarse de que se trataba de algunos de los documentos que habían desaparecido de la caja fuerte del Consejo de Coordinación.

—Sí —dijo—. No me sorprende encontrarlos aquí.

—Algunos de ellos —continuó Mitya— son los originales. De otros, hemos creído suficiente obtener una copia. Sin embargo, sabe demasiado bien que los que revisten una mayor importancia resultan poco menos que inútiles sin la ayuda de un técnico. Existe una clave para su interpretación, y, a pesar de todos nuestros esfuerzos, esa clave no ha sido aún encontrada.

—Lo sé —contestó, encogiéndose de hombros.

—Bien —sonrió Mitya—. Eso le dará una idea del propósito que nos anima al traerle aquí. ¿Necesitará, todavía, una explicación?

Penhill esbozó una sonrisa cargada de ironía.

—Si es eso lo que les ha movido a apoderarse de mí, siento haberles dado tanto trabajo en vano. Nada sé de esa clave ni conozco la traducción de esos documentos que tanto interés parecen tener para ustedes.

A una señal de Mitya, dos hombres cogieron a Penhill por los brazos, obligándole a avanzar unos pasos y sentarse ante una mesa que parecía haber sido dispuesta allí para él.

—Usted ha estado trabajando con Ketty en la Sección de Información. Es por ello que no puede caber la menor duda de su competencia en la interpretación de los documentos.

—¿Ketty? —preguntó extrañado.

—Bueno…, la llamamos Ketty, ya que es por este nombre que la conocemos. Me refiero a Louise Hapmann.

Penhill se puso bruscamente en pie.

—¿Qué han hecho de ella? —exclamó indignado.

—Cálmese —tranquilizóle Mitya—. *Miss* Hapmann tiene también

un importante papel que desempeñar. Y ya le tocará su turno, si usted se empeña en ello. ¿Quiere ahora traducirnos estos documentos?

El teniente le dirigió una fría y desdeñosa mirada.

—Le repito que no sé de qué tratan; pero aun cuando estuviera en mi mano el hacerlo, mi respuesta sería la misma.

—Eso no será difícil comprobarlo.

Hizo una seña a sus secuaces, los cuales se aproximaron a Penhill por la espalda, sujetándole con fuerza.

—¿Insiste en ser tan testarudo? —Conminóle una vez más el oriental.

Penhill ni siquiera dignóse contestar.

CAPÍTULO VIII

Uno de los hombres que se hallaban a su espalda despojóle de su guerrera y prendas interiores, hasta dejar su torso al desnudo.

—¡La clavé, Penhill! —exigió Mitya, clavando en él sus pupilas obscuras de las que parecía emanar un misterioso fluido.

La mirada del prisionero se hizo aún más altiva y retadora.

De un salto, aquel hombrecillo acercóse a él y descargó el puño contra su rostro, haciéndole doblar la cabeza hacia atrás.

—¡De nada te servirá mostrarte tan obstinado! —chilló rabioso.

Penhill sintió que unas manos de hierro hacían presa en sus costados, clavándose como garfios entre las costillas. Entonces experimentó un intenso dolor, al tiempo que la respiración tornábase angustiosa.

Trató de revolverse contra sus verdugos, pero todo fue inútil. Le tenían bien sujeto y, además, tratábase de hombres robustos, elegidos sin duda para tan abominable cometido.

La presión fue deslizándose seguidamente hacia atrás, hasta localizarse a ambos lados de las vértebras dorsales. Un estremecimiento doloroso, acompañado de una mortal angustia, recorrió su columna vertebral. Parecióle que todo daba vueltas a su alrededor y que iba a perder el conocimiento. Sin embargo, casi instantáneamente, aquella sensación desapareció.

Abriendo los ojos, vio recortarse ante él la aborrecible figura de Mitya, mirándole con sus ojos de serpiente.

—¿Piensas hablar, Penhill?

Sus labios ni siquiera se movieron para formular una respuesta.

—Te prevengo que dispongo de medios más eficaces para conseguir mi propósito —le advirtió, acercando tanto su rostro al del joven, que casi semejaba una horrible máscara—. Pero éstos dejan huellas imposibles de borrar. En ocasiones han devuelto la memoria a individuos más recalcitrantes que tú. ¿Dirás ahora lo que

sepas de esa clave?

Penhill sintió una angustia inmensa hacer presa en él; no obstante, hizo un esfuerzo por mantenerse impasible.

—No sé nada de lo que me pregunta.

—Probaremos a ver si eso es cierto —rió Mitya, con siniestra mueca.

Iba a dar una orden a sus secuaces, cuando un individuo de los que observaban la escena, acercándose a él, habló algo a su oído.

Penhill vio cómo aquel monstruo asentía. Dirigióse hacia la puerta, saliendo, luego, de aquel antro de terror. Los que sujetaban al muchacho dejáronle solo, lo que aprovechó éste para dejarse caer en la banqueta, con gesto de cansancio.

Presentía que una terrible prueba iba a ofrecérsele y trataba de hacer acopio de todas sus energías para evitar el menor desfallecimiento.

No tardó en conocer lo que se estaba preparando.

Conducida por dos de aquellos energúmenos, entró en el cuarto Louise Hapmann. Su semblante aparecía intensamente pálido, y los cabellos caíanle en desorden a ambos lados de los hombros. Al ver a Penhill intentó correr hacia él, pero los que la sujetaban impidiéronlo.

—¿Conoces a esta mujer? —preguntóle Mitya como si estuviera llevando a cabo una mera formalidad.

—¡Miserable! —Escupióle al rostro—. ¡Sois todos una pandilla de criminales espías y salvajes sin el menor escrúpulo, ni siquiera tratándose de una indefensa criatura! ¡Pero os juro que todos vais a pagar…!

—No te exaltes, querido Penhill —atajóle Mitya—. Si tan impuesto estás del sentido de la caballerosidad y de la galantería con las damas, no dudo que harás cuanto esté en tu mano para ahorrar esas pequeñas molestias a la señorita Hapmann. La pequeña Ketty está tiernamente enamorada de ti, y cualquier hombre arrostraría toda clase de obstáculos para librarla del más insignificante mal.

Penhill, que había sido sujetado de nuevo por sus guardianes, revolvíase impotente para desasirse y desahogar su furor contra aquel odioso y repugnante hombrecillo, que muy cerca de él reía cínicamente.

—¡Ella no sabe nada de lo que os interesa! —dijo, tratando, vanamente, de librarla de sus aprehensores.

—Y no lo dudamos. Pero si alguien existe que puede librarla de lo que preparamos, ése eres tú. Y apelo a tu buen corazón y sentido común para ahorrarnos una serie de inconvenientes, que nosotros somos los primeros en no desear.

—¡No os atreveréis a tocarla! —rugió el muchacho, congestionado su rostro por el esfuerzo que estaba realizando—. ¡Si alguno lo intenta…!

Y Penhill paseó su retadora mirada por aquella extraña concurrencia, que asistía silenciosa a su interrogatorio.

—¡Bravo, Penhill! —Aplaudió Mitya—. Eso me demuestra que vas entrando en razón. ¿Recuerdas ya la clave de los documentos?

Ahora el teniente tardó unos segundos en responder.

—No sé nada de esa clave —murmuró, desalentado—. Es la verdad, y no puedo inventar algo que desconozco.

—¡Es una verdadera lástima! —Movió Mitya la cabeza, con gesto de fingida compasión—. *Miss* Hapmann va a odiarte profundamente por no haberla librado de una suerte que no merece.

—¿Qué vais a hacer con ella?

—No tardarás en verlo. No me cabe duda alguna de que nuestros métodos resultan infalibles para refrescar la memoria.

Vio Penhill cómo los guardianes de Louise tiraban brutalmente de sus vestidos, dejando al descubierto sus espaldas.

—¡Basta! —gritó, crispando los puños por la indignación que experimentaba—. ¡Que nadie se atreva a tocar un solo cabello de esa mujer!

—¿Ya vas recordando, Penhill? —habló suavemente Mitya, aproximándosele.

—No sé cuál es la clave —jadeó, casi sin aliento—. Sólo los miembros del Estado Mayor la conocen. ¡Juro que lo que digo es cierto!

—Es una pena que las lindas espaldas de Ketty se vean surcadas por los trazos cárdenos del látigo. Créeme que lo siento.

Rápidamente el brazo del que empuñaba aquel instrumento levantóse, y el seco restallar repercutió en el silencio de la habitación.

Un titánico esfuerzo por desasirse de los que le tenían

inmovilizado malogróse como los anteriores.

—¡Canallas! —rugió, mirando a todos con los ojos extraviados.

—¿Recuerdas? —insistió Mitya con fría decisión.

Toda su entereza derrumbóse ante la espantosa afrenta infligida a la mujer que amaba. Y abatiendo la cabeza, cesó en su resistencia.

—Sí —murmuró débilmente.

Mitya hizo una seña a los verdugos. Volvieron a cubrir la espalda de la muchacha y sacáronla de allí.

—¿Cuál es la clave?

—No la conozco —habló, sin levantar la cabeza—. Únicamente sé que está detallada en la orden secreta S −22. Se guarda en un departamento especial de la caja fuerte. Wilcott es quien puede sacarla de allí y…

—Bien —habló Mitya—. No es mucho, pero puede ser suficiente. Habrá que comprobarlo.

Los mismos dos individuos que lo habían conducido allí entregáronle las prendas de que le desposeyeran. Con ellas bajo el brazo dirigióse Penhill a la puerta. Siguiéronle sus guardianes hasta dejarle nuevamente encerrado en la celda de donde fue sacado.

Entretanto, en el piso de encima, y en la habitación donde acababa de desarrollarse tan inhumana ceremonia, todos sus asistentes habían ido desfilando hasta dejarla desierta. Únicamente, en un rincón obscuro en donde había pasado desapercibido a la atención de todos, una sombra continuaba inmóvil, pegada al muro.

Joe Hapmann había asistido al interrogatorio de Penhill, así como al despiadado trato de que su hermana Louise había sido objeto. De haber podido descubrirse sus facciones, habríase observado la dura contracción de sus mandíbulas y el intenso fulgor de odio que emanaba de sus ojos.

Cuando el silencio fue completo salió de aquel lugar, valiéndose de una puerta lateral que daba a los dormitorios utilizados por los componentes de aquella organización. Entró en un cuartito pobremente amueblado, volviendo a cerrar la puerta tras de sí.

De una estantería adosada a la pared tomó la automática que había guardado a su entrada. Examinó el cargador y guardóla seguidamente en el bolsillo de su americana.

Saliendo al corredor, miró a ambos lados, indeciso. Seguidamente dirigióse hacia el extremo opuesto al que había

entrado y por el que una puertecilla entreabierta dejaba ver una escalera de caracol. Sin titubear introdújose en ella, cuidando de cerrar la puerta, no sin antes haber comprobado que nadie se encontraba espiando sus movimientos.

En la calle, Ben Scott proseguía su trabajo con lentitud, incansable. Sabía que tarde o temprano acabaría por descubrir los ocultos accesos al antro donde se agrupaban los miembros de aquella organización de fanáticos al servicio de las potencias enemigas de los Estados Unidos. Sin embargo, tropezaba con la enorme dificultad de moverse en un ambiente hostil, ya que la mayoría de los establecimientos y viviendas que agrupábanse en aquel sector inmediato a Ridgewood Street eran lugares de reunión y punto de alojamiento para los millares de individuos que integraban el hampa neoyorquina.

Hallábase inspeccionando un lóbrego callejón, en compañía de Mike, cuando éste le avisó de que por la esquina se acercaba un sujeto de aspecto sospechoso.

Ben observóle por espacio de algunos segundos, llamándole la atención cierto detalle en su aspecto que no le resultaba extraño. No tardó en recordar al individuo que trató de cortarle el paso al huir de la mazmorra a dónde había sido conducido.

Con la mano en el bolsillo, apretando suavemente la empuñadura de su automática, esperó a que estuviera más cerca. Y, en efecto, convencióse entonces de que no se había equivocado.

—¿Es usted el inspector Scott? —preguntó.

Había en la actitud del recién llegado algo que le contuvo en su instintivo ademán de encañonarle.

—¿Qué es lo que le interesa? —preguntó, a su vez, sin dejar de vigilarlo.

—Puedo mostrarle la entrada que anda buscando —repuso, sin dejar de mirarle—. Mi nombre es Joe Hapmann. Tal vez esto le diga algo.

—¿Es Louise Hapmann su hermana?

—Sí.

Ben avanzó unos pasos, hasta llegar junto a aquel hombre.

—Puede hablar y exponer sus condiciones.

—Sólo me interesa que libre a mi hermana de esa pandilla de malvados. El teniente Penhill se encuentra, asimismo, en sus manos.

Si reúne a los hombres necesarios le indicaré el lugar por el que podrá entrar en su guarida.

—¿Sabe bien a lo que se expone, Hapmann?

—Lo sé; pero no me importa. Si ayudé a esa gente fue porque me cegaba el logro de una buena recompensa. Además, no sabía muy bien cuáles eran sus verdaderas intenciones; pero ahora…

—¿Le ocurre algo a su hermana?

—Han osado azotarla. Querían que Penhill les revelara la clave con que han sido redactados los documentos secretos que poseen; pero al negarse el muchacho, no encontraron mejor solución para forzarle que el maltratar a Ketty en su presencia.

—¿Ketty es su…?

—Es el nombre con que siempre la he llamado. No tiene importancia.

Ben miró a Mike, quien a su lado asistía, silencioso, a la escena.

—Está bien, Hapmann. Si es sincero, esto le servirá de mucho; pero si lo que está preparando es una encerrona, le prometo que va a pasarlo bastante mal.

Joe limitóse a asentir en silencio. Y dando media vuelta, se alejó hacia el lugar de donde acababa de venir.

—Un momento, Hapmann —le contuvo Ben—. Es necesario que tome ciertas precauciones. No sé si me comprende.

Joe se detuvo, adivinando lo que Ben quería decirle.

—Llevo un arma que tomé para evitar cualquier contingencia desagradable. Supongo comprenderá a lo que me expongo.

—Lo sé; pero estando con nosotros no le hará falta alguna.

Y Ben introdujo la mano en el bolsillo de su americana, quitándole la pistola que poco antes tomara.

Reunieron a la mayoría de los hombres que allí se hallaban concentrados, dándoles Ben las instrucciones necesarias. Seguidamente, en unión de Mike y ocho agentes, y precedidos por el hermano de Louise, dirigiéronse al «Tampico».

—¿De modo que estaba ahí el acceso a ese escondrijo? —preguntó a Joe.

—Se trata de uno de los accesos —explicó el hermano de Louise—. El más difícil y, por consiguiente, el menos vigilado. Se trata de elementos bien organizados y provistos de armas de todas clases. Es por ello que se hace necesario sorprenderlos para alcanzar un éxito

completo.

Entraron en el local, ante la mirada atónita de los empleados y de algunos parroquianos que allí se encontraban. Dos de los agentes que patrullaban por la calle recibieron la orden de vigilar a cuantos allí había, impidiéndoles moverse hasta tanto no estuvieran de vuelta.

En su parte posterior, el «Tampico» estaba dotado de una especie de patio en el que solían realizarse algunas fiestas cuando el calor dejábase sentir más de la cuenta. Ben ya había estado allí al realizar la primera inspección; pero, al no hallar nada sospechoso, siguieron las pesquisas por otros lugares.

Joe volviose hacia el inspector, para cerciorarse de que le seguían y de la calidad del armamento de que iban provistos los agentes.

—Es preciso no confiarse —advirtióles—. Sí se dieran cuenta de lo que les preparamos…

Dejó la frase incompleta, y siguió adelante.

De pronto escuchóse un tenue silbido. El grupo detúvose, como obrando de común acuerdo, y todos sus componentes dirigieron la mirada a su alrededor, tratando de inquirir la causa de lo sucedido. Pero un hecho inesperado vino a distraer su atención.

Joe Hapmann, que iba a pocos pasos delante de todos, dió algunos traspiés y cayó al suelo sin proferir el más leve gemido. Ben, que fue quien primero se dió cuenta de lo que ocurría, acercóse a él y se agachó para averiguar a qué obedecía tan repentino percance. Entonces descubrió que Hapmann tenía clavada en la nuca una pequeña saeta. Un finísimo hilillo de sangre manaba de la herida.

—¡Han disparado desde muy cerca! —avisó a los que le seguían, señalando a sus espaldas—. ¡Vigilad todas las salidas y tened cuidado, ya que esos canallas están ocultos muy cerca de nosotros!

Todos los agentes desparramáronse por el patio y comenzaron una búsqueda minuciosa. Mientras tanto, Ben y su compañero Mike Carry examinaban cuidadosamente la herida de Joe. Pero no tardaron en convencerse de que el muchacho había muerto.

—¡Hay que evitar que escapen! —dijo, levantándose.

Los dos jóvenes uniéronse en las requisas a los demás agentes. Todos los rincones y accesos al patio fueron minuciosamente

registrados. Pero en ninguno hallaron el menor indicio que delatara hubiera servido de apostadero al presunto tirador.

Al volver junto al cuerpo del infortunado Joe Hapmann, Ben extrajo el objeto que le había causado la muerte. Consistía en un finísimo dardo, de unas cuatro o cinco pulgadas, y cuya extremidad acerada era extraordinariamente puntiaguda. Aproximadamente, los dos tercios habíanse clavado en la base del cráneo, produciéndole la muerte instantánea.

—No cabe duda que ha sido disparada con una especie de cerbatana —sugirió Ben—. He visto ejemplares que constituyen verdaderas armas de efectos singularmente temibles.

—Jamás había tenido que habérmelas con elementos dotados de semejante audacia. Es preciso darles la batalla decisiva, de lo contrario, van a dar mucho que hacer.

En aquel momento uno de los agentes que inspeccionaban las inmediaciones del patio lanzó una exclamación de sorpresa. Acudieron los dos jóvenes, observando que en el corredor que partía del final de aquel patio uno de los bloques de piedra que constituía el zócalo carecía de la correspondiente argamasa de unión. Además, parecía ceder a una presión de cierta intensidad.

Haciendo un continuado esfuerzo, no tardaron en comprobar cómo el bloque separábase de ambos lados y comenzaba a girar alrededor de un eje metálico. Pronto quedó al descubierto una abertura capaz de permitir el paso de un hombre. A través de ella podían apreciarse los peldaños de una escalera que hundíase en las profundidades de la tierra.

—No podemos perder un instante —habló Ben, dirigiéndose a cuantos le rodeaban.

Vio la decisión reflejándose en todos los semblantes. En sus manos las armas automáticas hallábanse prestas a replicar al menor intento de agresión por parte de los malhechores.

Ben se lanzó por la abertura, seguido de Mike y de los demás agentes. Sabía que iba a comenzar la etapa decisiva y que los minutos de la tenebrosa organización estaban contados.

—Haz luz, Mike.

El haz brillante de la linterna de bolsillo rasgó las tinieblas, yendo a proyectarse contra una puerta entornada. Empujóla, vigilante, y vio que de allí partía un largo corredor. Ni una sola de

las celdas que a derecha e izquierda había fueron dejadas sin registrar; pero en todas ellas advertíanse las huellas de una precipitada huida. Lo mismo sucedió en las demás habitaciones que encontraron al paso. En la mayor de ellas hallaron la figura de la diosa Kali, como único guardián de la subterránea mansión.

—¡Hay que registrar la celda del sótano! —exclamó Ben, recordando el lugar donde estuviera prisionero.

Pero al dirigirse hacia la escalerilla que conducía allá, dióse cuenta de que algo anormal ocurría.

Una humareda comenzaba a filtrarse por las rendijas de las puertas, al tiempo que el olor a madera quemada se percibía con nitidez.

—¡Han prendido fuego! —exclamó, dudando en seguir adelante.

De pronto Mike, que iba algo rezagado, saltó hacia él y cogióle del brazo obligándole a retroceder.

—¡Mira bien lo que estamos pisando, Ben! ¡Hay que escapar a toda prisa!

Miró a sus pies y dióse cuenta de que el suelo del pasillo estaba inundado por una ligera capa de líquido que parecía correr hacia la cámara de las ceremonias. No tuvo que agacharse para conocer su naturaleza. Un vaho hirió su olfato, haciendo que el corazón acelerara sus latidos. ¡Hallábanse pisando un terreno impregnado en gasolina, y a pocos pasos de allí, el fuego amenazaba con transformar aquel antro en un verdadero infierno!

Corrieron desesperadamente hacia la salida, pugnando por alcanzar la boca por la que habían entrado en los sótanos. Apenas el último de los que allí entraron pisó las losas del patio, cuando una fuerte explosión conmovió los cimientos, al tiempo que imponentes llamaradas, rodeadas de negras columnas de humo, asomaban por el hueco abierto en el muro.

—De buena hemos escapado —sonrió Mike, enjugándose el sudor que perlaba su frente.

—No comprendo cómo habrán podido hacer eso —murmuró Ben, pensativo—. Me temo que en la celda hubiera alguna de las personas a quienes íbamos a buscar.

—¿Te refieres a Penhill… y a la muchacha?

—Sería horrible que les hubieran encerrado allí.

En silencio salieron a la calle. Fueron recorriendo los diversos

puestos de vigilancia distribuidos por aquel sector. Pero ninguno de ellos había observado la salida de personas sospechosas o que respondieran a las indicaciones dadas por Ben.

—Me cuesta trabajo creer que hayan permanecido ocultos ahí debajo —observó el inspector, mientras volvían al bar que habían abandonado.

—No creo que la abnegación de esa gente llegue a extremos tan inconcebibles. Forzosamente, debe haber otra explicación más lógica.

—Lo mismo opino yo. Queda una importante carta que jugar y no tardará en estar sobre el tapete.

Mike miró a Ben, esperando una explicación; pero éste encerróse en un impenetrable mutismo.

CAPÍTULO IX

A media tarde llamó Ben a Jessie Miller, pero contestaron que había salido para las oficinas locales del

F. B. I.

Vaciló el muchacho antes de llamar allí, pero siempre era preferible que no presentarse ante MacQuander y exponerle su plan. Temía que el inspector no lo considerase aceptable y tuviera que verse obligado a modificarlo.

Tuvo la suerte de que Jessie se hallara en aquellos momentos fuera del despacho de MacQuander.

—Tengo un plan para esta noche, cariño —le dijo, apenas reconoció su voz.

—¡Hola, Ben! —exclamó Jessie, con alegría—. Estuve hablando con MacQuander. Preocupábame tu suerte. Me enteré de lo sucedido en el «Tampico». ¿Sabes algo de esa muchacha y del teniente Penhill?

—Me temo que les haya ocurrido algo malo —repuso con acento de pesar.

—¿Crees que no hicimos las cosas de un modo razonable?

—Sí, sí. Todo salió bien; pero uno no puede contar con ciertos obstáculos que, a veces, se presentan.

A través del hilo percibió Ben la exclamación de pesar que brotó de labios de la muchacha. Pero, inmediatamente, cambió el tono de su voz:

—Me hablabas de un plan para esta noche, Ben. Francamente, ya estaba deseando que tuvieras unas horas libres para distraernos de esa pesadilla.

—Es que… —vaciló Ben—. Se trata de ir a cenar a un restaurante de una barriada, pero…

—¡Vaya! Ya me lo estaba temiendo. ¿Otro acto de servicio?

—Pues… hasta cierto punto, sí. Es necesario que me ayudes. Irás

con Mike.

Ben no tuvo que hacer un gran esfuerzo para imaginarse la expresión de fastidio que ofrecería el rostro de Jessie.

—¿Mike? ¡Siempre Mike! ¿Y por qué no podemos ir los dos? Aunque tengas que vigilar, nada nos impedirá que disfrutemos de la velada…

—Es que yo no podré ir, Jessie. Debieras hacerte cargo de muchos inconvenientes. Algún día no lejano tú te habrás convertido en mi mujercita y verás las cosas con menos apasionamiento.

—Está bien, cariño —recalcó Jessie en tono burlón—. Voy a complacerte por esta noche; pero desde ahora te prevengo que es mi última cena «de servicio» que hago para ti. Todavía no he olvidado la del
«Annie's»,
en la que no pudimos pasar de los entremeses.

—Haré lo posible para que nadie os interrumpa la de hoy. Sin embargo, es necesario teneros cerca por si necesitara de vosotros.

—¿De modo que tú también irás por allí?

—No…; es decir, iré, pero será en otra forma. Deberás estar dispuesta para las diez. Mike irá a buscarte y te llevará a ese lugar.

—¿Nada más, Ben?

—Nada más, querida. Te prometí celebrar mañana nuestra cena, y sigo manteniendo mi palabra.

—Procura, al menos, regresar intacto, Ben. Sería una pena…

—Puedes estar tranquila.

—Sé juicioso, Ben.

—Siempre lo fui, nenita. Hasta luego.

—Adiós, Ben. Toda la noche la pasaré pensando en ti.

Hasta mucho tiempo después de haber colgado el auricular no borróse la sonrisa que asomaba a sus labios. Inmediatamente marchó en busca de Mike. Habíale dejado dirigiendo las investigaciones en el «Tampico», y sabía que no habríase movido de allí.

—¿Hay alguna novedad? —preguntóle, tan pronto lo descubrió.

—Ninguna —repuso—. Hasta hace un momento no cesó el fuego ahí abajo. Estamos esperando a que se ventile bien para comenzar las exploraciones.

Una hora más tarde bajaron de nuevo a los sótanos. La

atmósfera era todavía irrespirable; pero lograron soportarla bien. Con la linterna en la mano izquierda avanzó Ben hasta la escalerilla que descendía al corredor donde habíase excavado la lóbrega mazmorra. Únicamente había ardido la puerta y los bancos del pasillo, ya que por allí no habían otras materias combustibles. Pero un suspiro de alivio escapóse de su pecho al comprobar que nadie ocupaba la celda en el momento de producirse el incendio.

Abandonó aquellas profundidades, regresando al pasillo superior. De allí pasó a la escalera, por la que huyó después de la visita hecha por Louise. Esperaba que ello le diera alguna luz sobre la desaparición de los extraños moradores de aquel antro, pero al llegar al final de los peldaños diese cuenta de que la salida había sido tapiada.

Aquello fue la mejor explicación acerca de las dificultades con que habían tropezado en la búsqueda del acceso a los subterráneos.

Retrocedió, yendo en busca de Mike y sus ayudantes, que se hallaban examinando cuánto había quedado a salvo de las llamas.

—No ha quedado nada que merezca la pena —indicóle su amigo.

—Lo que ahora interesa es hallar la salida que han utilizado para escapar. Y no cabe duda que existe, ya que sólo los espíritus pueden filtrarse por las paredes.

Mike, echándose a reír, cogióse del brazo de Ben, saliendo del cuarto que había estado registrando.

Por espacio de una hora estuvieron recorriendo los departamentos de la tenebrosa guarida. Iban ya a abandonar las pesquisas, cuando al pasar por delante de la escalera que habían utilizado para descender hasta allí, Ben obligó a su amigo a detenerse.

—¿Oyes algo, Mike? —le preguntó.

Guardaron silencio unos segundos en los que incluso ambos jóvenes contuvieron la respiración.

—Me parece oír como una corriente de agua —respondió Mike Carry.

—Eso es lo que he oído yo. No me cabe duda que detrás de este muro pasa una de las alcantarillas de este sector.

—¿Quieres decir que…?

—Por ella han huido sin duda alguna los componentes de la

banda. Lo tenían todo preparado para utilizarla en caso de apuro, como, asimismo, es seguro que cuentan con otra guarida semejante a ésta y a la que se llega utilizando esta cómoda vía.

Llamaron a los otros agentes que habían bajado con ellos, y juntos comenzaron a tantear las paredes de aquel lado. Y tal como supuso Ben, no tardaron en descubrir una oculta anilla que movía uno de los bloques de la base. Apartaron éste y quedó al descubierto el pasadizo que comunicaba con la alcantarilla próxima.

—Ya no es necesario seguir buscando —indicó Ben, retrocediendo luego de haber dado unos pasos por aquella salida.

—¿Crees que daría resultado examinar las salidas de este sector?…

—No adelantaríamos nada con ello. Hay otro camino más rápido.

—¿Bajo tierra?

—No —tranquilizóle Ben, sonriendo—. Esta noche llevarás a Jessie a una cena. Ya la he avisado, y estará aguardándote a las diez en punto.

—¿Adonde habrá que ir?

—Al «Tropical Club». Creo que ya te hablé de ese lugar. Está aquí, en Harlem, unas tres o cuatro travesías más abajo, en dirección del Parque
Mary's.
Creo que el nombre de la calle es Walties.

—Lo conozco —dijo simplemente.

—En este caso lleva a Jessie, procurando no retrasarte demasiado. Posiblemente no necesitaré de vosotros; aunque pudiera ser que tengas oportunidad de ayudarme.

—Perfectamente, Ben. ¿Algo más?

—Procura buscar una mesa poco visible. Posiblemente verás alguna cara conocida.

—Comprendo —asintió Mike, sonriendo.

«Tropical Club» había conseguido reunir todas las noches a una selecta concurrencia entre la que predominaban acaudalados comerciantes e industriales de la conocida barriada neoyorquina. Desde hacía quince días actuaba en su sala un famoso conjunto internacional de variedades que atraía poderosamente la atención de los devotos de los «nightly *shows*».

Sin embargo, no todos los que cruzaban sus puertas bajo la mirada suave y sonriente del negro de vistoso y galoneado uniforme acudían allí para apreciar las primicias de *Mr*. Donald y sus deliciosas *girls*. Algunos de sus asistentes cruzaban por el alfombrado corredor lateral, y luego de haber paseado su mirada indiferente por el local, desaparecían tras los cortinajes grana que ocultaban una de las puertas del fondo.

Desde uno de los portales, situado enfrente al famoso club, un hombre parecía interesado en cuantos a él se dirigían aquella noche. Ben Scott montaba su paciente guardia en tanto iba repasando mentalmente el plano que habíase trazado del edificio en el que se hallaba instalado el salón.

Sabía que el objeto de su espera no tardaría en aparecer. Por ello no se sorprendió al ver a un hombre que apeábase de un automóvil que acababa justamente de detenerse frente al club.

A pesar da no vestir su habitual uniforme, reconoció en el acto al coronel Wilcott. Con paso ágil y decidido entró en el salón, perdiéndose entre la muchedumbre que se amontonaba en el lujoso vestíbulo.

Tranquilamente salió Ben de su apostadero y se dirigió calle arriba. Al llegar a la primera esquina desviose de su recorrido, para hacerlo en igual forma una veintena de yardas más allá.

Hallábase ahora en una calle concurrida y bastante falta de alumbrado. Hacia la mitad una verja de hierro cerraba el acceso a unos frondosos jardines.

Tras cerciorarse de que nadie pasaba por allí, encaramóse ágilmente, no tardando en verse al otro lado de la cerca.

El jardín parecía estar desierto. Una senda enarenada adentrábase en la fronda; pero Ben apartóse de ella y avanzó buscando la protección de los árboles y macizos de arbustos.

Sus ojos, prontamente habituados a la obscuridad, distinguieron dos sombras que acababan de surgir a su derecha, como brotando de la misma tierra. Agazapóse cuanto le fue posible mientras vigilaba la dirección que seguían. Violas deslizarse cautelosamente arrimadas al muro y desaparecer por la parte de la verja que unos minutos antes escalara. Unos goznes chirriaron y nuevamente el silencio volvió a reinar en aquellos lugares.

Aguardó todavía unos instantes, decidiéndose al fin a proseguir

su marcha.

Estaba acercándose al edificio del fondo. Una escalera ascendía hasta una amplia terraza que en su parte izquierda aparecía cubierta por frondoso techado de enredaderas. Desde allí no tuvo grandes dificultades en alcanzar un pequeño balcón. Hallábase simplemente entornado, circunstancia que hizo asomar a sus labios una sonrisa de satisfacción. Aquello facilitaba su labor, a pesar de que ya iba debidamente provisto de herramientas para salvar cuántos obstáculos se le presentaran.

Encontrábase ahora en un suntuoso despacho en el que una gruesa alfombra apagaba por completo el rumor de sus pisadas. Rápidamente acercóse a la puerta y la abrió con suma cautela. Daba a un pasillo alumbrado por el resplandor que llegaba de una sala que había al fondo.

El rumor de la sala de fiestas del «Tropical Club» llegábale ahora muy distintamente. A la derecha, y a unas seis o siete yardas, partía la escalinata que conducía a la planta. En ella se encontraban todas las dependencias anejas al club, así como los servicios de bar y cocina.

De pronto el rumor de varias risotadas y exclamaciones diversas resonó a su izquierda. Procedían de una habitación cuya puerta se hallaba cerrada.

Arrimándose al muro, fue avanzando hasta hallarse junto a ella. Por la intensidad de las voces dedujo que debía celebrarse aquella reunión en un lugar más apartado del que había tras la puerta. Hizo girar suavemente el picaporte y empujóla hasta que una abertura le permitió atisbar el interior. Hallábase asimismo envuelta en la penumbra; pero un rayo de luz escapábase de la pared del fondo.

Aventuróse en aquel aposento mientras buscaba a su alrededor algún mueble o rincón donde poder ocultarse en caso de peligro.

No había alcanzado el final, cuando una voz llegó hasta él en tono autoritario y persuasivo. Se detuvo instantáneamente y llevó su mano al costado hasta percibir el contacto con su «Luger».

Aun cuando esperaba ya encontrar allí aquel hombre, no pudo por menos que sentir un estremecimiento al recordar al ser inhumano que le torturó en los sótanos del «Tampico».

Siguió avanzando hasta que rozó la puerta tras la cual aquella reducida concurrencia de seres unidos por una misma comunidad

de crímenes y fechorías parecían estar celebrando algún importante acontecimiento. La voz odiosa y penetrante del individuo que dirigía aquel acto escuchóse de nuevo ordenando guardar silencio.

Conteniendo la respiración acercó Ben su rostro a la estrecha rendija que le permitía atisbar una pequeña zona de la sala.

Podía contemplar la extremidad de una mesa junto, a la cual había dos personas. El resto de los concurrentes permanecía invisible desde la posición en que se encontraba. Sin embargo, dentro de su campo visual hallábase el hombre que le había impulsado a emprender aquella arriesgada aventura.

Wilcott estaba sentado en un cómodo butacón de amplio respaldo y brazos acolchados, y frente a él, la siniestra figura de Mitya se inclinaba hasta quedar su rostro a la altura del coronel. Había extendido sus manos hasta apoyar ambos pulgares en la frente del militar por encima de las cejas.

—Coronel Wilcott —habló con voz grave y profunda—, está sometiéndose voluntariamente a mí. Ha deseado actuar como sujeto de mis experiencias y es preciso que acate voluntariamente mis órdenes.

Por un instante logró entrever el rostro de Wilcott. Estaba sereno y miraba fijamente a Mitya. Parecía complacido de tomar parte en aquella sesión en la que indudablemente habría asistido a experimentos previos realizados con otros componentes.

—Ahora es preciso que su voluntad deje de resistirse, coronel —ordenaba Mitya—. Va a dormirse, y usted lo desea. Un sueño invencible está apoderándose de usted hasta el punto de que sus párpados se niegan a obedecerle. Duerma…; duerma sin temor alguno… ¡Duerma!…

Con sus manos iba trazando Mitya extraños pases magnéticos ante los ojos y la frente del sujeto que tan inconscientemente habíasele ofrecido.

Unos segundos más tarde cesó en sus extrañas manipulaciones. Irguióse lentamente, y sin dejar de mirarle, puso una mano sobre su cabeza.

—Usted me oye, coronel; pero no puede moverse. Ya no es dueño de su voluntad, y únicamente obedecerá a cuanto yo le ordene. Ahora querrá levantarse, pero no le será posible. Lo tengo encadenado en su asiento, incapaz de responder a otra voz que a la

mía. ¿Se convence de ello, coronel?

Wilcott seguía en su impasible actitud, sin moverse un ápice de su asiento.

Mitya volviose por vez primera hacia sus espectadores y sonrió con aire de triunfo.

Realizó nuevos pases ante los ojos de Wilcott, prosiguiendo luego con sus misteriosas órdenes.

—Ahora sólo oye mi voz, coronel Wilcott —siguió Mitya—. Sólo puede oírme a mí y obedecer a cuanto le mande. Atienda bien, coronel. —Hizo una pausa como si quisiera cerciorarse del estado de su paciente—. Dentro de unos instantes le despertaré; pero su voluntad seguirá perteneciéndome. Una sola orden debe permanecer fija en su cerebro. ¡Atienda bien, coronel! —recalcó con marcado énfasis—. ¡Es preciso que acuda a su despacho y saque de la caja fuerte el pliego que contiene la orden secreta
S-22!
¡La orden secreta
S-22!
¡Le exijo que saque de la caja el pliego con la orden secreta
S-22!
¡Una vez la tenga, deberá traerla a mis manos! ¡La traerá hasta mí! ¡Yo aguardaré junto a los jardines inmediatos a su residencia! ¡Es preciso que haga cuanto le ordene! ¿¿Oye bien, coronel?? ¡Va a cumplir cuanto le acabo de ordenar! ¡Saque de la caja la orden
S-22
y tráigala hasta mí!

Apartóse Mitya de aquel hombre y llevóse una mano a la cabeza, como si tratara de alisar sus revueltos cabellos. Volvió el rostro hacia sus observadores.

—El coronel Wilcott —explicó— tiene ahora fija en el subconsciente la orden que acabo de darle. —Voy a despertarle, y aunque nada recordará de lo que he estado hablando, una fuerza en su interior le impulsará a obedecer mis mandatos. Inconscientemente cumplirá mis órdenes, pero jamás llegará a recordar lo que ha estado haciendo en esta segunda fase. Cuando despierte por completo, únicamente sus recuerdos alcanzarán hasta el momento en que se ha sentado ahí para someterse a estas experiencias.

Dirigióse de nuevo hacia Wilcott y apoyó la palma de la mano en su frente, al tiempo que soplaba ligeramente sobre sus ojos. Entreabriéronse éstos, como si les cegara la luz de la habitación.

—¿Me dormí? —preguntó, azorado como un crío, mientras dirigía su mirada a todas partes.

Comprendió Ben que debía salir de allí cuanto antes, por lo que con el mismo sigilo que a su llegada regresó al punto de partida.

Ya en el jardín disminuyó las precauciones, y, al observar que la calle continuaba desierta, encaramóse a la verja y saltó al otro lado, dando una prueba de su extraordinaria agilidad.

—Me gustaría saber en qué ha consistido la experiencia —sonrió Wilcott, pasándose una mano por la frente.

—Ha realizado usted algo que hasta ahora juzgaba imposible —repuso Mitya, muy serio—. Acaba de ejecutar al piano una magnífica romanza con singular maestría e inspiración.

—¡Cómo! ¡No es posible!

—Sepa, querido amigo, que en nuestra ciencia casi nada hay que sea imposible. Comprendo que para un profano como usted, mis palabras puedan parecerle fruto de la fantasía. Sin embargo, no vacilará en creer cuando en una de mis próximas sesiones asista usted como espectador a la misma prueba que acabo de realizar con usted.

Los que habían asistido a la reunión fueron saliendo de la sala hasta no quedar en ella más que los dos hombres. Mitya fue en busca del sombrero y del gabán del coronel, entregándoselos.

—Le acompañaré hasta su residencia, coronel —le dijo amablemente.

Wilcott no respondió, limitándose a asentir con un ligero movimiento de cabeza.

Salieron del local, y ya en la calle llamó Mitya a un coche que se hallaba dispuesto frente a la misma puerta.

—Llévanos al domicilio del coronel, Teddy —le ordenó al conductor.

Subieron al vehículo, que no tardó en partir de allí. Durante el trayecto no cesó Mitya de hablar de cosas relacionadas con los experimentos a que se dedicaba, pero no dejaba de vigilar a su acompañante, observando todos sus más mínimos gestos, y movimientos. Sabía que se hallaba sometido aún a su voluntad,

aunque habíale devuelto por el momento la facultad de expresarse y actuar como una persona en su estado anormal.

Al llegar cerca de las oficinas, en uno de cuyos pisos Wilcott tenía su residencia, dió Mitya una orden al chófer, quien detuvo el vehículo dejándole junto a la acera que bordeaba un frondoso parque.

Apeóse en primer lugar, ayudando seguidamente a Wilcott para que hiciera lo mismo. A continuación estrechó su mano en tanto clavaba su mirada en los ojos del que había sido sujeto de sus experiencias.

—¡Hasta ahora, coronel! —le dijo en voz baja, pero autoritaria.

Wilcott no respondió. Con movimientos de autómata dió media vuelta dirigiéndose al edificio en el que se hallaban las oficinas del Comité de Coordinación.

El centinela que montaba la guardia en la planta saludóle militarmente apenas franqueó la entrada. Asimismo, en el pasillo del primer piso fue saludado por el oficial encargado de patrullar por las dependencias.

—Buenas noches —saludó Wilcott de un modo inconsciente.

Abrió la puerta de su despacho y entró en él, cerrándola de nuevo apenas estuvo dentro. Sin la menor vacilación encaminóse hacia donde estaba la caja, y después de haber hecho girar la combinación, introdujo una llave en la cerradura, abriendo el arca, lo cual sólo le era permitido hacer ante la presencia de los demás miembros del Consejo. De uno de los compartimientos extrajo un sobre que guardó en el bolsillo de su abrigo. Seguidamente cerró la caja y salió del despacho.

Mitya le vio salir y detenerse a pocos pasos del edificio. Adelantóse para ir a su encuentro.

—¡Buenas noches, coronel! —saludóle jovial—. ¿Me hace el favor de un fósforo?

Miró a su alrededor, y, al ver que nadie había por allí que pudiera observarles, le dijo en voz baja:

—Entrégueme el sobre. Se lo ordeno, Wilcott.

El coronel introdujo su mano en el bolsillo del gabán y sacó de él el objeto requerido.

Mitya lo tomó disimuladamente y guardólo con presteza.

—Debe retirarse a descansar —le dijo, persuasivo—. Mañana se

encontrará mejor y no recordará nada de lo sucedido esta noche. ¡Nada recordará de cuanto acaba de suceder!

Los labios de Wilcott moviéronse como si fueran a decir algo, pero de ellos no brotó el menor sonido. Seguidamente dió unos pasos adelante, como indeciso, y retrocedió para regresar a su residencia.

Todavía aguardó Mitya hasta verle desaparecer. Luego regresó al callejón donde había dejado su coche.

Con gesto decidido abrió la portezuela para subir, al tiempo que ordenaba al conductor:

—Volvamos a casa, Teddy. Ya puedes encender la luz.

Pero, súbitamente, una mano, surgiendo de la obscuridad del vehículo, descargó contra su cabeza tal golpe que le privó instantáneamente del conocimiento.

—Ya puedes salir, Mike —habló Ben Scott—. Todo está listo.

Una sombra salió de detrás del coche y asomóse por la ventanilla en el mismo instante que se encendía la luz del interior. Procedieron a inmovilizar con fuertes ligaduras al individuo, que acababa de caer en sus manos, así como a su chófer, que fue quien primero recibió las caricias de aquel objeto contundente.

Desde un portal cercano acercóseles la silueta inconfundible de Jessie. Llevaba en su diestra una pistola automática que no había abandonado en previsión de cualquier desagradable contingencia.

—¿Salió todo bien, querido? —preguntó al inspector.

—Ha sido un final inesperado para el docto profesor —sonrió Ben, con marcada ironía—. Es un truco que sólo da resultado una cola vez; pero ya me encargaré de que no tenga ocasión de repetirlo.

CAPÍTULO X

Desde la acera dió Ben su última recomendación a Mike y a Jessie.

—Llevadlo a MacQuander con mis mejores respetos. Dowry y sus hombres están aguardando cerca del «Tropical Club» para empezar la batida.

—¿Vas a ir allá? —preguntó Mike, que empuñaba ya el volante.

—Todavía tengo que dejar concluido un detalle.

—En tal caso, posiblemente llegue a tiempo de tomar parte en el juego —rió su amigo, haciendo chasquear los dedos.

—Me parece muy razonable. Hasta luego, Mike.

Acercóse a la ventanilla posterior por la cual asomaba Jessie, y la besó en los labios.

—Sé precavido, Ben. No olvides que me has prometido una cena sin sobresaltos. ¿Lo recuerdas?

—Sera para la noche próxima, cariño. Y ten cuidado con esas dos fieras.

Agitó la mano al tiempo que el automóvil arrancaba para conducir a Mitya y su cómplice al más próximo cuartel de la Policía.

Inmediatamente encaminóse al edificio por el que poco antes desapareciera el coronel Wilcott.

El centinela que estaba en la puerta le dió el alto, pero Ben mostróle su credencial y la orden firmada por el propio Wilcott para que le fuera permitido el acceso, siempre que tuviera por conveniente.

—Tengo que hablar con el coronel —le dijo.

Poco después pedía ser llevado a su presencia.

Wilcott se hallaba aún levantado. Al entrar en el despacho y ver allí al inspector pareció hacer un gran esfuerzo para coordinar sus ideas.

—Siéntese, coronel Wilcott —le dijo Ben—. Parece usted fatigado y es preciso que hablemos a solas durante unos minutos.

—¿Qué… ocurre? —preguntó, aturdido.

—Haga un esfuerzo, coronel, y sacuda ese sopor que se ha apoderado de usted. ¿Puede intentarlo?

Wilcott pasóse una mano por la frente, pero en seguida la dejó caer como si aquel simple acto le costara un gran esfuerzo.

Entonces Ben aproximóse a él y golpeó sus mejillas repetidamente. Wilcott parpadeó sorprendido; pero no tardaron sus ojos en adquirir mayor fijeza.

—¿Usted?… ¿Qué hace aquí?

—Necesitaba prevenirle, coronel. Ha estado siendo objeto de un hábil engaño que pudo tener desagradables consecuencias. Afortunadamente…

—¿De qué está hablando, inspector? —preguntó Wilcott, mirando a todos lados, como extrañado de encontrarse allí.

—¿Qué estuvo haciendo esta noche? —preguntó Ben, a su vez.

De nuevo el coronel pasóse una mano por la frente. Era evidente que sus ideas estaban faltas de coordinación, y que no comprendía nada de lo que estaba sucediendo.

—Creo que… salí, como suelo hacerlo todas las noches. Eso es; recuerdo que fui al «Tropical Club». Celebrábamos una velada interesante…

—¿Y luego?

—Luego… ¿Qué hora es, inspector?

Ben consultó su reloj.

—Son las doce y veinticinco.

—¿Las doce y veinticinco? Es extraño…

Ben se puso en pie y colocó una mano en el hombro de su interlocutor.

—El recordar supone demasiado esfuerzo para usted, coronel —hablóle suavemente—. Por ello trataré de ayudarle. ¿Sabe lo que es esto?

Y Ben Scott sacó de su bolsillo el sobre que arrebatara de las manos de Mitya.

El semblante de Wilcott tornóse intensamente pálido. Apoderóse febrilmente de aquel objeto y estuvo dándole vueltas como si dudara de su autenticidad.

—¿Quién le dió eso? —preguntó al fin.

—Hace sólo unos minutos que lo tomé de las manos de la persona a la cual usted mismo lo entregó.

—¿Qué quiere decir? —murmuró Wilcott, mirándole sorprendido—. ¿Se ha vuelto usted loco?

Ben tranquilizóle con un ademán.

—Comprendo que es un absurdo para usted, coronel, cuánto estoy diciéndole. Sin embargo, ahora ya no puedo vacilar en decirle quién era la persona que sacaba los documentos de la caja fuerte para entregarlos a una de las más peligrosas organizaciones de espionaje que han existido en nuestro territorio.

—¡Dígalo ya de una vez! —apremióle Wilcott con el semblante demudado.

—Sin usted siquiera sospecharlo ha sido el instrumento de que se han valido esos criminales para conseguir sus fines —habló Ben Scott, pausadamente—. Y el procedimiento ha consistido en esas sesiones de magia e hipnotismo, inocentes en apariencia, pero terriblemente eficaces para el caso que nos ocupa.

—¿Cómo puedo creer que sea eso verdad?

—Sepa, coronel, que esta noche asistí, sin ser observado, a la curiosa sesión en la que se prestó a servir como sujeto de las experiencias de ese misterioso profesor, cuyo verdadero papel es el de jefe destacado de esa organización de que le acabo de hablar. Él fue quien le ordenó sacar de la caja la orden secreta
S-22
y entregársela.

—¿Y usted lo presenció todo?

—Casi todo —aclaró—. Hasta el momento en que usted dejaba en sus manos ese pliego. Luego sólo tuvimos que tender a ese sujeto una emboscada para evitar que se saliera con la suya.

—¿Lo han detenido?

Asintió Ben con un gesto.

—Ahora es conveniente que se vaya a descansar. Guarde de nuevo ese pliego en la caja, y no tema ya que vuelvan a substraer de allí nuevos documentos.

—Entonces… Penhill…

—Ese muchacho es completamente inocente de cuanto se le ha imputado.

—Sin embargo, ha desaparecido.

—Cayó en las manos de Mitya y sus secuaces. Esta misma noche vamos a intentar rescatarlo, lo mismo que a *Miss* Hapmann. Confío en tener éxito.

Ben se puso en pie y tendió su mano a Wilcott.

—Es todo eso tan desconcertante… —murmuró, como tratando de justificarse.

—Deseche ya todas las preocupaciones —animóle Ben, sonriente —. Mañana volveré para terminar de arreglar todo esto.

Wilcott acompañó al inspector hasta la puerta despidiéndole con sinceras muestras de agradecimiento y afecto.

Fue en busca de su coche que había dejado a poca distancia de allí, y marchó a reunirse con Dowry.

Halló al inspector en un establecimiento situado a poca distancia del «Tropical Club», tal como habían convenido.

—¡Eh, Scott! —llamóle tan pronto lo vio aparecer—. Acaban de llamarlo de la Jefatura. Era MacQuander.

—¿Le dió el recado?

—Me dijo que a su amigo Mike se le escapó la caza.

—¿Cómo? —exclamó, creyendo no haber entendido bien.

—Eso fue lo que dijo. Además, ahí tiene a su compañero, quien le dirá lo que haya de cierto.

Volviose hacia la puerta en el preciso momento en que entraba Mike. Su semblante fue más que suficientemente expresivo para demostrarle que no se engañaba.

—¡Mike! —llamóle, mientras se dirigía a él.

—No sé cómo pudo ocurrir, Ben —trató de justificarse—. Yo conducía el coche cuando escuché un gran estrepito. Paré seguidamente y vi que aquel sujeto había saltado del coche y huía por una calle cercana. Entonces mi di cuenta de que había derribado a Jessie. Afortunadamente, sólo la había golpeado y conseguí hacerla recobrar el conocimiento.

—¿Cómo es posible que consiguiera desligarse?

—Ese hombre debe ser una especie de brujo. Nadie podría deshacer las cuerdas que yo mismo anudé.

—¡Imbécil! —recriminóle Ben, sin poder ocultar la indignación que le dominaba.

Mike bajó los ojos, resentido por la actitud de su superior y

amigo.

Sin embargo, inmediatamente reconoció la injusticia de su proceder. Pasó un brazo por los hombros de su amigo, zarandeándolo amistosamente.

—Perdona lo que acabo de decirte, Mike —le dijo—. Nunca creí que llegara a perder el dominio de mis nervios.

—Tal vez lo haya merecido…

—La culpa ha sido sólo mía —repuso, sonriéndole—. Ahora no tenemos tiempo que perder.

Dio una orden a Dowry y salieron todos del local. En pocos momentos rodearon el edificio donde se hallaba el club nocturno, procediendo a registrar minuciosamente sus dependencias.

Acompañado de Mike Carry, marchó Ben hacia la parte posterior en donde se hallaba el jardín que unas horas antes atravesase para llegar hasta el piso en que Mitya celebrara su experimento. Pero en esta ocasión dirigióse directamente hasta el obscuro rincón del que vio surgir las dos sombras, que tanto inquietáronle por su sospechoso proceder.

Medio oculto por un macizo de rosales, descubrieron el hueco, del que partía una estrecha escalera. Sólo constaba de una docena de peldaños y terminaba en una puertecilla reforzada con una chapa de metal.

Valiéndose de una ganzúa, consiguió Ben abrirla. La obscuridad era intensa en aquellos sótanos, pero desde algún punto llegábale el apagado rumor de voces.

Extremando su cautela, avanzaron por el laberinto aquel hasta distinguir la tenue claridad de una habitación en la que había alguien. En efecto, unas cuantas yardas más adentro estaba la puerta que comunicaba con ella. En aquel momento la ocupaban media docena de individuos, los cuales parecían estar discutiendo algún asunto de interés a juzgar por la pasión que ponían en sus palabras.

—¡Él no es capaz de dejarnos en un aprieto! —exclamaba uno de aquellos hombres, mientras iba golpeando con fuerza la mesa en la que apoyábase—. Hasta ahora no tenéis motivo de pensar que haya huido.

—Sin embargo, fue en busca del coche de Hammer. ¿Para qué querría el vehículo si tenía que volver aquí?

—Tal vez le fuese necesario ir al faro de Altuby. No olvides que es allí donde hay que ir a recoger a los prisioneros.

—¡Tú eres un estúpido y un incauto! —rugió el que hablara primero—. Puedes creer lo que más te convenga, pero nadie me obligará…

Se detuvo, paralizado, con la mirada fija en el corredor que allí conducía. Acababa de descubrir a dos hombres y que, por su aspecto, habían llegado allí con intenciones muy poco tranquilizadoras.

—¡Que nadie se mueva de como está! —Conminóles Ben, en tanto que— apuntándoles con su «Luger», —avanzaba lentamente en dirección de la mesa.

Por un instante, la sorpresa paralizó a los reunidos. Los seis pares de ojos miraban como fascinados al hombre que los tenía dominados con su presencia. Pero aquella situación duró contados segundos.

El que se hallaba detrás de la mesa saltó velozmente de costado y, asiéndose al conductor de la corriente, tiró de él con fuerza, arrancándolo de la pared y dejando la estancia a obscuras. Inmediatamente el fragor de las detonaciones llenó el reducido ambiente del cuarto en tanto fulguraban las bocas de las pistolas. Pero una lucha en aquellas tinieblas no podía prolongarse por demasiado tiempo. Y fue por tal motivo que, con la misma rapidez con que inicióse el fuego, reinó de nuevo el silencio.

Transcurrieron unos minutos. Al cabo, el rumor de pasos precipitados y voces moduladas por la excitación dejáronse oír hacia la salida. Los zigzagueantes destellos de las lámparas de bolsillo comenzaron a taladrar las sombras al tiempo que aproximábanse los pasos.

—¡Inspector Scott!… —llamó la voz del inspector Dowry.

—¡Cuidado, Dowry! —advirtióle el muchacho, variando bruscamente de postura.

Un nuevo disparo partió del fondo de la habitación, y, casi simultánea, la respuesta llegó del sitio que ahora ocupaba Ben Scott.

La horrible imprecación que lanzó el forajido fue la mejor señal de que el disparo no había fallado.

Brillaron las linternas, y el cuarto llenóse de agentes

capitaneados por Dowry.

—Ha llegado muy oportuno, inspector —hablóle Ben, saliendo del rincón en que habíase refugiado—. ¡Mike! ¿Dónde te has metido?

—No hay novedad, Ben —respondióle su amigo, apareciendo a su espalda.

La comprobación de la refriega les demostró que sus enemigos habían salido muy malparados. Cinco se hallaban inmóviles en el suelo, en tanto que el otro manteníase de pie, pegado al muro con una intensa expresión de terror reflejándose en sus pupilas.

—¡Registre bien este lugar, inspector Dowry! —dijole Ben—. ¡A cuantos le infundan sospechas, los detiene y los lleva a la Jefatura! Allí ya veremos qué tienen que ver en este asunto.

—¿Encontró a sus amigos, Ben?… —preguntó Dowry.

—No están aquí; pero he oído lo suficiente para saber dónde hallarlos. ¿Oyó hablar del faro de Altuby, inspector?

—Desde luego. En varias ocasiones pasé muy cerca de el. Se encuentra a unas cinco o seis millas al este de New Haven. Hace ya bastantes años que se halla en ruinas.

—Entonces, no hay duda que es allí a dónde ha ido ese maldito oriental. ¿Estás dispuesto, Mike?

—Seguro, Ben. ¿Cuándo marchamos?

—Ahora mismo. —Y, dirigiéndose a Dowry, añadió—: No olvide decirle a MacQuander que he ido a dar un paseo hasta ese faro.

—Descuide, Scott. ¡Buena suerte!

Salieron los dos muchachos. Y a los pocos minutos hallábanse ya en el automóvil de Ben, rodando por la casi desierta Avenida de Westchester, en dirección de la costa.

Una tenue claridad grisácea delataba la inminencia del amanecer cuando los dos hombres llegaron a las cercanías del abandonado faro de Altuby.

Dejaron el automóvil escondido cerca de la carretera y dirigiéronse hacia el elevado torreón que erguíase al borde mismo del acantilado. Pero al estar más cerca advirtieron que sólo un estrecho paso unía el escarpado, sobre el que se asentaba la torre, con el resto de la tierra firme.

—Me parece un poco aventurado intentar llegar allí siguiendo ese camino —opinó Mike.

—Sin embargo, será preciso arriesgarse —replicó Ben—. Unos minutos de retraso pueden significar la muerte para los prisioneros de ese personaje siniestro.

—Sin embargo —insistió su compañero—, lo más probable es que tengan vigilado ese único acceso. De aventurarte por él, ofrecerías un blanco perfecto a quien se haya encargado la vigilancia.

Y como si los hechos quisieran dar la razón a Mike Carry, una sombra destacóse por unos instantes sobre el fondo brumoso del cielo. Poco después habíase esfumado de nuevo.

—Tienen centinelas apostados junto a las rocas —murmuró Ben —. Sospechan que podamos haberles seguido.

—¿Y por qué no esperarles a que salgan? Una llamada a MacQuander y dentro de una hora tenemos aquí a un enjambre de agentes dispuestos a terminar con ellos.

—Probablemente sería ya demasiado tarde. Ese Mitya es un individuo dotado de cierta inteligencia. Sabe que ha sido descubierto y que no tardará en tener a un verdadero ejército de sabuesos pisándole los talones.

—¿Crees que vaya a huir?

—Tengo la seguridad de ello. Ha conseguido hacerse con una serie de documentos de inestimable valor para nuestros enemigos, y le faltará tiempo para tratar de salir del territorio de los Estados Unidos.

—Apostados aquí, impediremos que salga del faro.

—Puede hacerlo por mar. ¿Cómo sabemos que no tiene allí una rápida embarcación que le lleve a lugar seguro?

—Si vamos en busca de refuerzos, podemos frustrarle esa última oportunidad.

Ben movió la cabeza, sin dejarse convencer por las razones aducidas.

—No olvides que Penhill y *Miss* Hapmann están ahí. No cabe duda que los retiene para valerse de ellos en caso de que las cosas presenten mal cariz.

—Bien. En este caso…

Y Mike encogióse significativamente de hombros, para demostrar que había agotado todos los argumentos factibles.

—Tengo que entrar ahí sea como sea —exclamó Ben, en voz

baja—. Y voy a intentarlo ahora mismo.

—¿Qué vas a hacer?

—Atravesaré a nado ese brazo de mar —explicó Ben, señalando a su derecha—. Mientras tanto, puedes vigilar la salida por este lado.

—Eso es un suicidio, Ben. Además, sin armas…

—También he pensado en ello. ¡Vamos hasta el coche!

Regresaron a dónde habían escondido el automóvil, y, valiéndose de una navaja, cortó Ben un trozo de hule de los asientos. Seguidamente depositó en él su automática, luego de haber llenado el cargador. Envolviola cuidadosamente, guardándola en el bolsillo del pantalón.

—Confío llegar al extremo opuesto antes de que se moje más de lo debido.

Unos minutos más tarde se hallaban junto al agua. La silueta del faro destacábase ya más precisa en el amanecer.

—No dejes de vigilar la salida —recomendó a Mike, antes de lanzarse al agua.

—Buena suerte, Ben.

Estrecháronse las manos. Luego, sin apresuramiento, deslizóse por las rocas hasta que el agua le llegó a la cintura. Acto seguido se alejó de la orilla braceando pausadamente, para evitar ser descubierto por los que hallábanse entre las ruinas del faro.

Cinco minutos después alcanzaba la base del escarpado. Y, sacando el envoltorio que había guardado en su bolsillo, lo desenvolvió hasta dejar la pistola al descubierto.

Afortunadamente, el rumor del oleaje ahogaba sus pisadas, y en esta forma pudo ascender hasta alcanzar la torre.

El faro de Altuby había sido abandonado, ya que la construcción de otro en un saliente a dos millas al norte lo había convertido en prácticamente ineficaz. Por tal circunstancia, la obra se hallaba en buenas condiciones.

La única puerta de acceso encontrábase en la parte que miraba a tierra; pero no se amilanó Ben por ello. Encaramóse por el muro, gracias a los huecos que presentaban las piedras en su unión, y de esta forma llegó a una ventana situada a una altura de siete u ocho pies del suelo. De una sola ojeada comprobó que daba a la escalera que ascendía hasta lo alto de la torre y que por allí no había nadie

que pudiera estorbarle.

Introdujo su cuerpo por el agujero, no tardando en hallarse en el interior. Miró alternativamente hacia uno y otro extremo de la escalera de caracol, indeciso acerca de la dirección a seguir.

Optó por bajar a la planta; mas no había emprendido tal decisión cuando un disparo resonó en el exterior, rasgando la quietud del amanecer.

Inmediatamente comprendió que habían descubierto la presencia de Mike y disparado contra él, aunque también pudiera ser que el centinela hubiera dado la señal de alarma para prevenir a los que se hallaban dentro del faro.

Iba a correr escaleras abajo, cuando unos pasos precipitados resonaron sobre su cabeza. Parapetóse tras un saliente y aguardó a que apareciera su primer contrincante.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Una sombra dobló el recodo superior de la escalera y precipitóse hacia abajo; pero en el momento de cruzar ante él, Ben interpuso su pierna, y el otro tropezó, rodando por los peldaños de granito. Antes de que pudiera saber lo que ocurría, viose sorprendido por un cuerpo que, cayendo sobre él, hizo chocar su cabeza contra el muro, haciéndole perder el conocimiento.

Había sucedido todo con tal rapidez, que el propio Ben se sorprendió. Saltando por encima del caído, lanzóse escaleras abajo, no deteniéndose hasta verse ante una puerta que le cerraba el paso. Alzó el picaporte, comprobando que cedía a su presión.

Daba a una espaciosa estancia alumbrada por una lámpara de petróleo. Enfrente estaba la puerta de salida, y junto a ella distinguió a un hombre empuñando un rifle mientras atisbaba hacia tierra firme.

Al oír que abrían la puerta, ni siquiera volviose.

—¡Ahí fuera hay un tipo que me pareció sospechoso! —habló, sin levantar demasiado la voz—. Sería conveniente, Stump, que echaras un vistazo desde la farola.

Ben comprendió que lo confundían con el individuo que acababa de dejar en la escalera. Avanzó sigilosamente hacia aquel hombre hasta llegar a su lado. Con un rápido movimiento rodeó su cuello con el brazo, al tiempo que con la mano libre arrebatábale el arma que empuñaba.

Breves segundos duró aquella lucha. Ben puso fin a la misma de un golpe certero que dejó a su contrincante en el mismo estado que al anterior.

De una rápida ojeada abarcó la estancia. Allí no había nadie más, por lo que ya no era de temer un ataque por la espalda al subir a la parte superior del torreón.

Subió de dos en dos los peldaños. El individuo que derribara al principio continuaba en la misma posición en que le dejara. Sin dedicarle más que una rápida mirada, siguió hasta alcanzar el primer piso. Allí no había nadie.

Ya iba a continuar subiendo, cuando dióse cuenta de que alguien bajaba apresuradamente. Pese a la celeridad con que intentó esconderse, no pudo evitar que lo descubrieran.

Relampaguearon las pistolas en la penumbra, en tanto la distancia que los separaba acortábase peligrosamente. Nuevos disparos cruzáronse entre ambos antagonistas.

De pronto, el percutor del arma que empuñaba Ben chasqueó perceptiblemente. Un alarido de triunfo brotó de las sombras que había a su izquierda, y el cuerpo de su contrincante abalanzóse sobre él, apuntándole con fatídica resolución.

En aquel trance supremo jugó en Ben su instinto de tenaz e indomable luchador. Dejóse caer al suelo, engañando momentáneamente al que se le venía encima. Acto seguido, sus piernas distendiéronse como una catapulta, yendo a proyectarse contra el cuerpo del otro. Un grito de dolor y de rabia brotó de aquella garganta. El revólver escapóse de su mano, yendo a perderse en el hueco obscuro de la escalera.

La claridad que entraba por la ventana dio de lleno en el rostro del malhechor. Al momento reconocióle Ben. Era el propio Mitya, el jefe de la poderosa organización que conspiraba contra la seguridad de la nación americana.

Incorporóse con toda la celeridad que le fue posible. Mitya huía ya hacia arriba con el indudable propósito de buscar alguna otra arma con la que desembarazarse de su perseguidor. Pero Ben lo alcanzó antes de que pudiera llevar a cabo su propósito.

Nuevamente rodaron por el suelo. Ambos hombres eran formidables luchadores que ponían a contribución sus mejores energías y toda la técnica de que eran capaces para asestar el golpe

de gracia a su contrario.

Un momento que quedaron separados, Mitya salió al exterior. En aquella altura el viento silbaba al atravesar las ventanas, desprovistas de cristales. La terraza carecía de barandilla, y sólo separábanles muy escasos pies del borde. Más allá abríase un abismo cuyo fondo lo formaban los rompientes donde las olas deshacían su furia en penachos de espuma.

Allí fue donde Mitya se dispuso a librar su última batalla. Una terrible sonrisa asomaba a sus labios, y en sus ojos el odio y la desesperación ponían destellos de diabólica locura.

Por espacio de unos segundos ambos hombres contempláronse con fijeza. Estudiábanse atentamente, intentando cada uno de ellos leer en el otro sus intenciones.

De pronto, Mitya saltó con agilidad de pantera y agarróse violentamente a las piernas de Ben Scott. A pesar del movimiento que hizo para esquivarlo, el inspector sintióse apresado, y estuvo a punto de caer de lado. Pero reaccionó con la misma precisión, y, doblándose sobre sí mismo, rodeó al forajido en el cerco de hierro de sus brazos. Mitya replicó con un golpe en el costado que Ben encajó. Dos golpes seguidos en pleno rostro obligaron al oriental a soltar su presa.



Dos golpes seguidos ***obligaron...***

Luchaban al borde mismo de la plataforma. Al menor descuido uno de los contendientes, o ambos a la vez, caerían irremisiblemente, yendo a estrellarse contra las rocas de la base.

Se hallaban nuevamente de pie y observándose a prudencial distancia. El rostro de Mitya sangraba por dos heridas en ambas

cejas. Y por primera vez, leyó Ben en sus ojos que el miedo había hecho presa en él. Retrocedía lentamente, dirigiendo rápidas miradas a su alrededor como buscando un hueco por donde escapar.

De pronto, por el vano de la puerta, apareció Mike Carry. Llegaba jadeando, y en su diestra esgrimía su automática.

—¡No se mueva! —Conminóle, con energía—. ¡Un solo paso y le lleno esa cabeza de reptil con todo el plomo de mi cargador!

Ben apoyóse en el muro y aspiró profundamente el aire frío de la mañana. Vio cómo Mitya, en lugar de arredrarle la presencia de Mike, parecía cobrar nuevos bríos.

De pronto lanzóse hacia adelante, pasando ante Ben como una flecha. Mike vio cómo aquel diablo veníasele encima, y creyó que intentaba arrollarle para escapar. Levantó la mano y apuntóle la cabeza; pero antes de que pudiera disparar, Mitya desviose en su carrera, y, acercándose al borde de la plataforma, dio a su cuerpo un formidable impulso, saltando en el vacío.

Instintivamente los dos muchachos asomáronse y miraron hacia abajo. En el mismo instante, el cuerpo del oriental hundíase en las aguas profundas, a pocas yardas del acantilado.

—¡Corramos abajo!… —gritó Ben, temiendo que aquel hombre hubiera terminado por gastarles una de sus jugarretas.

Bajaron precipitadamente la escalera. No habían llegado abajo, cuando sonaron las sirenas y media docena de coches detuviéronse a poca distancia del faro. De ellos descendieron MacQuander y sus agentes, entre los que se encontraba Jessie Miller.

—¡Ben! —gritó la muchacha, al verlo aparecer por la puerta del faro.

Ben y Mike echaron a correr hacia ellos.

—¡Mitya ha saltado al agua! ¡Es preciso ir en busca de una canoa para darle caza antes de que pueda ocultarse!

—No escapará —replicó MacQuander—. Hemos traído toda clase de refuerzos.

Y señaló hacia la derecha.

Tres canoas de la policía acercábanse en aquel momento, procedentes de Nueva Haven.

Desde el borde del acantilado hiciéronles señas de que se apoderaran del fugitivo.

Vieron a las canoas maniobrar alrededor del lugar por donde

Mitya nadaba desesperadamente para burlar el cerco de que era objeto. Pero todos sus intentos fueron vanos. Tres de los ocupantes lanzáronse al agua, no tardando en capturar al oriental y subirlo a bordo de una de las embarcaciones.

Entretanto, a la cabeza de un grupo de agentes.

Ben Scott dedicóse a registrar todas las dependencias del faro abandonado. Pero el teniente Penhill y su ayudante Louise Hapmann no se hallaban en parte alguna.

Ya en el exterior, uno de los agentes descubrió una plancha de metal medio cubierta por la maleza.

—Ahí debe haber una cisterna, inspector —le dijo a Ben, que desesperaba del éxito de su búsqueda.

Levantaron la tapa, y, valiéndose de unas cuerdas, hicieron descender a uno de los agentes.

Y, en efecto, la intuición del policía no falló. En el fondo de la cisterna que habíase practicado para recoger el agua de la lluvia, pero que por entonces estaba completamente agotada, encontraron a los que buscaban. Habían sido fuertemente inmovilizados por resistentes ligaduras, así como imposibilitados de gritar mediante sólidas mordazas.

CAPÍTULO XI

Los rayos del sol penetraban por las ventanillas del coche en tanto corrían por la carretera que, bordeando la costa, se dirigía a la ciudad.

Mike Carry, al volante, silbaba alegremente, mientras dejaba que su mirada se recreara en aquella incomparable salida de sol. Detrás de él, Jessie y Ben hablaban en voz tan baja e imperceptible, que a los oídos de Mike sólo llegaba un tenue murmullo.

—¿Dónde dejaste la cartera, Ben?… —preguntó Mike, sin volverse hacia ellos.

—La lleva MacQuander consigo —repuso el muchacho.

—¿Van en ella todos los documentos que pretendían llevar al extranjero?

—Es de suponer que sea así.

—¡Vaya un revuelo que va a armarse en el Consejo de Coordinación tan pronto se enteren de las aficiones de Wilcott! —intervino Jessie, con alborozo de colegiala.

—Procuraré que Wilcott salga lo mejor librado posible —repuso Ben—. En realidad no puede considerársele responsable de lo sucedido.

Guardaron unos segundos de silencio. Jessie fue quien lo rompió.

—Es de suponer que Penhill no tenga nada que ver en el asunto. Sin embargo, la conducta de *Miss* Hapmann me pareció siempre sospechosa.

—Louise —explicó Ben— sólo trataba de salvar a su hermano. Pero enamoróse de Penhill, a quien pretendían hacer aparecer como culpable de las sustracciones. Es una valerosa muchacha que ha tenido que luchar contra esos granujas, contra Wilcott y contra mí mismo. Sólo el amor que Penhill siente por ella llevóle a soportar esa serie de circunstancias adversas con las que ha debido

enfrentarse.

—Simpática muchacha esa Louise… —comentó Mike.

—Cierto —asintió Ben—. Todavía tengo que pedirle que me perdone por mi comportamiento poco correcto. Pero era necesario…

—¿Acaso no lo merecía? —terció Jessie, volviendo la cabeza para mirar hacia el mar, con gesto de cansancio.

—Es difícil que una mujer perdone al hombre que la invita a cenar y la saca del restaurante sin apenas haber probado un solo bocado. Y en lugar de llevarla a su casa, la mete en un taxi y da orden a sus amigos para que se apoderen de ella y la encierren por unas horas.

—Todo se debía a un plan previamente concebido.

—Pero Louise debiera aborrecerme por ello.

—¿Acaso puede importarte?

Ben la miró, asombrado, mientras una sonrisa aparecía en sus facciones.

—¡Oh, Jessie! —exclamó, fingiendo un gran pesar—. Debieras comprender que las cuestiones del servicio no deben mezclarse con las del amor, y los celos en un caso así resultan estúpidos y poco adecuados.

—¡Me parece muy bien! —exclamó Jessie, molesta—. Sin embargo, ¿qué me dices de esas dos cenas en acto de servicio que he tenido que soportar? ¿Crees que lo hice, acaso, por merecer una felicitación tuya o de mis jefes? ¡Pues no! ¿Te enteras? ¡No y no! ¡Únicamente lo hice por ti! ¡Porque sabía que me necesitabas y porque yo, Ben…, yo…! —Jessie mordióse los labios para evitar que sus palabras la traicionaran—. Bueno; como siempre, me parece que estoy hablando demasiado.

Ben trató de coger su mano pero la muchacha apartóla bruscamente.

—Me he comportado como un estúpido, cariño —hablóle, dulcemente.

En aquel momento el coche se detuvo, y Mike Carry volviose hacia la pareja.

—¿Qué es eso que acabas de decir, Jessie? —exclamó, poniéndose serio—. ¿Es correcto el decir que tuviste que soportarme en esas dos cenas de servicio?

—Jessie no quiso decir eso, Mike —intervino Ben, conciliador.

—Eso dije, y no pienso volverme atrás —insistió Jessie, tozuda—. ¿Olvidas cuando vertiste el contenido de tu copa por mirar a cierta rubia de ojos esmeralda?

Mike echóse el sombrero hacia atrás, mientras su mirada iba del uno al otro de sus acompañantes.

—¡Siempre dióme mala suerte el arrimarme a las mujeres! —murmuró, entre dientes—. Y por lo que pudiera ser, voy a continuar mi camino a pie. Si queréis regresar a Nueva York, poned algo de vuestra parte.

Y, apeándose del coche, cerró bruscamente la portezuela, alejándose luego carretera adelante, hundidas las manos en los bolsillos del pantalón.

Ben y Jessie miráronse, sorprendidos, terminando por echarse a reír.

—¿Qué hacemos, Ben?

—Pues…, ya que estamos aquí, podemos recrearnos en contemplar esa hermosa salida del sol. Hace tiempo que deseaba gozar de algo parecido… estando a tu lado.

—¿Eres sincero, Ben?

El muchacho la atrajo hacia sí, mientras juntaba su mejilla a la de su encantadora ayudante.

—Como nunca, querida. ¡Palabra que ahora no es en acto de servicio!

FIN

Precio: **5 pts.**